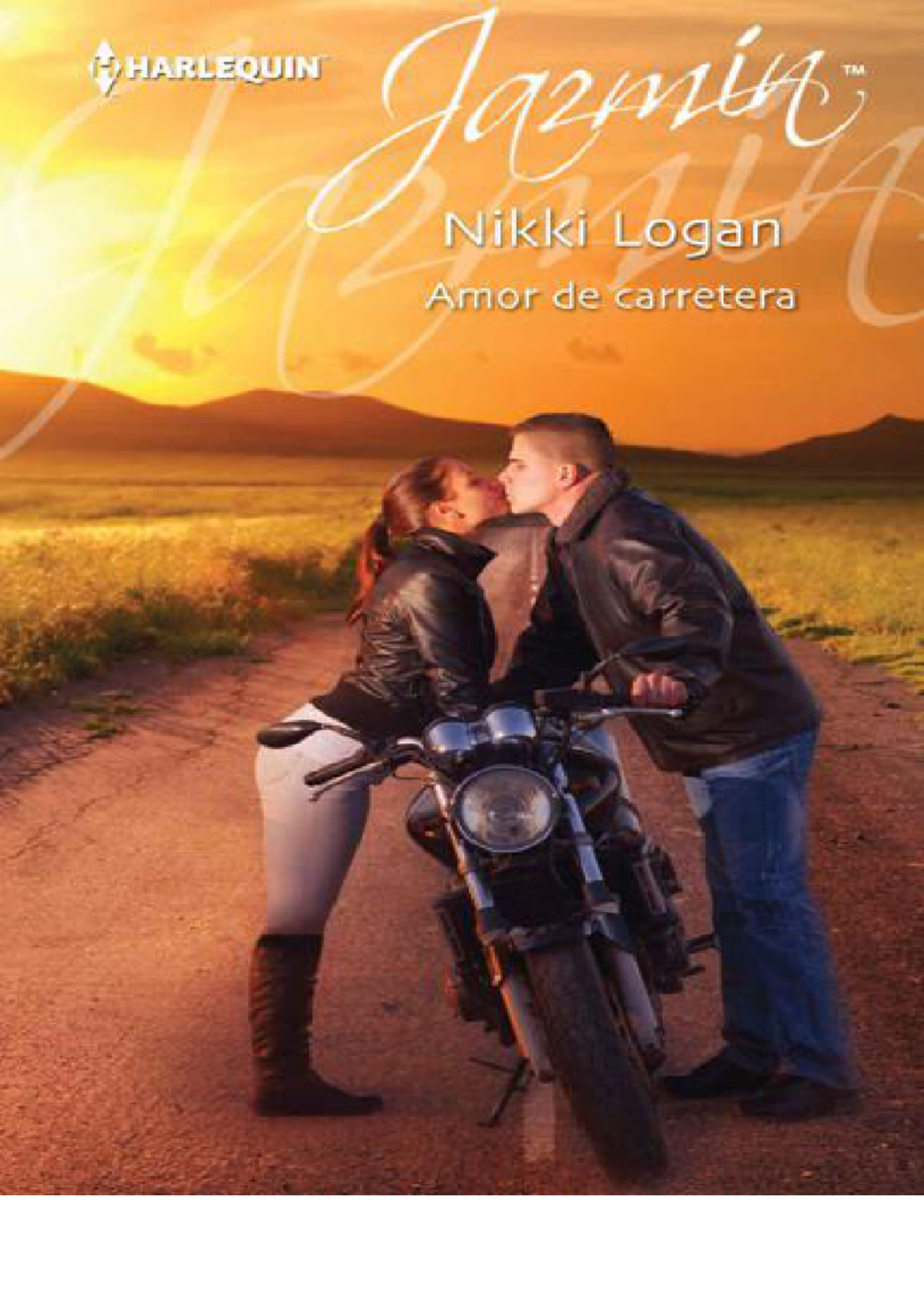

HARLEQUIN
Jazmín
Nikki Logan
Amor de carretera



Nikki Logan

Amor de carretera



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Amor de carretera, n.º 2574 - agosto 2015
Título original: Her Knight in the Outback
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6824-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Evelyn Read odiaba esos momentos: los que le determinaban la vida, aquellos en que se debía enfrentar a sus miedos y prejuicios.

Frunció lo ojos para mirar al lejano motorista que se dirigía cojeando hacia ella. Tal vez en un momento como aquel su hermano hubiera desaparecido, hacía ya meses. Tal vez Travis se hubiera detenido para ayudar a la persona equivocada.

Su instinto le indicó que debía acelerar hasta que sobrepasara al desconocido, pero, si alguien se hubiera parado a ayudar a su hermano, quizá Travis habría vuelto con su familia y estuviera a salvo.

El miedo de no saber lo que le había pasado le oprimió el estómago, como siempre que pensaba en la locura que estaba cometiendo.

El motorista se hallaba más cerca.

¿Debería pasar sin detenerse o responder a sus veinticuatro años de condicionamiento social y ayudar a un ser humano con problemas?

Eve observó a lo lejos la moto, situada a un lado de la larga y solitaria carretera, y al hombre que se hallaba muy cerca del autobús Bedford 1956 restaurado con el que estaba recorriendo Australia.

El hombre se detuvo cerca de la puerta del autobús y la miró con expectación. Llevaba una barba poblada, el tatuaje de una daga le sobresalía por la camiseta y unas gafas de sol ocultaban sus ojos.

Eve pensó que aquella era su casa y que no iba a abrir la puerta principal a un desconocido. Le indicó que se acercara a la ventanilla del conductor.

–Buenos días. Parece que tiene un mal día

–Ha sido un emú

Ella le vio fugazmente los dientes y las encías, que parecían sanos, y eso, aunque era una estupidez, la tranquilizó.

–¿Está usted bien?

–Sí, gracias. Como yo iba muy deprisa, el emú se me echó prácticamente encima mientras corría con la manada.

Le enseñó el casco abollado. Ella asintió, no dispuesta a ceder ni un milímetro más de lo necesario.

–¿Hacia dónde va? –pregunto él.

–Hacia el oeste.

–¿Me lleva hasta el pueblo más próximo?

Ella miró la motocicleta averiada.

–Esa tendrá que quedarse aquí hasta que vuelva a recogerla con una camioneta –añadió él.

Había algo en la caída de sus hombros y en cómo trataba de no apoyarse en la pierna herida que la tranquilizaron, a diferencia de la barba y el tatuaje. Era evidente que se había dado un buen golpe. ¿Tendría más heridas de las que se apreciaban a simple vista?

–¿Y bien?

–No lo conozco.

–Solo hay una hora hasta la frontera. Me quedaré de pie en la escalerilla hasta Eucla.

A su lado, donde podría hacerle cualquier cosa y ella no podría hacer nada para evitarlo.

–Puede que en moto sea una hora. Pero este se toma las cosas con más calma y tardará el doble.

–Muy bien, pues estaré dos horas de pie.

Podía dejarlo allí y enviarle ayuda. Pero se imaginó a su hermano, perdido y necesitado de ayuda mientras alguien pasaba de largo dejándolo solo y herido.

–No lo conozco –repitió ella empezando a vacilar.

–Mire, lo entiendo. Una mujer que viaja sola y un motorista que inspira miedo. Es usted inteligente al ser precavida, pero la realidad es que tal vez no pase nadie más en todo el día, por lo que tendré que pasar la noche aquí congelándome.

Ella buscó el móvil.

–¿Cree que si hubiera cobertura estaría aquí? Lléveme hasta donde la haya –dijo él,

claramente molesto por tener que suplicar–. Venga, por favor.

–¿Tiene algún documento de identificación?

Él sacó la cartera del bolsillo trasero de los vaqueros.

–No, el carné de conducir no me vale. ¿Tiene usted alguna foto?

Él, que parecía no dar crédito, se sacó el móvil y se lo enseñó.

Un rostro serio la miraba. Iba afeitado y con camisa de ejecutivo. Muy respetable, casi guapo.

–Ese no es usted.

–Claro que soy yo. ¡Por favor…!

Buscó otra en la que aparecía con más barba. Al ver que ella dudaba, se puso las gafas en la cabeza. Tenía los ojos grises y el cabello rubio.

Bueno, tal vez fuera él.

–¿El carné?

Él masculló una palabrota que se le quedó enredada en los largos pelos del bigote, pero sacó el carné y lo estampó contra la ventanilla.

Marshall Sullivan.

Ella le hizo una foto con el móvil en la que también aparecía el carné.

–¿A que viene eso?

–Lo hago por seguridad.

–Solo necesito que me lleve. Usted no me interesa para nada más.

–Eso es fácil decirlo.

Ella mandó la foto a una amiga y a su padre en Melbourne.

–No hay cobertura.

–En el momento en que la haya la recibirán –afirmó ella dejando el teléfono en el salpicadero.

–Señora, tiene usted problemas para confiar en los demás, por si no lo sabía.

–Y este puede ser el truco más antiguo de la historia –un vehículo averiado en una carretera remota en el interior de Australia. Observó su casco, que presentaba marcas que podían ser de las garras de un emú–. Su historia es bastante convincente.

–Porque es verdad.

–Pero viajo sola y no voy a correr riesgo alguno. Lo siento, pero no voy a dejarle que se monte conmigo. Tendrá que viajar en la parte de atrás.

–¿Y los gérmenes que voy a esparcir por todas sus cosas?

–¿Quiere que lo lleve o no?

Él la fulminó con la mirada.

–Sí –afirmó él. Después masculló su agradecimiento.

Se dirigió a la moto a recoger el equipaje: una chaqueta de cuero, un par de mochilas y una caja.

Ella aceleró hasta llegar a su lado y le gritó por la ventanilla:

–Por la puerta de atrás.

Sullivan cojeó hasta la parte trasera del autobús y se acomodó entre las posesiones de ella.

Dos horas…

–Vamos, bonito –murmuró dirigiéndose al vetusto autobús–. Con un poco de ritmo.

Marshall buscó un interruptor, pero lo único que halló fue una gruesa cortina que descorrió para que entrara la luz. La vista le resultó extraordinaria.

Había visto autobuses convertidos en vehículos particulares, y solían parecer usados y sin alma. Pero aquel era cálido y acogedor, a diferencia de su hostil dueña.

Era como una cabaña en el bosque, todo de madera, con el suelo cubierto de alfombras oscuras. Tenía una cocinita, una zona para estar, un aparato de televisión, una nevera y un sofá. Al otro extremo, donde iba el conductor, una puerta cerrada debía de conducir al único mueble que faltaba: la cama.

Se dio cuenta de por qué ella se había mostrado reacia a dejarlo subir. Era como invitar a un completo desconocido a su dormitorio.

No era tan cómodo como su piso en la ciudad, pero mucho más que la gravilla en la que había estado sentado dos horas.

¡Qué estúpido el emú! Podían haberse matado los dos.

Se sentó en el sofá y resistió la tentación de examinarse el pie izquierdo. A veces las botas eran lo que sujetaban los huesos fracturados tras un accidente de moto, por lo que no iba a

quitársela a no ser que fuera a desangrarse. Mantendría en alto la pierna.

Puso una de las mochilas sobre el sofá y dos cojines sobre ella, sobre los que depositó el pie.

Le encantaba la moto, la velocidad, la relación con el paisaje y la libertad que le proporcionaba recorrer el país.

En su opinión, en aquel enorme país, todo el tiempo que se estuviera solo era poco. Si se viajaba en la época adecuada del año, la que no era turística, en la mayor parte de las carreteras del interior no había nadie. Podía hacer lo que le diera la gana, ponerse la ropa que quisiera, dejarse la barba que quisiera y ducharse cuando le apeteciera. Había dejado de importarle la opinión de los demás al mismo tiempo que le había dejado de importarle la gente.

Era agua pasada.

Y la vida era más sencilla así.

Cerró los ojos. Dos horas, había dicho ella. Tenía dos horas para descansar y disfrutar de la carretera desde una perspectiva más horizontal.

Eve examinó a aquel hombre, que parecía un oso, profundamente dormido en el sofá.

Carraspeó. Él no se movió.

–¿Señor Sullivan?

Nada.

Se le ocurrió que podría no estar durmiendo, sino haber entrado en coma. Tal vez tuviera más heridas de las que creía. Se acercó a él y le rozó la mandíbula.

–Señor Sullivan –dijo elevando la voz.

Las rubias cejas se movieron levemente, así que ella insistió.

–Ya hemos llegado.

Su mirada fue desde el pie que tenía en alto hasta sus manos, que tenía cruzadas sobre el estómago. Eran muy bonitas y cuidadas.

La clase de manos que aparecen en las revistas.

Volvió a mirarle el rostro. Él la miraba fijamente. Con la luz que entraba tras haber descorrido la cortina, ella vio que sus ojos no eran grises, o no solo grises, sino moteados de un amarillo que hacía juego con el rubio del cabello y de la barba.

Nunca había visto unos ojos iguales. Le hicieron pensar en las rocas quemadas de la Costa Norte, donde había iniciado el viaje ocho meses antes.

–Ya hemos llegado –repitió, irritada porque él la había pillado examinándolo.

–¿Adónde hemos llegado?

–A la frontera. Tiene que levantarse para que inspeccionen el autobús.

En la frontera entre Australia del Sur y Australia Occidental, se tomaban las medidas de seguridad muy en serio. No buscaban tanto contrabando de armas o tráfico de drogas como moscas de la fruta. La cuarentena era fundamental cuando la agricultura era la principal fuente de riqueza.

Sullivan se sentó y se incorporó con precaución. Trató de dejar los cojines como los había encontrado. Agarró sus cosas, los lanzó fuera del autobús y bajó despacio.

–¿Cómo tiene la pierna?

–Sobreviviré.

Era hombre de pocas palabras. Resultaba evidente que pasaba mucho tiempo solo.

La inspección del autobús se efectuó deprisa. Eve miró a Sullivan, que discutía con un empleado que hablaba por teléfono, probablemente para solicitar ayuda para la motocicleta. Cuando acabaron, él fue cojeando hasta ella y se echó las mochilas al hombro.

–Gracias por haberme traído –dijo con voz ahogada, como si le costara hacerlo.

–¿No tiene que ir a Eucla? –preguntó ella. Se estaba acostumbrando a estar con él.

–Va a venir alguien a recogerme y luego iremos por la moto.

–Qué bien que lo vayan a hacer tan deprisa. Buena suerte en…

Eve se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que aquel hombre hacía allí, además de chocar con emús. No se había molestado en preguntárselo.

–En el viaje.

–Gracias.

Y él se dirigió a la oficina de seguridad de la frontera y el café que había a su lado.

Marshall Sullivan ya no parecía tan peligroso. Todas las dudas que ella había tenido dos horas antes se evaporaron al mismo tiempo que él se alejaba.

Y se preguntó cómo no se había dado cuenta antes de lo bien que le sentaban los pantalones de cuero.

Capítulo 2

Lo primero que llamó la atención de Marshall fueron los gritos femeninos, ansiosos y airados, superados por los de unos hombres borrachos.

–¡Pare!

Se había formado un círculo en torno al espectáculo que tenía lugar en mitad del pueblo. Si algo malo estuviera pasando, alguien habría intervenido. Pero Marshall se abrió paso entre la gente hasta poder ver lo que sucedía. Trozos de papel cayeron sobre los presentes cuando uno de los hombres rompió algo.

–Si vuelve a poner otro, volveré a romperlo.

Lo que Marshall vio a continuación fue la nuca de la mujer, de cabello oscuro y recogido en una cola de caballo. Los hombres la hacían parecer más pequeña, pero ella no retrocedió.

A él le resultó muy familiar.

Era la mujer que lo había recogido en la carretera.

–Es un tablón de anuncios público –afirmó ella, sin arredrarse ante el tamaño del hombre.

–Solo para los habitantes de Norseman.

–Es público. ¿Tengo que deletreárselo?

Alguien debiera enseñar a aquella mujer a resolver conflictos. El tipo era un xenófobo y estaba borracho. Llamarlo estúpido delante de una multitud de habitantes del pueblo no era la manera de solucionar la situación.

Ella volvió a grapar otro cartel en el tablón.

Marshall ya lo había visto en otros pueblos.

–¡Pare!

El tipo no iba a hacerlo. Y los dos que lo acompañaban habían decidido actuar.

Marshall avanzó hasta el centro del círculo. Alzó la voz como lo hacía en las reuniones de la oficina cuando la gente se desmandaba.

–Muy bien, el espectáculo se ha terminado.

La multitud centró la atención en él, al igual que los tres borrachos, que no lo estaban tanto para no detenerse al verle la barba y el tatuaje.

–¿Y si buscamos otro sitio para ponerlos? –le sugirió a la mujer al tiempo que le quitaba el montón de carteles y la grapadora de las manos–. Probablemente haya sitios mejores en el pueblo.

Ella se dio la vuelta y lo fulminó con la mirada antes de reconocerlo.

–Démelos.

Él no le hizo caso y se dirigió a la multitud.

–Se acabó. Váyanse.

Volvió a abrirse paso entre la gente, y ella no tuvo más remedio que seguirlo.

–¡Son míos!

–Vamos a hablar en la esquina.

Pero cuando comenzaban a alejarse, el tipo grande no pudo contenerse.

–¡Tal vez haya desaparecido para perderla de vista! –gritó.

Ella se dio la vuelta y se dirigió directamente hacia los tres hombres.

Marshall se puso los carteles bajo el brazo y corrió tras ella. Consiguió agarrarla antes de que volviera a meterse en el ojo de la tormenta.

Los tres hombres la esperaban con impaciencia. Él la agarró por la cintura y la levantó al tiempo que retrocedía y le decía al oído:

–¡No lo haga!

Ella se retorció y lanzó improperios, pero él no la soltó hasta haberse alejado de la multitud y de la risa burlona de los borrachos.

–Suélteme, imbécil.

–La única imbécil aquí es usted, a la que acabo de salvar.

–Ya me las he tenido que ver antes con esta clase de gente.

–Pues le estaba yendo de maravilla.

–Tengo todo el derecho a pegar los carteles.

–No se lo discuto. Pero podía haberse marchado y esperar a que los borrachos se hubieran

ido.

–Pero había más de treinta personas allí.

–Ninguna de las cuales se ha esforzado mucho en ayudarla, por si no se ha dado cuenta.

–No quería que me ayudaran, sino que me prestaran atención –le espetó volviéndose para mirarlo.

–¿Cómo dice?

–Treinta personas habrían leído el cartel, lo hubieran recordado. La misma gente que, de otro modo, habría pasado de largo sin verlo.

–¿Lo dice en serio?

Ella le arrebató los carteles y la grapadora.

–Totalmente. ¿Cree que hago esto por primera vez?

–No sé qué pensar. Me ha tratado como a un paria porque iba vestido de cuero y llevaba un tatuaje, pero no le ha importado enfrentarse a esos tipos.

–Porque eso llama la atención.

–También lo hace un robo a mano armada.

Ella lo fulminó con la mirada.

–No lo entiende.

Se dio la vuelta y se alejó sin siquiera despedirse, ni mucho menos darle las gracias.

Él masculló una palabrota.

–Pues explíquemelo –le dijo cuando la alcanzó sin hacer caso del dolor de la pierna.

–¿Por qué iba a hacerlo?

–Porque acabo de arriesgar el cuello para ayudarla, lo que significa que está en deuda conmigo.

–Yo lo rescaté en la carretera. Estamos en paz.

–Muy bien –dijo él deteniéndose.

Ella siguió andando unos metros, pero luego se dio la vuelta.

–¿Ha visto el cartel?

–Llevo viéndolo desde la frontera.

–¿Y?

–¿Y qué?

–¿Qué dice?

–Es un cartel de una persona desaparecida.

–Exactamente. Y usted lleva viéndolos desde la frontera, pero no sabría decirme el aspecto del hombre ni su nombre ni de qué trata –dio dos pasos hacia él–. Por eso es tan importante llamar la atención.

De pronto, Marshall cayó en la cuenta y se sintió como un estúpido por haber ido a rescatarla como a una damisela en apuros.

–Porque se acordarán de usted.

–¡De él! –exclamó ella furiosa.

Pero la furia no le duró, como tampoco la adrenalina. Parecía exhausta.

–Tal vez –añadió.

–¿Qué hace?, ¿iniciar una pelea en cada pueblo?

–Lo que sea necesario.

–Oiga… –de repente, aquella mujer presentaba más capas, y todas ellas estaban teñidas de tristeza–. Siento haber intervenido si usted tenía la situación controlada. En el sitio del que vengo, nadie pasa de largo ante una mujer que grita en la calle.

No era totalmente verdad, porque procedía de una zona dura donde, a veces, era mejor seguir andando. Pero sus abuelos no lo habían educado así. Y él había seguido sus enseñanzas, a pesar de que Rick, su hermano, no lo hubiera hecho.

–Pues se meterá en muchos problemas –afirmó ella mirándolo con sus ojos oscuros.

Era verdad.

–¿Me permite que la invite a tomar algo? Demos tiempo a que esos tipos se vayan y luego la ayudaré a pegar los carteles.

–No necesito su ayuda. Ni su protección.

–De acuerdo, pero me gustaría examinar el cartel con atención.

La miró fijamente y vio una expresión de duda en su rostro, la misma que había visto en la carretera.

–¿O le sigue molestando mi aspecto?

–No, aún no me ha robado ni asesinado. Creo que unos minutos en un lugar público

estarán bien.

Era difícil no sonreír. Su rostro serio era como una margarita que hiciera frente a un ciclón.

–Si hubiera querido hacerle daño, ya lo habría hecho. No necesito emborracharla.

–Un inicio de conversación muy estimulante.

–Ya sabe mi nombre, pero yo no sé el suyo.

Ella lo miró detenidamente y le tendió la mano con la grapadora.

–Evelyn Read. Eve.

Él estrechó a medias la mano y a medias la grapadora.

–¿Qué quieres tomar, Eve? –preguntó él cuando entraron en un pub.

–No bebo alcohol en público.

Una abstemia en un pub del interior de Australia.

Aquello prometía.

Eve le dejó los carteles a Marshall mientras iba al servicio. Cuando volvió, él estaba examinando uno de ellos.

–¿Es tu hermano? –le preguntó mientras ella se sentaba.

–¿Por qué lo dices?

Él le indicó el nombre que se leía en el cartel: *Travis James Read.*

–Podría ser mi esposo.

–Tiene tu mismo cabello castaño, la misma forma de los ojos y se te parece.

–Travis es mi hermano menor.

–¿Y ha desaparecido?

Ella odiaba esa parte. La compasión, la suposición automática de que algo malo le había pasado. Bastante difícil era ya no pensarlo todos los días para que los desconocidos se lo recordaran una y otra vez.

Aunque aquel desconocido al menos le había hecho el favor de no hablar de él en pasado.

–La semana que viene hará un año que desapareció.

–¿Por eso estás aquí, porque fue el último lugar en que se le vio?

–No, fue en Melbourne.

–Entonces, ¿qué te ha traído al oeste?

–Se me acabaron los pueblos y las ciudades del este.

Él frunció el ceño.

–No te sigo.

–Estoy yendo a todas las ciudades y pueblos del país a buscarlo.

–Creí que estabas de vacaciones.

–No, ese es mi trabajo.

Su trabajo en aquel momento. Antes había sido diseñadora gráfica en una empresa de marketing.

–¿Tu trabajo consiste en pegar carteles?

–En buscar a mi hermano –apuntó ella en tono defensivo–. ¿Hay algo más importante?

No era la primera persona que no comprendía lo que hacía, ni mucho menos. Ni siquiera lo entendía su padre, que solo quería llorar a su hijo como si hubiera muerto.

Pero ella no estaba dispuesta a aceptarlo. Estaba muy unida a su hermano. Si hubiera muerto, ¿no lo presentiría?

–Entonces, ¿recorres todas las carreteras pegando carteles?

–Más o menos. Intento avivar recuerdos.

–¿Y has tardado un año en recorrer la Costa Este?

–Unos ocho meses. Aunque empecé en el norte.

Y allí terminaría.

–¿Y antes de eso?

Se volvió a sentir culpable por los dos meses que había tardado en darse cuenta de cómo estaban las cosas y se había quedado esperando mientras las pesquisas policiales resultaban inútiles. Tal vez si hubiera empezado antes…

–Confiaba en el sistema.

–¿La policía no lo encontró?

–Decenas de miles de personas desaparecen al año, por lo que pensé que encontrar a Travis solo podía ser prioritario para su familia.

–¿Tanta gente? ¿En serio?

–Adolescentes, mujeres, niños… A la mayoría de ellos los encuentran enseguida.
Pero el diez por ciento nunca aparecía.
–¿Los chicos sanos de dieciocho años no están los primeros en la lista de prioridades?
–No, a no ser que haya indicios de delito.
Incluso si no estaban totalmente sanos desde el punto de vista psicológico. Pero sufrir una depresión, como Travis, era normal entre los desaparecidos, y sus ataques de ansiedad llevaban tanto tiempo produciéndose que la policía no les concedió importancia.
La camarera les llevó una cerveza para Marshall y un refresco para ella.
–Eso explica el aspecto del autobús. Es muy… hogareño.
–Es mi hogar. El mío tuve que venderlo para pagarme el viaje.
–¿Vendiste tu casa?
–Y dejé el trabajo. No podía seguir trabajando si quería recorrer el país.
Esperó el juicio inevitable.
–Es un gran compromiso, pero tiene lógica.
Que él lo aceptara sin reparos la descolocó. Todos los que lo sabían le habían dicho que estaba loca, dando a entender que al igual que su hermano.
–¿Ya está? ¿No tienes una opinión al respecto?
Él la miró a los ojos.
–Eres una persona adulta y has hecho lo que tenías que hacer.
Ella volvió a examinarlo: la piel sin marcas bajo la barba, los ojos brillantes, los dientes bien colocados…
–¿Cuál es tu historia?
–No tengo. Viajo.
–No eres motorista.
–No todos los que van en moto están fuera de la ley.
–Pareces un motorista.
–Voy vestido de cuero porque es lo más seguro si tienes un accidente. Llevo barba porque una de las alegrías de la vida es no tener que afeitarte. Por eso aprovecho cuando viajo solo.
–¿Y el tatuaje del brazo?
–Todos hemos sido jóvenes e impetuosos.
–¿Quién es la Christine del tatuaje?
–Christine no es relevante en esta conversación.
–Vamos, Marshall. Yo te he hecho confidencias.
–Me da la impresión de que lo haces habitualmente siempre que haya alguien dispuesto a escucharte.
Era evidente que la estaba criticando.
–Recuerda que has sido tú quien me ha preguntado.
–No te enfades. Apenas nos conocemos. ¿Por qué iba a contarle cosas personales a una desconocida?
–No lo sé. ¿Por qué rescatarías a una desconocida en la calle?
–No querer que te dieran una paliza y no querer airear mis trapos sucios son cosas distintas.
–¿Christine forma parte de tus trapos sucios?
Él apretó los labios y se levantó.
–Gracias por la compañía y buena suerte con tu hermano.
Ella también se levantó.
–Espera, Marshall.
Él se detuvo y se dio la vuelta lentamente.
–Lo siento. Creo que he perdido la práctica de estar con gente.
–Y que lo digas.
–¿Dónde te alojas?
–En el pueblo.
–Estoy un poco cansada de comer sola en el autobús. ¿Cenamos juntos?
–Creo que no.
«Vete, Eve», se dijo. Lo inteligente sería hacerlo.
–Cambiaré de tema de conversación. No hablaré de mi hermano ni de tu… Podemos hablar de los sitios en que hemos estado.
Él frunció el ceño, pero al final cedió.
–Hay un café al final de esta calle, enfrente del motel en el que estoy.

–Me parece bien.

Ella no solía comer fuera, para ahorrar, pero tampoco tenía nunca compañía. Por cenar fuera una vez no iba a morirse, aunque fuera a solas con un desconocido y enfrente de su motel.

–No es una cita –se apresuró a añadir.

–No –dijo él con una sonrisa ladeada.

Ella se sintió como una adolescente idiota. Por supuesto que no era una cita ni él, desde luego, la hubiera considerado así. Los lobos solitarios que recorrían el país en moto no eran muy ceremoniosos con las mujeres, y no se preocupaban de concertar citas.

Ella le había propuesto ir a cenar porque se sentía mal por haberle presionado sobre un asunto doloroso cuando él se había mostrado interesado y comprensivo con su búsqueda de Travis.

De todos modos, los motociclistas no eran su tipo, por muy bonita que fuera su sonrisa. Solían oler a sudor. Pero cuando Marshall la había levantado y apretado contra su cuerpo en la calle, ella había respondido a su contacto, al calor de su pecho y a su aliento rozándole la oreja.

Incluso aunque la hubiera arañado con la barba.

Definitivamente, no le gustaban los hombres barbudos.

Era casi seguro que un hombre que viajaba solo lo hacía porque huía de algo o de alguien, porque quería esconderse de las autoridades o por cualquier otro motivo misterioso o peligroso.

–A las siete y media –le gritó.

El enfado de Eve por haber llegado tarde se volvió contra Marshall por llegar aún más tarde. ¿Se había perdido cruzando la calle?

Miró alrededor del pequeño café sin verlo en ninguna mesa. Pero, al volver a mirar, su vista se posó en las manos de un hombre que leía una novela. Hermosas manos.

–¿Marshall?

Él alzó la vista y se levantó. Decir que, sin la barba, era otro hombre, era quedarse corto, se había transformado. No se había cortado el pelo, pero se había echado algún producto que lo mantenía hacia detrás, o realmente se había duchado. Y en su rostro, desprovisto del bigote y la barba, el rasgo que llamaba la atención eran los ojos.

Él puso una servilleta a modo de marcapáginas y cerró el libro.

Ella miró la cubierta.

–*¿Los viajes de Gulliver?*

Lo que realmente quería decir era: «¿Te has afeitado?».

–Siempre llevo alguno de mis libros favoritos.

Ella se sentó a su lado, incapaz de dejar de mirar su nuevo rostro.

–¿Y por qué es este uno de tus favoritos?

–Por los viajes. Gulliver no deja de recordarnos que la perspectiva lo es todo en la vida.

–Te has afeitado –le espetó ella tras un corto silencio–. ¿Por la cena? Ya te he dicho que no era una cita.

–Lo hago de vez en cuando. Me afeito y me dejo crecer la barba de nuevo. Incluso los símbolos de libertad necesitan mantenimiento.

–¿Eso es lo que significa para ti? ¿Libertad?

–¿No significa eso para ti tu autobús?

–No, significa cordura. Es un medio de transporte y de alojamiento. Se lo compré a un anciano carpintero cuya esposa acababa de morir. No soportaba la idea de viajar sin ella.

–No sabe lo que se pierde.

–¿No acabas de decir que todo depende del punto de vista?

–Tienes razón.

Se les acercó una camarera de mediana edad para tomar la comanda del limitado menú y se marchó.

–¿Estás acumulando carbohidratos para correr el maratón? –le preguntó él al tiempo que enarcaba una ceja.

–Ya has vista la cocina del autobús. Solo puedo cocinar lo básico. Por eso, de vez en cuando, me gusta aprovechar las ventajas de una buena freidora en un local comercial –dijo ella. Luego añadió–: Ya sabes de dónde he sacado el dinero para recorrer el país. ¿Y tú?

–De la venta de armas y drogas –respondió él mirándola fijamente.

–Ja, ja…
–Eso fue lo que pensaste al verme, ¿no?
–Vi a un tipo enorme en una carretera solitaria que trataba por todos los medios de montarse en mi vehículo. ¿Qué hubieras hecho tú?
Él frunció levemente el ceño y apartó la vista.
–Estoy trabajando. Voy de distrito en distrito, como tú.
–¿Para quién trabajas?
–Para el Gobierno Federal.
–Eso suena mucho más emocionante de lo que probablemente sea. ¿En qué departamento?
Él dio un largo trago de cerveza antes de contestar.
–En Meteorología.
–¿Eres hombre del tiempo?
–Así es. Me pongo frente a una pantalla verde todas las noches y digo las temperaturas máximas y mínimas.
–Eres meteorólogo –afirmó ella con una gran sonrisa.
Él se recostó en la silla y habló con el tono del que ya ha oído esa afirmación muchas veces.
–La Meteorología es una ciencia.
–No tienes pinta de científico –incluso afeitado, tenía demasiados músculos, y un tatuaje.
–¿Te lo parecería si llevara una bata de laboratorio y gafas?
–Sí. Entonces, ¿por qué estás recorriendo el país gracias a los impuestos que pago?
–No ganas dinero, por tanto, no pagas impuestos.
Tenía razón.
–¿Por qué estás aquí, entonces?– insistió ella.
–Estoy inspeccionando las estaciones meteorológicas. Las examino e informo del estado en que se hallan.
Eso explicaba las manos que tenía.
–Creí que eras un espíritu libre y viajero, no un inspector.
–Me da la impresión de que he bajado un peldaño en tu estimación.
Ella se puso a untar mantequilla en el bollo de pan y le dio un bocado.
–¿Cuántas estaciones meteorológicas hay?
–Ochocientas noventa y dos.
–¿Y solo te envían a ti? Seguro que habrá vecinos que podrían examinarlas.
–Me ofrecí voluntario a hacerlo yo. Necesitaba un descanso.
«¿De qué»?, se preguntó ella. Pero se había prometido no hacerle preguntas indiscretas.
–¿Dónde empezaste el viaje?
–Comencé y terminaré en Perth.
–¿Vives allí?
–En Sídney.
–Entonces, ya casi has terminado. ¿Visitas los sitios o te limitas a trabajar?
–Algunos los paso de largo; en otros, me quedo. Soy flexible.
–¿Cuáles te han gustado más?
Y él comenzó a hablar de los que lo habían cautivado.
Ella le dijo que se limitaba a ir de ciudad en ciudad, sin apartarse de la carretera aunque hubiera sitios maravillosos que ver.
–Pues deberías hacerlo –apuntó él.
–Estoy trabajando.
–Y yo, pero también tienes que vivir. ¿Y los fines de semana?
–No todos tenemos el cómodo horario de los funcionarios. Una hora, un día, puede implicar que me encuentre o no con alguien que conocía a Travis.
–¿Y si esa persona aparece una hora después de haberte marchado?
–Verá el cartel. Una hora antes no tendría ni idea de que su conocido ha desaparecido –eso era lo que se decía a sí misma–. No lo entiendes.
–¿No sería más rápido enviar por correo electrónico los carteles a todo el país y pedir a las oficinas de correos que los pegaran?
–No se trata solo de los carteles, sino de hablar con la gente, de causarles impresión –y esperar que durara.
–¿Como lo que hiciste esta tarde?
–Lo que sea.

La comida y la bebida llegaron.

–De todos modos, ¿no debiéramos estar hablando de otra cosa? –preguntó ella mientras mordía una patata frita–. ¿Dónde irás después?

–Hacia el norte. ¿Y tú?

–Hacia el sur. Me estoy quedando sin carteles y tengo que ir a la oficina de un parlamentario, donde están obligados, por ley, a imprimir carteles de personas desaparecidas si se les pide. Hay una en Esperanza. Es lo mínimo que pueden hacer.

Y era todo lo que hacían. Aunque solían compadecerla.

–Tiene que ser duro toparte con una pared donde quiera que vayas.

–Prefiero hacer eso a quedarme en Melbourne. Al menos aquí puedo ser productiva.

–¿Tienes familia en Melbourne?

–Solo a mi padre.

–¿Y tu madre?

Ella se puso derecha en la silla. Si no se podía hablar de la Christine de su tatuaje, tampoco se podía hablar de su madre alcohólica. Su rostro lo reflejó tan bien que Marshall no insistió.

–Bueno, supongo que esta es nuestra primera y última cena –afirmó él alegremente.

–Nunca se sabe. Tal vez volvamos a encontrarnos.

¿Qué probabilidad había si cada uno se dirigiría a puntos cardinales opuestos? La única razón de haberse encontrado era que solo había una carretera para entrar y salir del enorme Estado en que se hallaban y de que él había chocado con un emú.

***

–¿Así que no eres de Sídney?

Marshall empujó el plato vacío y gimió para sus adentros. ¿Cómo podía ser tan fatigoso hablar de naderías? Llevaba semanas sin hablar tanto. Pero tenía tanta culpa como Eve, ya que había estipulado que no mencionaran su tatuaje ni al hermano de ella.

No le gustaba cenar con mujeres precisamente por eso, porque había que darles conversación.

Él prefería pasar directamente al sexo, aunque ni se lo planteaba con Eve, lo que le hizo preguntarse por qué había aceptado cenar con ella. Tal vez hasta él se sintiera solo.

–Soy de Brisbane.

–¿A qué edad te mudaste? –continuó preguntando ella, sin darse cuenta del peligroso terreno que acababa de pisar, al recordarle a su hermano y a su madre, y lo duro que le había resultado Sídney de adolescente.

–Doce.

Una edad pésima para que te apartaran de tus amigos y de la escuela donde comenzabas a encontrarte a ti mismo y te llevaran a una de las zonas más pobres de las afueras de una de las ciudades más grandes del mundo. Pero a una mujer que solo había tenido a su segundo hijo para lograr ayudas sociales, trasladarse a otro Estado donde los subsidios eran más generosos no le planteó problema alguno. Además, de ese dinero no les había llegado nada ni a Rick ni a él. Eran simplemente medios para lograr un fin.

–¿Cómo era?

¿Ser la fuente de ingresos de tu madre o ver a tu hermano labrarse una carrera como traficante de drogas?

–Estaba bien.

Ella lo miró esperando que dijera algo más, pero él fue incapaz de añadir nada, por lo que dobló la servilleta y empujó ligeramente la silla hacia atrás.

–Bueno…

–¿Qué ha pasado? –preguntó ella con curiosidad, sin juzgarlo.

–Se está haciendo tarde.

–Son las ocho y media.

–Tengo que salir al amanecer, antes de que comience a hacer mucho calor –y volver, por fin, a estar solo, sin necesidad de dar explicaciones a nadie–. Gracias por la compañía.

–De nada.

Pagaron a medias, inmersos en un incómodo silencio, y salieron a la calle, que estaba desierta.

–Ya sé que tu motel está ahí enfrente, pero, ¿te importaría acompañarme al autobús?

–¿Dónde lo dejas por las noches?

–Suelo encontrar buenos sitios…

¡Vaya! Marshall se percató de que ella ni siquiera sabía dónde iba a pasar la noche.

Siguieron andando en silencio hasta que él lo interrumpió.

–Mi reserva de habitación incluye el aparcamiento. Puedes usarlo si quieres. Yo pondré la moto delante.

–¿De verdad? –su hermoso rostro reflejó su gratitud–. Estupendo, gracias.

Cuando llegaron adonde estaba el autobús, ella abrió la puerta delantera y subió. Él la siguió. Hasta entonces, la cabina había sido terreno prohibido. Pero ella no se inmutó, lo que a él le complació enormemente. Era evidente que había superado una prueba, tal vez por haberse afeitado.

Eve se dirigió al motel. Él le indicó cuál era su plaza de aparcamiento y se bajó para desplazar un poco la moto.

–Gracias de nuevo –dijo ella desde la parte trasera del autobús, una de cuyas puertas había abierto.

Las luces del motel que entraban por la cortina medio descorrida permitieron a Marshall ver el cómodo espacio donde había dormido y, más allá, al otro extremo del autobús, el dormitorio de ella, cuya puerta estaba abierta. Era un gran colchón cubierto por una colcha de color borgoña y dos almohadas grandes.

–Los aparcamientos para caravanas suelen estar muy poco frecuentados en esta época del año. Me siento mejor si estoy cerca de otras personas –añadió ella.

Él se apoyó en la puerta del autobús y la miró fijamente. ¿Había cambiado de idea? ¿La puerta abierta era una especie de invitación? ¿Iba él a aprovecharla si lo era? Las mujeres bonitas y en tensión no eran las más indicadas para no buscarse complicaciones. Sin embargo, algo le decía que por ella valía la pena complicarse un poco la vida.

–Buenas noches –dijo ella. Hasta mañana. Y gracias.

Él sonrió con desgana cuando la puerta del autobús se cerró y la cortina se corrió. Se sacó la llave del bolsillo y se dirigió a su habitación, situada en la planta baja. Una habitación insulsa y falta de carácter, a diferencia de la de ella.

Pero exactamente tan insulsa y falta de carácter como él la deseaba.

Capítulo 3

–Ese autobús es la mar de versátil, ¿no?

Eve contuvo la respiración al oír aquella voz a su izquierda. Los escasos días que habían transcurrido desde que oyera la moto de Marshall saliendo del aparcamiento al amanecer antes de volver a dormirse equivalían exactamente a la cantidad de barba que a él le había crecido.

–¿Marshall? –su mano cayó sobre el montón de moscas que había en la mesa, que salieron volando y se perdieron en la brisa del paseo marítimo de Esperanza–. Creí que te dirigías al norte.

–Así es, pero ha habido un accidente grave y las tareas de limpieza van a durar veinticuatro horas, por lo que he cambiado de ruta. Supuse que te me habrías adelantado y que no te vería.

¿Lo suponía o lo esperaba? Era imposible saberlo, ya que tenía los ojos ocultos tras las gafas de sol. De todos modos, si de verdad hubiera querido evitarla, le habría bastado con seguir caminando, ya que ella estaba tan ocupada con los carteles que no lo hubiera visto.

Eve echó los hombros hacia atrás para encontrar una postura más cómoda, lo cual realzó sus senos.

–He parado en algunos pueblos. Llegué anoche.

Marshall miró las dos docenas de carteles pegados a las puertas levantadas del compartimento de equipajes del autobús. Constituían un gran tablón de anuncios frente al que ella había puesto su mesa plegable. Examinó cada rostro con detalle.

–¿Quiénes son?

–Son los que llevan mucho tiempo desaparecidos.

–¿Los conoces?

–No, pero conozco a la mayor parte de las familias. Por Internet, al menos.

–Al hacer esto, ¿no deja tu hermano de ser el centro de atención?

Por supuesto.

–No sería un ser humano si recorriera todo el país buscándolo solo a él. Tenemos un acuerdo de reciprocidad. Si alguien hace algo especial, como salir en los medios de comunicación o hacer publicidad, trata de incluir al mayor número posible de personas desaparecidas. Es algo que puedo hacer en los sitios grandes mientras me tomo un descanso de la autopista.

Aunque Esperanza no era una metrópolis, ni hablar todo el día con desconocidos suponía un descanso.

Marshall agarró uno de los carteles de Travis.

–¿Quiénes son «nosotros»?

–La red de personas desaparecidas, las familias. Somos muchos. Es una red informal. Compartimos información, consejos, éxitos…

Y fracasos, muchos fracasos.

–Supongo que está bien tener apoyo.

No se hacía una idea. Había días en que su compromiso con un grupo de gente a la que no conocía en persona era la única razón por la que se levantaba de la cama.

Una mujer se detuvo a agarrar un cartel. Eve le sonrió y comenzó a hablar con ella llena de energía.

Marshall esperó a que la mujer se marchara. Travis ocupaba el centro del cartel de los desaparecidos. Él le indicó con la cabeza el espacio en blanco del extremo superior derecho.

–Parece que se ha caído uno de los carteles.

–Lo he quitado.

–¿Lo han encontrado? ¡Estupendo!

No, no era estupendo. Pero al menos lo habían encontrado. La familia tendría toda la vida para enfrentarse a la tortura mental que suponía sentirse aliviado por haber encontrado los restos de su hijo en el fondo de un barranco. Acabar de una vez era el objetivo de las familias cuando ya habían transcurrido diez meses de la desaparición.

La eutanasia emocional.

Tal vez a ella le sucedería lo mismo un día; se odiaría por sentirse agradecida. No podía explicarle eso a alguien ajeno a la red. Mejor sonreír y asentir.

–Sí, estupendo.

–¿Has ido ya a Israelite Bay? –preguntó él al cabo de un breve silencio.

–Probablemente lo haré mañana.

–Tengo una idea. Yo tengo que ir en esa dirección para llegar a Middle Island y estudiar el terreno para la posible instalación de una estación meteorológica. ¿Por qué no unimos fuerzas y viajamos juntos?

Ella se preguntó si era una buena idea.

–Solo te retrasaría. Tengo que dejar carteles en todas las casas que me encuentre en el camino, los aparcamientos para caravanas y los campings.

–No importa. Podemos tomárnoslo con calma. Para ir a Middle Island se necesita un permiso.

–¿Tú lo tienes?

–Sí.

–¿Te has olvidado de que no estoy haciendo turismo?

–Harás tu trabajo y al mismo tiempo me harás compañía mientras hago el mío.

–Puedo hacer mi trabajo sola y volver a Esperanza por la noche.

–O tomarte unas horas de descanso y ver algo.

–¿Qué tiene de interesante Middle Island?

–Una isla con el paso vedado al público es un buen sitio para esconderse si no quieres que te descubran.

En el momento en que pronunció esas palabras, se sonrojó.

–Perdona –hizo una mueca y tomó aire–. Eso ha sido… Lo siento. Creí que te gustaría descansar un poco, que te vendría bien.

Pero sus palabras habían surtido efecto. Si se necesitaba un permiso para ir allí y Marshall lo tenía, sería una locura no acompañarlo. ¿Y si Travis estaba allí acampado?

–Te llevaré en la moto –añadió él.

–Las motos matan a la gente.

–Es la gente la que mata a la gente. ¿Has montado alguna vez?

–Mi madre tenía una de 250cc.

–¿En serio? ¡Fantástico!

Eso era lo que Travis y ella pensaban hasta el día en que ella se mató y su hermano estuvo a punto de morir.

–Pero realmente no puedes decir que hayas montado hasta que no lo hagas en una de 1200cc.

–No, gracias.

–Venga, ¿no te gustaría experimentar la sensación de libertad que se siente?

–Tú lo llamas libertad; yo, terror.

–¿Cómo lo sabes si nunca lo has probado?

–No me interesa hacerlo.

Él no ocultó su decepción.

–Entonces puedes seguirme en el autobús. Nos divertiremos de todos modos. Según la guía turística, hay un camping para caravanas cerca. Verás la puesta de sol en la Costa Oeste.

–He visto muchas puestas de sol.

–Conmigo no –apuntó él con una sonrisa sexy.

–¿Por qué tienes tanto interés en que vaya contigo?

–Porque te estás perdiendo todo lo bueno, el país entero. Los momentos de alegría que dan color a la vida. Tienes que venir, Eve. Solo será un desvío de unas horas.

–¿Y si Travis aparece durante esas horas? –era una pregunta ridícula, pero reflejaba el temor que la acompañaba a todas horas.

–Verá uno de las decenas de carteles y sabrá que lo estás buscando.

Tomar decisiones era una agonía. Cada decisión le dolía, ya que podía acercarla o alejarla de su hermano. Pero aquella iba acompañada de otras consideraciones. Y la idea de sentarse a ver la puesta de sol con Marshall consiguió aliviarle una parte del dolor.

–¿A qué hora?

–¿Hasta qué hora vas a estar aquí?

–Tengo permiso para estar en el paseo marítimo hasta mediodía.

–¿Te parece, entonces, a las doce y cinco?

–A las doce y diez.

–Hecho –dijo él con una sonrisa que le transformó el rostro.

–Y dormiremos separados, que conste.

–¡Eh! ¡Que solo te he ofrecido una puesta de sol! –exclamó él encogiéndose de hombros de una forma que a ella le resultó adorable y la desarmó.

–Ahora vete, hombre del tiempo, que me asustas a la gente con todo ese cuero.

Sin embargo, su corazón le susurró que se quedara. Pero ella había aprendido a dominar las fantasías de su corazón. Y sus miedos, ya que ninguno de ellos contribuía a su labor de búsqueda. Lo mejor era estar centrada psicológicamente y en blanco en el plano emocional.

Lo cual no implicaba que Marshall no pudiera servirle de útil distracción de todas las voces de su cabeza y de su corazón.

Una breve y agradable distracción.

Recorrieron los doscientos kilómetros hacia el este uno detrás del otro. Él incapaz de soportar la lenta velocidad del autobús aceleraba y se detenía cuando encontraba un punto donde pegar un cartel hasta que ella lo alcanzaba.

Al final llegaron a un sitio donde acampar, situado en una bahía, en el parque nacional de Cape Arid. No había nadie.

–Cuántos tonos de azul –dijo ella mientras bajaba del autobús y miraba la bahía.

–Esto no es nada –apuntó él. Comparado con todo lo que se había perdido en la Costa Sur de Australia–. Si te hubieras desviado de la carretera de vez en cuando…

–¿Es allí adónde vamos? –le preguntó ella indicando la primera isla que se veía.

–No, esa es una de las islas más pequeñas y cercanas del archipiélago. Middle Island está más lejos. Es una de las sombras grandes que se adivinan en el horizonte.

Se inclinó hacia ella para señalársela, lo cual los aproximó el uno al otro como nunca lo habían estado desde que él la había arrastrado lejos de los borrachos. Entonces, él se dio cuenta de cuánto había echado de menos su olor.

–¿Cuántas hay?

¿De qué hablaban? Ah, sí. De las islas.

–Más de un centenar.

–Travis podría estar en cualquiera de ellas.

Era difícil, si tenía que comer y beber. En solo dos de ellas había agua dulce.

–Oye, Eve, siento mucho lo que dije de tu hermano. La posibilidad de que se encuentre en la isla es…

–Ínfima, lo sé. Pero se me ha metido en la cabeza y no podría volver a dormir si no la agoto.

–De todos modos, no es mi intención hacerte sufrir.

–No lo has hecho, Marshall. Me has ayudado –dijo ella con firmeza.

Él le sostuvo la mirada más tiempo de lo que permitía la buena educación.

–No parece un lugar muy adecuado para instalar una estación meteorológica –dijo ella, por fin, volviéndose hacia las islas de nuevo.

–Queremos que estén lejos para que nos den datos más precisos sobre el tiempo en la costa.

–¿A qué hora tenemos que tomar el barco? ¿Y dónde?

–A primera hora de la mañana. Atracará en la bahía. Voy a bañarme antes de que baje más el sol.

Los ojos de ella le indicaron que un baño era lo que deseaba, pero los labios apretados le dijeron que no iba a andar por las dunas de aquel sitio tan apartado con alguien a quien prácticamente no conocía.

–Hasta luego, entonces –se despidió él.

Bajó corriendo a la playa sin mirar atrás. Al llegar a la orilla se quitó las botas, los vaqueros y la camisa y se metió en el agua helada en boxers. Normalmente se los hubiera quitado, pero no quería darle a Eve más motivos para pensar si estaría a salvo con él.

Hacía tiempo que no se bañaba. Nadar era una de las cosas que lo mantenía cuerdo y, cuando no podía hacerlo, lo echaba de menos. Era, por tanto, notable que lo primero que había hecho al llegar a Esperanza no hubiera sido ir a la playa, sino buscar a una mujer obsesiva de cabello castaño.

Se había contado a sí mismo una decena de mentiras para justificarse, pero la verdad era que anhelaba algo más que el agua salada: compañía, por así decirlo.

Llevaba meses sin mostrar interés por ninguna mujer, y por «interés» quería decir deseo, un

deseo que lo obligara a buscar a una mujer dispuesta a dormir con un hombre que no tenía nada que ofrecerle salvo la aventura de una noche antes de marcharse al día siguiente. Había muchas por todo el país dispuestas a ello porque les habían partido el corazón o porque se estaban vengando de un esposo adúltero. Él las buscaba cuando estaba muy necesitado, ya que no hacían preguntas ni esperaban nada.

Eran relaciones impersonales. No solo las que tenía con desconocidas en aparcamientos de camiones o bares. Las relaciones con la madre, con los hermanos…

Comenzó a nadar con fuerza y a concentrarse en la sensación que le transmitían los músculos. Cuando volvió a mirar, el sol estaba ya muy bajo. La Costa del Sur de Australia estaba llena de tiburones que salían en busca de alimento al amanecer y al anochecer, así que volvió a la orilla y se puso de cara al sol mientras se escurría el cabello. Después cerró los ojos para recibir el calor de los rayos.

Al abrirlos, se sobresaltó levemente al ver que Eve estaba allí, con una toalla en la mano y la boca abierta como si la hubiera interrumpido en mitad de una frase.

Eve sabía que tenía la boca abierta, pero era incapaz de cerrarla ni de apartar la vista del pecho y el estómago de Marshall, que también se había tatuado con una enorme ave de presa con las alas extendidas que le llegaban hasta los hombros.

Tenía todavía los brazos levantados porque se seguía escurriendo el cabello, y Eve distinguió una serie de caracteres orientales en la parte inferior de uno de sus bíceps.

–Hola.

Su voz la sobresaltó y comenzó a hablar mirándolo a los ojos.

–Hacía tanto que te habías ido que… –consiguió articular.

–Echaba de menos el mar. Siento haberte preocupado.

–Quien explorara por primera vez esta zona lo pasaría mal –dijo ella tratando de hallar un tema de conversación.

Él le quitó la toalla de las manos. Ella trató de no mirar su cuerpo, pero era difícil, ya que llenaba todo su campo de visión. Él se secó, recogió la camiseta de la roca en que la había dejado y se la puso. El ave quedó oculta.

–Supongo que no está tan mal cuando tienes provisiones y transporte –apuntó él–, pero debió de ser un entorno muy traicionero para los primeros exploradores, sobre todo cuando tuvieran sed.

No se molestó en ponerse los pantalones, sino que se los echó al hombro, agarró las botas y siguió a Eve de vuelta al sitio donde iban a acampar.

–¿Ha sido un baño agradable? –era todo mucho más fácil para ella cuando Marshall estaba prácticamente vestido.

–El agua está muy clara, aquí. La echaba de menos.

–¿No está siempre limpia?

–No.

–Tal vez me dé un chapuzón mañana.

Al aproximarse al autobús se quedaron en silencio. De pronto, lo incómodo de la situación se hizo evidente. Eran dos y solo había un autobús. Lo único socialmente correcto era que ella durmiera en la cama y él en el sofá. Estaba acostumbrada a tener el autobús entero para ella sola, pero tendría que compartirlo con un hombre durante veinticuatro horas. Y no con cualquier hombre. Con uno atractivo.

–Cámbiate dentro –dijo ella–. Yo voy a… –miró a su alrededor en busca de inspiración y vio el pequeño edificio de los servicios a lo lejos–. Voy a ver las instalaciones.

–Gracias. Solo tardaré unos minutos.

Eve había buscado un medio de transporte con servicio incorporado porque los servicios públicos de los lugares remotos de Australia no eran para los débiles de corazón.

Resultó que aquellos estaban por encima de la media, bien cuidados y provistos de lo necesario.

Al volver, Marshall se había cambiado y la esperaba fuera del autobús. Le tendió su nuevo casco.

–Vamos. Te prometí que te llevaría en moto. Aún queda luz.

Eve solo tardó unos segundos en darse cuenta de que Marshall solo tenía un casco y se lo estaba ofreciendo.

–No recuerdo haber accedido.

–Te va a encantar, te lo prometo.
–¿Solo porque a ti te encanta?
–Porque es divertido.
No era cierto. Había perdido a un ser querido y había estado a punto de perder a otro por causa de una moto. Aunque se dijo que también podía haber sido por un coche o un autobús. Tragedias ocurrían todos los días.
–Tómatelo como si estuvieras en un parque de atracciones y te subieras en la montaña rusa.
–No me estás ayudando mucho.
–Vamos, Eve. ¿Qué haremos hasta que oscurezca?
¿Aparte de estar sentada en el autobús en medio de un silencio incómodo mientras se preguntaba dónde iba a dormir cada uno? Echó una ojeada a la moto.
–No correrás peligro alguno, te lo prometo. Iré a la velocidad que desees.
–¿Irás despacio?
–Hasta que estés lista para ir más deprisa –afirmó él con su hermosa sonrisa.
Ella se había preguntado cómo sería montar en algo con más potencia que su autobús, sobre todo después de ver cómo Marshall dominaba la moto. Y si montaba con él, apretaría los muslos contra los suyos y el pecho contra su ancha y fuerte espalda. Era una imagen seductora, de esas que se le ocurrían por las noches en el autobús y que nunca había pensado que pudieran hacerse realidad.
–¿Disminuirás la velocidad si te lo pido?
–Te lo juro.
¿Se iba a pasar la vida con miedo a las motos? La causa del accidente de su madre no se había determinado con total seguridad. Ni siquiera Travis, después de salir del coma, pudo arrojar mucha luz. Había sido un trágico accidente que podía haberle pasado a cualquiera.
–¿Conducirás con cuidado?
–Seré un modelo de prudencia.
¿Cuánto tiempo llevaba si hacer nada que se saliera de lo habitual?, ¿cuánto sin arriesgarse?
Ahí había un hombre guapísimo que le ofrecía que se abrazara a él durante un rato a cambio de un poco de velocidad, y ella llevaba años sin hacer nada imprudente.
Respiró hondo y agarró el casco por la correa.

La KTM Había alcanzado una velocidad que cortaba la respiración cuando Eve se atrevió a abrir los ojos. Recordó de inmediato la emoción de ir con su madre en moto, a pesar de que aquella no era tan rápida. Se apretó más contra la espalda de Marshall.
–¿Esta es la velocidad máxima? –chilló.
–Solo vamos a setenta –gritó él, a su vez.
–No vayas más deprisa.
Él giró la cabeza y sonrió al tiempo que asentía.
Las carreteras del parque eran largas y rectas, y la moto se deslizaba maravillosamente por ellas. Así que, al cabo de unos minutos, Eve aflojó la presión de sus manos y las situó en las caderas de Marshall. Para ser una máquina mortal, la manejaba muy bien.
Al llegar a una curva pronunciada, Marshall inclinó la moto para tomarla. A ella le pareció que estar agarrada a la chaqueta de cuero no era suficiente, por lo que lo hizo a la cintura de los vaqueros. Una vez superada la curva, Marshall se volvió hacia ella.
–¿Estás bien? Deja de mirar hacia abajo. Mira a tu alrededor.
Ella alzó la vista. El parque estaba bañado en la luz del atardecer. Y la velocidad no le pareció tan elevada como cuando iba mirando el asfalto.
Como no quería parecer una completa idiota, trató de separarse de su espalda. El problema era que, cada vez que él cambiaba de marcha, sus senos volvían a rozarle la espalda. Una y otra vez.
Los minutos transcurrían y ella se sentía cada vez más cautivada por las largas extensiones de hierba a su izquierda y los árboles incrustados de sal y el brezo de la costa a la derecha. Cuando Marshall se detuvo en un mirador, Eve se dio cuenta de que se había olvidado de la velocidad. Tenía el pulso acelerado, estaba sofocada.
Pero no había muerto.
–Ya veo por qué te gusta ir en moto –dijo al tiempo que se levantaba la visera del casco–. Es una forma estupenda de ver el paisaje.

–¿Estás cómoda?

Sus palabras le recordaron cómo se había abrazado a él.

–No te muevas –dijo él–. Estamos a punto volver.

Ella se inclinó con él, cuando Marshall dio la vuelta, como si llevara haciéndolo toda la vida. Y se dio cuenta de hasta qué punto había vivido el momento: solo Marshall, la carretera, el viento, el parque y ella.

Sin pasado, sin futuro, sin accidentes, sin investigaciones, sin Travis.

Y lo agradable que resultaba ese momento de tregua.

La luz había cambiado, era menos dorada y más anaranjada. Y estaba desapareciendo deprisa. Cuando llegaron al autobús, el sol casi se había puesto. Ella estiró los miembros y se quitó el casco.

–¿Qué te ha parecido? –preguntó él. Sus ojos traslucían un interés mayor que el de una mera pregunta de cortesía.

–Increíble.

–Has tardado un rato en relajarte.

–Teniendo en cuenta que estaba aterrorizada, creo que no lo he hecho tan mal.

–En absoluto. He sentido el momento en que has dejado de tener miedo.

Ella se sonrojó al pensar que había estado tan apretada contra él que le había llegado a transmitir sus emociones.

Marshall se le adelantó para abrir las puertas traseras del autobús.

–¿Qué opinas ahora de la moto?

–Sigue siendo una trampa mortal, pero tiene cualidades para redimirse.

Lo mismo que su dueño, en realidad.

Capítulo 4

–Podemos cenar ensalada y un filete –dijo Eve al volver de su dormitorio vestida con un jersey para combatir el frío de la noche.

–No tienes que cocinar para mí. He comido mucho.

–Recuerda que hemos comido juntos y que, aunque es cierto que has comido mucho, seguro que lo has quemado todo con el tiempo que has nadado.

Cocinar le resultaba algo natural porque lo había hecho para Travis durante muchos años. Además le proporcionaba la oportunidad de realizar una actividad normal durante media hora. A Marshall, sin embargo, le parecía ridículo sentirse incómodo por cenar juntos después de la intimidad del paseo en moto. Pero lo estaba.

Y ella también.

–Toma –le dijo Eve dándole un abrebotellas–. Haz algo útil.

Le indicó con la cabeza un armario que había encima de la televisión. Cuando él lo abrió, enarcó las cejas.

–Creí que no bebías.

–No lo hago en bares –con hombres que no conocía–, pero me gusta probar los vinos locales.

Sacó su copa y le añadió una taza. Era lo máximo que podía ofrecerle.

–Toma tú la copa.

Él sirvió el vino, pero le dio la copa a ella.

–Supongo que no invitas a mucha gente aquí.

–No he venido a relacionarme socialmente –dijo ella, aunque luego suavizó el tono–. Tenía otra copa, pero no sé qué he hecho con ella. Así que puedes elegir entre la taza o el vaso con el que me enjuago los dientes.

Él tomó un sorbo de la taza y se lamió las gotas de los labios, ante la mirada fascinada de ella.

–Vas a necesitar otro armario. Nos dirigimos a un sitio donde hay vino muy bueno.

–O puedo beberme el que tengo más deprisa.

Él rio y alzó la taza.

–Brindo por ello.

¿Por qué al ir a tomarse juntos una copa de vino había desaparecido instantáneamente la incomodidad? Él solo había tomado un sorbo y ella no lo había probado, así que no se trataba de los efectos del alcohol. Había algo en el hecho de descorchar una botella y remover el vino en la copa.

Tal vez su madre hubiera empezado así, bebiendo con otras personas de manera agradable. Hasta el día que se levantó y había dejado de ser agradable.

–Dime –dijo ella mientras comenzaba a preparar la cena– ¿has encontrado mucha competencia durante el medio año que llevas inspeccionando estaciones meteorológicas?

–No –contestó él sonriendo.

–¿Por qué aceptaste el trabajo?

–Iba a recorrer el país con todos los gastos pagados. ¿Qué más podía pedir?

–Pero estarías alejado de tu familia y tus amigos.

«Y de tu novia», pensó.

–No todas las familias se llevan bien –respondió él algo tenso.

Ella lo miró.

–¿Lo dices por experiencia?

–Tal vez. Seguro que tú tienes unos padres perfectos.

Era una afirmación tan alejada de la realidad que daba risa.

–Solo tengo a mi padre.

–¿Perdiste a tu madre?

–El último año de la escuela.

–Lo siento. ¿Cambiamos de tema?

–No, hace ya mucho tiempo. No pasa nada.

–¿Quieres hablar de ello?

A veces, desesperadamente. A veces, cuando estaba sentada sola en el autobús, deseaba tener a alguien a su lado para contárselo todo, alguien que la ayudara a entender lo sucedido, ya que seguía sin comprenderlo.

–No hay mucho que decir. Tuvo un accidente. Travis tuvo suerte y sobrevivió.

–¿Fue un accidente de coche?

–De moto.

Los ojos de él centellearon.

–¿Por qué no me lo habías dicho, Eve?

–Te lo digo ahora.

–Antes de que te presionara para que dieras un paseo conmigo –añadió él apoyándose en la encimera de la cocina.

–Podía haberme negado en cualquier momento. No soy cobarde.

–No te habría…

–No fue culpa de la moto. Está bien que lo recuerde.

Él dio un largo trago de vino mientras ella comenzaba a freír los filetes.

–Una moto de 250cc, me habías dicho. No teníais una furgoneta.

–La tuvimos, pero mi madre se sacó el carné de conducir motos poco después de tener a Travis. La utilizaba cuando no estábamos con ella.

Lo que había sucedido con frecuencia en aquellos cinco últimos años.

–Creo que era su forma de huir del barrio en que vivíamos.

O de la realidad.

–Pero ese día iba con tu hermano. ¿No te importa hablar de eso?

–Sí –suspiró Eve– iba con ella. A Travis le encantaba la moto y se moría de ganas de sacarse el carné. Creo que ella se la iba a regalar.

–¿Qué edad tenía tu hermano cuando sucedió?

–Catorce años.

–Os lleváis cinco años. Son bastantes.

–Y menos mal. No sé si habría podido enfrentarme a todo si hubiera sido más joven.

Cuando él murmuró algo y pasó a su lado para bajar el fuego, Eve se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo inmóvil y callada. Sintió un cosquilleo ante la proximidad de él.

–¿Cambiamos de tema? –le propuso Marshall.

–No, me gusta hablar de mi familia. A veces me olvido de…

–¿De qué?

–De que ahora es distinta –afirmó ella con pesar–. Solo somos mi padre y yo. Si Travis ha desparecido por la fuerza, no va a volver. Si ha desaparecido por voluntad propia, tampoco.

–¿De verdad crees que estará por ahí tratando de pasar desapercibido?

–Tengo que creerlo. Que está sufriendo, que está confuso, que ha dejado de tomar la medicación. Tal vez piense que no será bien recibido después de marcharse como lo hizo. Quiero que sepa que queremos que vuelva por encima de todo.

–¿No tendrá que responder por el sufrimiento que os ha causado?

–Me pregunto si hay algo que él hubiera hecho que me impidiera desear que vuelva. Y me digo que no. Por eso, reprocharle lo que haya hecho o los motivos para hacerlo carece de sentido. Solo quiero que vuelva. El qué, el cómo y el porqué son irrelevantes.

Además, ella ya sabía por qué se había marchado. A posteriori, la ansiedad y la depresión de Travis resultaban evidentes, aunque ella no las hubiera notado en su momento. Y no lo había hecho porque no le había prestado atención, debido a lo ocupada que estaba tratando de no desempeñar el papel de madre, pensando solo en sí misma.

Bebió un poco de vino y cambió de tema.

–¿Quién es Christine?

–Era –le corrigió él–. Era mi novia.

La sartén, que ella había levantado, cayó sobre el quemador al oír que él empleaba el pasado. Era la respuesta a la pregunta que estaba deseando hacerle. Comenzó a ponerse nerviosa.

–¿Hasta hace poco?

–Hace mucho.

Sí, la tinta del tatuaje no parecía reciente, lo que implicaba que podría tener otra novia.

–¿Fue tu novia de infancia?

–Algo así –respondió él, cada vez más tenso.

De repente, Eve sintió una tremenda aversión hacia Christine.

–Lo siento.
–No tienes la culpa –replicó él encogiéndose de hombros.
Ella observó sus tensas arrugas en las comisuras de la boca, de esa boca que no había sido capaz de dejar de mirar desde que él se había afeitado.
–¿Así que ya no hay una Christine, alguien como Christine, quiero decir?
–¿Me preguntas si no tengo pareja? –preguntó él mirándola a los ojos.
–Solo trato de charlar. Supongo que no la tienes, ya que estás de peregrinación por el país.
–Es mi trabajo. No todos nos hemos embarcado en una especie de odisea.
Aquello le dolió porque era verdad y porque venía de él.
–Me parece que no te gusta hablar de ella –murmuró Eve.
Él negó con la cabeza.
–Muy bien –después añadió indicándole el brazo con un gesto de la cabeza–. Pues tendrás que cambiarte el tatuaje.
La tensión desapareció del rostro de Marshall, que sonrió levemente.
–Podía haber elegido a alguien con el nombre más corto, como Ann o Lucy, ¿no te parece?
–Además es muy llamativo. ¿Una daga, ni más ni menos?
La sonrisa se transformó en carcajada.
–Teníamos diecisiete años y estábamos enamorados. Y yo me las daba de duro.
Eve aliñó la ensalada.
–Supongo que ella tendría otra igual.
–En la suya ponía «amore», lo que le valdría para cualquier caso.
–No quería comprometerse. Eso debiera haberte servido de aviso –observó ella poniendo los filetes en los platos.
–Supongo que sí, vistos los resultados.
–¿Era una mala persona?
–No, o no me hubiera enamorado de ella.
–Eres muy caritativo.
–Soy un tipo generoso.
–No lo entiendo. No quieres hablar de ella, pero no le guardas rencor.
–No se trata de Christine. ¿Cuánta gente acaba formando una pareja estable con el primer amor?
–Entonces, ¿qué fue de ella?
–No importa.
–Eres muy complicado, Marshall.
Se sirvieron ensalada y comenzaron a comer.
–Está muy bueno.
–¿Te sorprende?
–No me imaginaba que supieras cocinar.
–Tuve que aprender deprisa cuando mi madre murió –respondió ella. Se comió la mitad del plato antes de volver a hablar.
–¿Puedo hacerte una pregunta personal?
–¿No lo has hecho ya?
–Sobre el hecho de viajar.
–Adelante –dijo él ladeando la cabeza.
–A ver cómo empiezo. Viajas solo. ¿No tienes a veces la impresión de que has olvidado cómo comportarte con la gente?
–¿A qué te refieres?
–Antes, yo me relacionaba mucho, salía casi todas las noches a cenar, conocía a gente, charlaba… Me parece que he perdido la mayor parte de mis habilidades sociales.
–¿En serio?
–Sí, se pierden un poco los buenos modales. De todos modos, estamos conversando agradablemente, ¿no?
–Tal vez se te dé bien hablar de temas triviales, pero eso no te servirá de mucho en estos lugares. Por ejemplo, en una situación como esta. Pero nosotros lo estamos haciendo bastante bien.
–No me refería a ti, específicamente –se apresuró a corregirlo ella.
–Claro que sí.
–¿Por qué lo dices?
–Nos sentimos incómodos porque es una situación incómoda. No nos conocemos, y me he

introducido en tu mundo de forma poco natural. Y ahora, alguien casi desconocido está sentado a unos metros de tu cama, bebiéndose tu vino y hablando de cosas personales. Por supuesto que es incómodo.

–No me siento incómoda, precisamente, sino oxidada. Y no te lo mereces, porque has sido muy amable.

La palabra «amable» pareció chocarle. Hizo una mueca.

–¿Cuándo fue la última vez que alguien subió a este autobús? –preguntó él tratando de desviar el tema.

Eve reflexionó. Meses, muchos meses.

–Lo suficiente como para que la otra copa de vino haya ido a parar al rincón de algún armario.

–¿Lo ves? No estás en forma en el plano social, eso es todo. Hagamos una promesa. Te prometo comportarme con naturalidad, es decir, de manera poco sociable, cuando estés conmigo si tú haces lo mismo –trazó un círculo imaginario que incluía a los dos–. Esta es una zona donde se permite la descortesía.

–¿La descortesía?

–Donde se reconocen los momentos raros, se aceptan y se perdonan.

–¿Me estás dando permiso para ser poco sociable?

–Te digo que lo entenderé.

–Me parece bien –afirmó ella sintiendo que, de pronto, respiraba mejor–. ¿Has acabado ya de comer?

Él se llevó el último trozo de carne a la boca y asintió.

–Levántate, voy a enseñarte algo.

En cuanto él lo hubo hecho, ella se subió al taburete para correr el pestillo de lo que parecía un panel corredizo. Se impulsó hacia arriba y se retorció hasta conseguir sentarse en el hueco, con las piernas colgando.

–Pásame el vino.

Él lo hizo, no sin antes volver a llenar la copa y la taza. Después, se impulsó sin esfuerzo y se sentó a su lado. Siguió su mirada hacia la izquierda y hacia arriba para contemplar el cielo sobre el mar.

–Hermosa vista.

Era más espectacular debido al vino, la oscuridad y la compañía.

–Me gusta sentarme aquí cuando hace buen tiempo.

–Lo entiendo.

El cielo estaba cuajado de estrellas. Eve echó la cabeza hacia atrás, miró hacia arriba y suspiró.

–A veces creo que debiera buscar a Travis allá arriba. Me parece igual de inalcanzable.

Él dejó de mirar el cielo para mirarla.

–Cuando comencé el viaje, me parecía un plan muy sencillo: ir a todas las ciudades y pueblos de Australia y poner carteles. Pero lo único que he conseguido ha sido darme cuenta de la inmensidad de este país y de las muchas formas en que se puede desaparecer en él.

–Es un buen plan, no lo dudes. ¿Te decidiste a llevarlo a cabo porque creías de verdad que lo encontrarías o porque tenías que hacer algo?

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas que trató de contener.

–Es tan joven, casi un niño, aunque la ley diga lo contrario. En casa me estaba volviendo loca mientras esperaba que la policía hiciera algún progreso. El corazón me daba un salto cada vez que sonaba el teléfono.

Y se peleaba todo el día con su padre, que quería que se diera por vencida y aceptara la verdad. Su verdad.

–Así que aquí estás –resumió él–. Haciendo algo constructivo. ¿Te sientes mejor?

–Sí, cuando no siento que lo que hago es inútil.

–Al menos, te mantiene cuerda.

¿Cómo era posible que un completo desconocido la conociera mejor que nadie, incluso que ella misma?

Alzó la copa hacia él.

–Entonces –dijo él cambiando de tema– si quiero utilizar el servicio del autobús durante la noche, tendré que entrar en tu dormitorio, ¿no? ¿Qué vamos a hacer?

El cuarto de baño se hallaba al otro lado de una puerta que lo separaba del resto del autobús. Y de Marshall. Era un detalle práctico que ella no había tenido en cuenta.

–Aunque puedo usar el servicio del camping.

¡Sí! ¡Menos mal que había servicios públicos!

–No está en muy malas condiciones, siempre que no te importen las piedras que hay para llegar hasta allí. ¿A qué hora tenemos que levantarnos?

–El barco llega a las ocho.

Y amanecía a las seis.

–Muy bien, estaré lista.

Marshall le pasó la taza y se impulsó para bajar. Después, Eve le dio la taza y la copa y las dejó en la mesa. Ella se acercó al borde y colocó los brazos para que le sostuvieran el peso al descender.

–¿Te las apañas sola?

–Sí, lo hago siempre –pero estuvo a punto de caerse–. Normalmente no tengo espectadores.

–Deja que te ayude.

Sus fuertes manos la agarraron por la cintura y ella no tuvo más remedio que dejarse llevar por ellas. Marshall la bajó de forma más sencilla a la que estaba acostumbrada, pero le levantó el jersey al hacerlo, dejándole el estómago al aire. Por suerte, él no llegó a tocarle la piel desnuda, pero ya le resultó suficientemente incómodo sentir la tela de sus vaqueros sobre la tripa.

–Gracias –murmuró.

Él la soltó y dio un paso atrás sin mirarla a los ojos.

–De nada.

–Bueno, hasta mañana. Trataré de no hacer ruido si no te has despertado.

–Estaré despierto –aseguró él.

¿Porque le gustaba madrugar o porque no quería que ella lo viera con el pelo alborotado y en una situación de vulnerabilidad?

¿O porque, con tantos rozamientos, él tampoco iba a poder dormir esa noche?

Capítulo 5

Hacía tiempo que a Marshall no le despertaba el ruido de alguien andando de puntillas en la cocina. En aquel caso, el ruido era muy leve para no molestarlo, ya que la cocina estaba a dos metros de su lecho provisional.

Había oído a Eve levantarse y moverse detrás de la puerta que los había separado toda la noche, pero se había vuelto a dormir. Tenías que vivir con alguien para que te gustaran tales momentos.

Solo había tenido una relación después de la de Christine, con una chica muy soñadora, y no había acabado bien, por culpa de él, desde luego. Otro indicio más de que lo mejor era estar solo, y eso incluía a su familia.

Pensar en su hermano le quitó el sueño. Se incorporó y se atusó el cabello con las manos.

–Buenos días –murmuró Eve detrás de él–. Espero no haberte despertado.

–No, ya estaba medio despierto. ¿Qué hora es?

–Las seis pasadas.

¡Vaya! ¡Lo que habían hecho con su insomnio el aire fresco, nadar durante largo rato y un poco de vino! Porque, desde luego, no podía atribuirlo a la comodidad de la cama. Le crujieron todos los huesos al levantarse.

–¿No has estado cómodo?

–Más que si hubiera tenido que dormir en el suelo.

No era verdad. Dormir sobre la tierra era algo extrañamente cómodo.

–Vuelvo ahora mismo –añadió él.

El sol de la mañana ya brillaba con fuerza mientras se dirigía a los servicios. Aunque ella no estuviera en su habitación, la idea de meterse en su cuarto de baño no le agradaba. Era demasiado personal.

–Tengo huevos y salchichas –le anunció ella cuando volvió–. No aguantarán mucho más, así que los estoy preparando.

–No te molestes por mí.

–Tienes que comer algo. Vamos a estar navegando todo el día.

–Precisamente por eso no quiero comer nada.

–¿Te mareas?

–Supongo que no concuerda con la imagen de macho que tienes de mí, ¿verdad? –se sentó en el taburete de la noche anterior y ella le pasó una taza de café–. No me mareo de forma terrible, pero sí lo suficiente.

–¿Quieres, entonces, tostadas con mermelada?

–Sí, eso estaría bien.

Ella introdujo dos tostadas congeladas en la tostadora y siguió friendo. Si no se comían las salchichas, a las gaviotas les encantarían.

–¿Así está bien? –le preguntó después de untar las tostadas con mermelada y pasárselas.

–Estaba intentando recordar cuándo fue la última vez que tomé tostadas con mermelada –su madre siempre se las daba cuando era un niño, pero rara vez con mermelada.

–¿No sueles desayunar?

–En la ciudad, tomo algo en un sitio de comida rápida que hay cerca del trabajo. Normalmente un café –el desayuno líquido de los campeones.

–¿Y aquí?

–Depende. En algunos moteles el desayuno está incluido en el precio de la habitación. Y a veces no es muy apetitoso.

–Pues este es el servicio completo de *bed&breakfast,* así que come.

Desayunar con una mujer a las seis de la mañana hubiera debido parecerle mal, pero no fue así. Salvo en determinados incómodos momentos, se sentía relajado con Eve. Tal vez porque ella estaba tensa por los dos.

–¿Marshall?

–Perdona, ¿qué decías?

–¿Cómo van a saber los del barco dónde tienen que recogernos?

–Navegarán a lo largo de la costa hasta que vean que les hacemos señales con la mano.

–¿Me tomas el pelo?
–Bueno, hasta que yo les haga señales. No esperan que seamos dos.
–¿Y si no viene?
–Los llamaré y vendrán mañana.
–Das por supuesto que voy a querer quedarme una noche más.
–Si no quieres hacerlo, volveremos a Esperanza y tomaremos el barco allí, que es donde está atracado.
Ella lo miró con la boca abierta.
–¿Lo dices en serio? Entonces, ¿qué hacemos aquí?
–Vamos, Eve, no me digas que no has disfrutado durante las últimas veinticuatro horas. Te has tomado un descanso y has gozado del paisaje.
–Me parece que me has engañado –afirmó ella entrecerrando los ojos.
–Así es –sonrió él–. Y lo he hecho muy bien.
Ella no quería reírse. Su rostro se contrajo para evitarlo, pero su media sonrisa era inequívoca, y trató de ocultarla girando la cabeza para servirse los huevos. Lo único que dijo fue:
–Háblame de la isla.

Llegó el barco. El *Vista II,* manejado por dos hombres, los avistó enseguida subidos a las rocas de la playa. Uno de los hombres se acercó en un bote inflable a recogerlos.
El capitán tendió la mano a Eve para ayudarla a subir al barco al tiempo que Marshall la empujaba desde abajo. Le puso las manos en la cintura, pero las deslizó hasta sus nalgas para poder empujarla. Después, él subió sin ayuda, al igual que el anciano que había ido a recogerlos en el bote, que subió inmediatamente al barco
–Gracias –murmuró ella a Marshall de refilón, antes de sonreír al capitán y darle las gracias de verdad.
–¿Habrías preferido que hubiera sido ese curtido y anciano marinero quien te hubiera puesto las manos en las nalgas? –murmuró a su vez Marshall.
Sí, tal vez. Porque así no habría tenido que seguir sintiendo su calor. Bastante le fascinaban ya sus manos…
Durante los diez minutos siguientes, se pusieron los chalecos salvavidas, les dieron unas normas de seguridad y les indicaron dónde sentarse.
–¿Cuánto dura la travesía hasta Middle Island? –preguntó Eve al capitán en cuanto salieron.
–Veinte minutos. Tenemos que dar un rodeo para evitar los barcos naufragados.
–¿Hay pecios por aquí?
Pero cuando se dio la vuelta para mirar la sombra de las cien islas del archipiélago Recherche, la pregunta le pareció estúpida.
Desde luego que los había. Eran como un campo de minas visible.
–Hay dos justo enfrente de Middle Island.
–No vendrá mucha gente por aquí –apuntó ella.
–A las islas no, pero hay mucho tráfico de barcos pesqueros.
–¿No vive nadie en la isla?
Marshall miró en su dirección.
–No vive nadie desde mil ochocientos treinta, cuando se instaló en ella una banda de piratas –le informó el capitán.
Entonces, se podía vivir allí. Tal vez la teoría de Marshall no fuera rocambolesca y Travis pudiera estar allí o haber estado.
De pronto se dio cuenta de que llevaba dos horas despierta y no había pensado en su hermano. Normalmente se despertaba y se dormía pensando en él. Siempre estaba presente en su corazón.
Pero la noche anterior solo había sido capaz de pensar en el hombre que estaba a unos metros de ella, en lo complicado que era, en lo fácil que era llevarse bien con él, en lo bien que olía.
La había apartado de su misión el primer hombre guapo y ancho de espaldas que se le había cruzado en el camino. Pues se había acabado.
–¿Te encuentras bien, Eve? –le preguntó Marshall.
Ella evitó mirarlo, como si estuviera atenta a la isla que se aproximaba, y mintió.
–Pensaba en cómo sería vivir aquí.

Navegaron en silencio, pero ella se dio cuenta de que él la miraba de vez en cuando. El capitán siguió hablando de las islas, de la vida salvaje que había en ellas, de los tiburones que acechaban en las profundidades…

Volvieron a subir al bote inflable para desembarcar. Y allí estaban, en una tierra seca y abandonada.

Ella miró alrededor de aquel terreno remoto, no hollado e inhabitable, y supo que Travis no se escondía allí.

¡Como si hubiera habido alguna posibilidad!

–Ten cuidado donde pisas. Hay una especie de lagarto que está protegida.

Los pescadores se fueron y prometieron volver al cabo de dos horas. Ella comenzó a sentirse ansiosa. ¿Qué haría si no volvían? ¿Cómo sobreviviría con agua y comida para un día y ningún lugar para protegerse?

–¿Quieres explorar la isla por tu cuenta o prefieres venir conmigo?

Quería hacerlo sola, pero, al mismo tiempo, no sabía nada de aquella islita y podía tropezar y romperse un tobillo estando lejos de él.

–¿Es segura?

–Salvo por las víboras, lo es.

–¿Bromeas?

–No. Pero si tienes cuidado de no pisar un lagarto, seguro que verás los reptiles antes de pisarlos.

–Voy contigo.

–Estupendo. ¿Te apetece escalar?

Ella siguió su mirada hasta el punto más alto de la isla.

–En aquel pico iría la estación meteorológica.

Le aseguró que solo estaba a ochenta y cinco metros sobre el nivel del mar, pero a ella le pareció estar subiendo al Everest. Marshall le fue contando cosas de las islas. Después se detuvo y la miró.

–Date la vuelta.

Habían subido por la cara más accesible del pico, que les tapaba la vista de la mayor parte de la isla.

–¡Caramba!

Había un lago rosa en el extremo este de la isla.

–¿Qué es?

–El lago Hillier.

–Es muy hermoso. ¿Por qué es rosa?

–Por una bacteria, por el tipo de sal… Tal vez sea por algún factor desconocido para la ciencia. ¿Acaso importa?

–Supongo que no. ¿Podemos ir?

–Acabamos de llegar aquí.

–Lo sé, pero quiero ir –insistió ella con vehemencia.

Él esbozó una sonrisa cargada de curiosidad. Y de algo más.

–¿Qué pasa? –preguntó ella.

–Que es la primera vez que te veo apasionarte por algo desde que te conozco –afirmó él mientras se le aproximaba más–. Te sienta bien apasionarte. Deberías hacer senderismo más a menudo.

Ella ya respiraba con dificultad a causa del ascenso, y sus palabras le quitaron aún más el aliento. Echó a andar para llegar al final de la ascensión.

–Entiendo cómo llegaron aquí los pájaros. Pero, ¿y los mamíferos o los lagartos? –le preguntó

–No llegaron, sino que han sobrevivido desde que todo el archipiélago eran picos unidos al continente. Había más, pero llegaron los exploradores y consiguieron que prácticamente se extinguieran.

Eve observó un águila que volaba en círculo.

–No irás a decirme que, antes, las aves no se comían a los lagartos.

–Sí, pero había un equilibrio. Vivían aislados del mundo y de sus amenazas, hasta que llegó el primer gato en un barco.

«Aislados del mundo y de sus amenazas». Tal vez fuera eso lo que Travis buscaba cuando se marchó: un refugio emocional.

Tropezó con una piedra al darse cuenta de que al día siguiente haría un año. No solo

llevaba horas sin pensar en su hermano, sino que había estado a punto de olvidarse del deprimente aniversario.

Su alegría ante las espectaculares vistas se esfumó.

De repente, Marshall le tendió la mano y agarró la suya para impulsarla a la cima. Toda la Costa Sur de Australia occidental se extendía ante ellos.

Eve pensó que Australia era un país inmenso y vacío. Se quedó inmóvil mientras él hacía lo que había ido a hacer: fotografiar, medir, registrar posiciones con el GPS y la brújula, tomar notas sobre el suelo y la vegetación… Él la miró un par de veces con preocupación hasta que cerró el cuaderno.

–¿Has acabado?

–Volvamos, Eve.

–Voy a bajar al lago –afirmó ella. Echó a andar sin interés ni entusiasmo.

–Para.

Ella se detuvo y se volvió hacia él.

–¿Qué ha pasado? ¿Qué he hecho?

–No has sido tú, Marshall, he sido yo.

–¿Qué has hecho?

Más bien qué no había hecho.

–No debiera estar aquí.

–Tenemos permiso.

–No, me refiero a que no debiera estar malgastando el tiempo de esta manera.

–¿Estás enfadada por haber dejado de buscar durante unas horas?

–Estoy enfadada porque solo hay una cosa que debo hacer aquí: buscar a Travis. Y hoy no lo estoy haciendo.

Ni el día anterior. Aunque hubiera puesto algunos carteles, Marshall dominaba sus recuerdos del día anterior.

–Tu vida no puede consistir solamente en eso, Eve. No es sano.

–¿Has acabado aquí?

–Nos quedan un par de horas hasta que vuelva el barco. Ven a dar una vuelta conmigo.

Muy bien. Él podía hacer que se quedara, pero no que disfrutara.

Marshall tardó casi hora y media, pero consiguió que dejara de estar tensa. Lo hizo hablando de cosas intrascendentes y despertando su curiosidad natural al señalarle innumerables puntos de interés y contándole historias de piratas y de tesoros escondidos que nunca se habían recuperado.

–Tal vez la tripulación se lo quedara después de matar al capitán– apuntó ella al cabo de media hora de silencio.

–Parece un motivo razonable para matar a alguien, si eres un pirata sanguinario.

–O tal vez no hubiera tesoro alguno.

–Ya has visto la isla. ¿Dónde lo enterrarías si lo hubiera?

–No lo enterraría –dijo ella mirando a su alrededor–. Esto está demasiado abierto. Sería difícil enterrarlo sin que la tripulación me viera. Tal vez entre aquellas rocas cerca de la orilla de la playa, en algún hueco o alguna cueva.

–¿Quieres que vayamos a echar una ojeada?

–No pienso nadar vestida en un mar infestado de tiburones hasta llegar a unas rocas cubiertas de cagadas de pájaro en busca de un tesoro que no existe.

–No tienes corazón, Eve –bufó él.

–Claro que lo tengo, pero prefiero que siga firmemente instalado en mi cuerpo.

–Muy bien –rio él–. Venga, vamos a ver si el lago es tan impresionante de cerca.

No lo era, pero no los defraudó del todo. Seguía siendo rosa cuando Eve llenó en él su botella vacía.

–¿No pensarás bebértela?

–No –volvió a vaciarla en el lago y se la guardó en la mochila–. Solo quería ver si era clara.

Dieron la vuelta al lago y, después, bajaron a la única playa que merecía tal nombre en la isla: una pequeña ensenada entre dos formaciones rocosas. Era el sitio donde los había dejado el barco. Marshall se quitó las botas y los calcetines, los ató a la mochila, que dejó junto a una roca, y se metió en el agua.

–El agua está bien –dijo–. No es suficientemente profunda para que haya depredadores. Vamos, Eve, descálzate.

Ella lo fulminó con la mirada, pero acabó por hacerle caso. Después dejó el calzado y la mochila junto a la de él.

–Bienvenida al paraíso –murmuró Marshall. Ella gimió, como había hecho él, cuando sus pies calientes tocaron el agua fría. Se quedaron allí, juntos durante un rato, mientras el latido de sus corazones se sincronizaba con las olas que bañaban la ensenada.

–Tenías razón –murmuró ella–. Ha sido buena idea.

–Mis ideas siempre lo son.

–¿Ah, sí? –ella ni siquiera se molestó en mirarlo.

–Desde luego.

Él se mojó la mano y la salpicó. Ella volvió la cabeza.

–Muchas gracias, hombre.

–Sabías que te iba a salpicar.

–Claro, teniendo en cuenta que tu edad mental es la de un niño de doce años.

–Es uno de mis muchos encantos –replicó él sonriendo.

Ella se quitó la gorra, la llenó de agua y se la puso, por lo que se empapó.

–Me has dejado sin diversión.

Pero podía recrearse la vista. El agua de la gorra le había pegado la camiseta y los pantalones a las curvas de su cuerpo. Él se excitó y decidió tomar medidas para calmarse: se tumbó de espaldas en el agua completamente vestido.

–¿Sabes lo incómodo que vas a estar cuando volvamos? –le preguntó ella riéndose.

–Será un precio escaso por lo a gusto que me encuentro ahora –se puso en pie y se dirigió hacia ella sonriendo. Eve alzó las manos a toda prisa para protegerse.

–Ni se te ocurra…

Pero él no se detuvo hasta hallarse a un centímetro de las manos de ella. Seguía sonriendo.

–¿Que no se me ocurra qué?

–No quiero mojarme, Marshall.

–No soy yo quien lleva una gorra que me chorrea por el rostro.

–No, tú estás totalmente empapado.

–Empiezo a entender por qué les gustaba a los piratas esta isla –murmuró él.

–¿Crees que se dedicaban a revolcarse en el agua como focas?

La idea de revolcarse con ella sobre lo que fuera no se le había ocurrido.

–Sabes que estás muy guapo. Por eso te has sumergido, ¿verdad? Para ver cómo reaccionaba.

En realidad, lo había hecho para refrescarse. El bajó la vista para mirarla directamente a los labios.

–¿Y cómo reaccionarías, Eve?

–No lo haría. ¿Por qué iba a darte esa satisfacción?

–¿Qué satisfacción?

–La de tocarte.

Marshall tuvo la seguridad de que ella hubiera querido morderse la lengua.

–¿Eso es lo que quieres hacer? Daré un paso hacia delante. Lo único que tienes que hacer es pedírmelo.

Si daba un paso hacia delante, sus manos, que habían comenzado a temblar ligeramente, se posarían en su pecho.

Pero ella era dura u obstinada. O ambas cosas.

–¿Y por qué iba a hacerlo?

–Porque lo estás deseando. Porque estamos solos en una isla desierta y tenemos que matar el tiempo. Y porque cada uno seguirá su camino después de Esperance.

Aunque, en aquel momento, la idea le pareció ridícula.

Ella tragó saliva y no dijo nada.

Él le levantó un poco la gorra con los nudillos para verle mejor el rostro y murmuró:

–Y porque puede que esta sea la única oportunidad que tengamos de responder a la pregunta.

Ella dejó de mirarlo a los labios para mirarlo a los ojos.

–¿Qué pregunta?

–Tienes que hacerla tú.

No lo hizo, aunque él hubiera apostado lo que fuera a que lo estaba deseando.

–Te lo voy a poner más fácil, Eve. No tienes que pedirme que lo haga, sino que no lo haga.

–¿Que no hagas qué? –preguntó ella con voz ronca.

Él miró sus dedos temblorosos, tan cercanos.

–Que no dé un paso adelante.

Bajo el agua cristalina, su pie izquierdo avanzó y luego lo hizo el derecho mientras le seguía mirando las manos que prácticamente le rozaban el pecho húmedo.

–¿No? –preguntó él, eufórico–. Muy bien.

Inclinó el torso hacia delante para salvar la mínima distancia que le faltaba para tocar las manos de Eve.

Capítulo 6

¡Por Dios! ¿Cuánto tiempo hacía que no tocaba a alguien así? Toda la carne que había visto en la playa y sentido en la moto se apretaba contra sus dedos abiertos sobre el pecho masculino, sobre el águila con las alas extendidas que sabía que tenía bajo la camiseta, sobre su corazón.

Sobre el gemido apenas contenido que le surgía del pecho.

Estaba segura de que él no hubiera querido que lo oyera, pero le indicaba que él deseaba tanto aquello como ella.

Marshall tenía razón. No volverían a verse. Y tal vez ella solo tuviera aquella oportunidad de sentir su calor en las manos, de conocerlo, de probarlo.

Lo único que tenía que hacer era mover un dedo, cualquier dedo.

No había sido su intención imponerse un aislamiento físico cuando había iniciado su odisea. Había sucedido así. Y, sin darse cuenta, llevaba sin tocar a un hombre desde…

Tomó aire. Desde el principio: desde hacía ocho meses.

Los perritos y los gatitos sufrían si no los acariciaban. ¿Y las mujeres? ¿Era eso por lo que el corazón le palpitaba de aquella forma ridícula? El abrazo que le dio su padre al despedirse fue el último que le habían dado, y los brazos paternos, por fuertes que le parecieran cuando era una niña, no lo eran tanto como los de Marshall cuando la había bajado del techo del autobús la noche anterior.

¿Qué mal iban a hacer? ¿Cómo se sentirían? Solo sería una vez, antes de que él se marchara y ella se quedara sin saberlo.

Solo había una forma de averiguarlo.

Eve bajó lentamente el pulgar por uno de sus músculos pectorales como si esperara sentir la suavidad de las plumas cuya sombra veía a través de la camiseta.

Marshall no se movió ni la interrumpió ni, desde luego, retrocedió.

Eve deslizó sus dedos temblorosos hasta la clavícula. Él le tomó el rostro entre las manos para alzárselo y que lo mirara a los ojos, que brillaban como el océano sin fondo que los rodeaba. Su boca descendió hacia la de ella.

–¡Eh!

Ambos miraron en la dirección de la que provenía la voz. Eve retrocedió, tropezó y cayó al agua.

–No hemos pescado casi nada –gritó el capitán mientras aproximaba el *Vista II,* ajeno al momento que acababa de interrumpir–. Así que hemos vuelto antes.

Marshall ocultó su irritación. No era culpa del capitán que ellos dos hubieran escogido el final de la tarde para hacer algo con respecto a la química que había entre ambos.

Se volvió a saludar al capitán mientras Eve, por su parte, hubiera gritador por la frustración que sentía ante la interrupción. Pero si le daban quince minutos para pensar en lo que había hecho sin pensar, se calmaría.

Pero, a pesar de lo que esperaba, cuando el bote inflable los devolvió al barco, su frustración no había disminuido en absoluto. Y ya habían pasado quince minutos. Durante el viaje de vuelta de media hora hasta el camping de la playa, su cuerpo no dejó de ser consciente de la proximidad de Marshall.

Se obligó a hablar con los dos marineros y fingió interesarse por la escasa pesca. Hizo todo lo posible para librarse de los ojos grises que seguían cada uno de sus movimientos.

El bote los dejó en la playa y el capitán se despidió de ellos agitando la mano. Ella hizo lo mismo sin dejar de sonreír mientras se preparaba para lo inevitable.

Marshall se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

–No sé tú, pero yo tengo un hambre canina.

¿Así que él pensaba en su estómago cuando ella lo tenía hecho un nudo?

–¿Has guardado en la nevera alguna de las salchichas de esta mañana?

No esperó a que le respondiera, sino que se echó la mochila al hombro, agarró la de ella con la otra mano y echó a andar hacia el camping. Ella se preguntó si había sido una fantasía lo sucedido en la isla o si él sabía separar muy bien los momentos. Entonces y ahora; la isla, el continente.

Siguió a Marshall por el sendero. Cada vez que él la miraba pensativo, ella lo fulminaba con la mirada.

Se comieron las salchichas que habían sobrado en cuanto llegaron al autobús. Al menos, Marshall engulló casi todas mientras ella se duchaba. Cuando él fue a ducharse, ella mordisqueó alguna al tiempo que trataba de no pensar en que estaba desnudo a solo unos metros de ella.

–Me hubiera ido mejor lavarme en el mar –dijo él al volver. Se había cambiado de ropa y se había puesto los pantalones menos usados de los tres pares con los que viajaba–. Menos mal que no se me ha caído el jabón, porque no hubiera podido recogerlo.

–Los anteriores dueños del autobús debían de ser *hobbits* –apuntó Eve siguiéndole la corriente.

–El agua caliente ha estado muy bien mientras me ha durado –observó él mientras se dejaba caer al lado de ella en el sofá.

Sí, el depósito del agua era muy pequeño.

–Lo siento. Supongo que los dueños anteriores se duchaban a horas distintas.

No era un problema para una mujer que viajaba sola. Tenía agua suficiente para usar y derrochar.

–¿Qué plan tenemos para esta noche? –preguntó él mirándola de reojo.

–Ver una película y a la cama –respondió ella, casi ahogándose al pronunciar la última palabra.

–Buena idea. ¿Qué películas tienes?

Ella le indicó un cajón con un gesto de la cabeza, al otro lado del autobús, y él fue mirar los DVDs. El hecho de que se alejara un poco supuso un alivio para Eve.

Marshall se puso en cuclillas mientras los miraba y, al hacerlo, dejó al descubierto la parte inferior de la espalda para provocarla.

–¿Tienes alguna preferencia?

–No –contestó ella.

Sí, para ser sincera, hubiera preferido no haber aceptado aquel arreglo de convivencia. Pero a lo hecho… Llenó la copa de vino para Marshall y ella se sirvió agua en la taza. Tal vez si él se quedaba dormido por el vino dejara de emitir esa poderosa capacidad de atracción.

Y tal vez, si ella conservaba la cordura, tendría fuerza para resistirla

–Hablando de *hobbits*…

¡Sí! Una película de acción, nada romántica. Él puso el DVD en el vídeo y se saltó los títulos de crédito para ir directamente a la película. Tal vez estuviera tan deseoso como ella de no conversar.

Fueron pasando los minutos mientras ella recordaba que se había sentido estafada cuando Marshall no había llegado a besarla al aparecer el barco. Ponerse a pensar en eso era ridículo, ya que debiera estar prestando atención a la película.

–¿Te sientes incómoda? –le preguntó él de pronto–. ¿He estropeado las cosas al besarte esta tarde?

–No me has besado –consiguió articular ella, con la boca seca.

–No ha sido porque no lo haya intentado –apuntó él sin dejar de mirarla.

–Pues el momento ya ha pasado, así que todo va bien.

–¿En serio que ha pasado?

–Hace horas.

–No lo sabía. El tiempo hace cosas extrañas cuando estás a mi lado.

Ella quiso echarse a reír, pero se hallaba cada vez más excitada.

–Me parece que la película te está afectando el cerebro.

–Hay algo que me afecta, por descontado.

–¿El vino?

–Es muy bueno –afirmó él esbozando una preciosa sonrisa.

–¿La compañía?

–Sí, ha sido estupenda.

Ella dejó escapar un lento silbido.

–Me estoy comportando de manera extraña.

–Lo haces tan a menudo que me empieza a parecer normal.

Él le apartó un mechón de los labios.

–Lo que siento no es incomodidad –añadió él.

–¿Qué sientes? –preguntó ella, con la boca seca de nuevo.
–Expectativas.
–Tal vez el momento haya pasado –afirmó ella con valentía.
–Tal vez te estés negando a reconocer la realidad –apuntó él sin moverse.
–¿Crees que me dejo influir por la escasa luz y una película romántica?
Al final, aquella estaba siendo más romántica de lo esperado. ¿Por qué no le había dicho que pusiera una de vaqueros?
–Creo que la película ha sido un intento admirable.
–¿De qué?
–De no hacer esto.
Marshall dejó la copa de vino, le quitó a ella la taza de la mano y se apretó contra ella.
–¿Qué me ibas a decir? –murmuró.
Sofocada y mareada, Eve se olvidó del sentido común.
–¿Cuándo?
–En la ensenada. ¿Ibas a decirme que sí o que no?
¿Tenía ella que reunir de nuevo el valor de hacer aquello? Bastante difícil le había resultado la primera vez. Respiró hondo.
–Te iba a decir que no.
–Muy bien –dijo él sonriendo.
Y la besó en los labios. Lo suyos eran cálidos y suaves y la presionaban para que le respondiera. Al principio, ella no lo hizo, porque la sensación de que la estaban besando después de tanto tiempo la aturdió. Y al mismo tiempo, se estaba dejando llevar por la agradable sensación del cuerpo de él apretado contra el suyo.
Pero ella siempre se adaptaba con facilidad, por lo que solo tardó unos segundos en rodear la nuca de Marshall con las manos y en apretar sus labios contra los de él. Su aliento cálido y húmedo la atormentaba y la excitaba desvergonzadamente.
La hacía revivir.
¡Cómo había echado de menos otro aliento mezclándose con suyo, otra saliva en la boca, el enredarse de las lenguas! No el aliento, la saliva y la lengua de cualquiera, sino los de Marshall.
–Sabes a vino, hombre del tiempo.
–Tal vez seas tú.
–Yo he tomado agua.
Él se separó un poco y la miró a los ojos.
–¿Tratabas de emborracharme?
–Trataba de posponer lo inevitable.
–¿Y cómo va la cosa?
Iba bien. Era algo delicado, sencillo e intrascendente: justo lo que necesitaba, lo que deseaba y lo que podía ofrecer.
Por eso lo tentó con la punta de la lengua a modo de capitulación psicológica. Había tomado la decisión. Confiaba en él, a pesar de no conocerlo mucho. Era guapísimo, varonil y estaba frente a ella respirando, vivo. Y le ofrecía pasar un buen rato. ¿Qué importaba lo demás?
Él le metió la mano debajo de la camiseta y le acarició las costillas mientras se besaban, y dejó la mano allí para que ella se acostumbrara, para que le dijera que parara si así lo deseaba. Pero el pequeño sofá era muy incómodo para estar los dos.
Eve se incorporó sin despegar los labios de los de Marshall, ni él las manos de ella mientras también se levantaba.
–Vamos a la cama –murmuró ella.
Se dirigieron al dormitorio, ella andado hacia atrás y él siguiéndola como si estuvieran bailando, mientras la besaba o la miraba, con las manos en su cabello o en sus nalgas.
Al llegar, él tomó su rostro entre las manos y la besó, explorando con la lengua su boca cálida.
A Eve comenzaron a temblarle las rodillas; tenía que tumbarse en la cama. La idea de que él también lo hiciera contribuyó a que le temblaran aún más.
–Eve… –pero ella no le hizo caso y tiró de él hacia sí. Marshall abrió los ojos y se miró los pies, que se habían detenido en el borde de la alfombra–. No me esperaba esto.
Ella volvió a tirar de él, pero Marshall no se movió.
–Lo único que deseaba era besarte.

–Podemos hacerlo aquí. Es más cómodo.

Pero se había establecido una distancia entre ambos, y seguir tirándole de la mano indicaría que estaba desesperada, así que la soltó.

–Si me meto en la cama contigo, no nos limitaremos a besarnos.

–¿Y qué problema hay?

–Que no me parece que seas de esa clase mujeres que tienen sexo en la primera cita.

–No creo en clases de mujeres, sino en tipos de circunstancias.

–¿Me estás diciendo que estás dispuesta a hacerlo solo porque se dan las condiciones?

Sus palabras eliminaron el romance de la situación. Pero ella no lo había besado buscando un romance. Lo que quería de Marshall era lo que él llevaba prometiéndole de forma inconsciente desde que se habían conocido: ni ataduras, ni reglas, ni consecuencias.

–Estoy cansada de estar sola, de nos sentir nada más que tristeza. Necesito sentir algo agradable. No me hago ilusiones de que esto vaya a ir más allá. De hecho, necesito que sea corto. No me puedo distraer.

Él no parecía muy convencido.

–Llevo meses sin tocar a otro ser humano –insistió ella.

–Cualquier puerto te vale durante la tormenta, ¿no?

–Confió en ti. Me atraes. Te necesito, Marshall. Pero no voy a suplicarte. Dormiré bien tanto si me deseas como si no –¡qué forma de mentir!–. ¿Puedes decir tú lo mismo?

Por supuesto que la deseaba. Estaba escrito en la agitación de su pecho, en la tensión de sus músculos. Quería lo que ella le ofrecía, pero había algo en ello que no deseaba.

Eve tomó la decisión por los dos y pasó a su lado para volver al sofá a ver la película. Pero él se interpuso en su camino y puso el pie izquierdo en la alfombra y luego el derecho mientras la hacía retroceder hacia la cama. A continuación cerró la puerta y la oscuridad los envolvió, dejando solo los olores, los sonidos y el sabor de la pasión entre ambos.

Capítulo 7

Eve intentó moverse, pero le dolían todos los músculos. Tampoco podía ir muy lejos con el brazo de Marshall sobre ella. Si acaso hubiera conseguido olvidar cómo había pasado la noche, su cuerpo estaba allí para recordárselo en todos sus detalles.

Cesó de moverse para librarse de su cautiverio y aceptó su destino. Al fin y al cabo, había formas mucho peores de despertarse. En aquel momento, el cerebro le seguía ofreciendo imágenes espontáneas de grandes momentos entre ambos durante la noche.

A su lado, Marshall seguía durmiendo, relajado. Era tentador quedarse allí hasta la hora de comer.

Apartó el brazo masculino con determinación. Él se despertó lo suficiente para darle los buenos días mientras ella se levantaba.

–Buenos días. Vuelvo dentro de un minuto.

Vaciar la vejiga a unos metros de Marshall y separados por una fina pared le resultó muy incómodo. Era ridículo después de lo que habían compartido. Al acabar volvió a la cama.

–Eres mejor que una manta eléctrica –dijo suspirando mientras se tumbaba de espaldas a él y su calor le calentaba los pies.

Marshall la atrajo hacia sí con el mismo brazo que antes había tenido sobre ella.

–¿Cómo estás?

No era una pregunta fácil de contestar y ella no esperaba que se la hiciera. Menos mal que estaba de espaldas a él.

¿Cómo estaba? ¿Eufórica, como si hubiera vuelto a nacer? Eso no podía decírselo.

–No lamento nada. Ha sido más de lo que esperaba y necesitaba. Ha sido increíble, Marshall.

Entonces se dio cuenta de lo tenso que se había puesto él.

–En realidad te lo he preguntado por el día que es hoy.

–¿Qué día es hoy?

–Hoy hace un año, ¿no?

Un cubo de agua helada no hubiera resultado más eficaz. Se quedó entumecida e inmóvil, casi sin respirar.

Su pobre hermano desaparecido. Llevaba doce meses sin su querido niño y se había distraído con un hombre al que acababa de conocer.

Apartó el brazo de Marshall y se levantó.

–Estoy bien –afirmó con voz cortarte–. Es un día más.

–Vale.

Eve se sentía avergonzada. ¿Qué le pasaba? Al despertarse, en los primeros momentos después de recuperar la consciencia, ni siquiera se había acordado de que tenía un hermano. Solo había pensado en Marshall. ¡Menuda hermana estaba hecha!

«Querías olvidar», le recordó cruelmente una voz en su interior. «Solo durante una noche. ¿No se trataba de eso»?

Sí, pero no así, por completo. No había sido su intención borrar a Travis.

–Es solo un número –mintió mientras buscaba en un cajón las braguitas y los *leggins* que se puso a continuación.

–Pero es importante.

–No me ha pillado por sorpresa –le aseguró ella mientras se ponía un jersey–. Ya sabía qué día era.

Marshall se sentó en la cama y se tapó hasta la cintura.

–Lo sé.

–Entonces, ¿por qué lo estás convirtiendo en un problema?

–Solo quería saber cómo estabas. Olvida que lo he mencionado. Tienes un aspecto… estupendo.

La mentira era obvia, además de ridícula.

Marshall no tenía la culpa de que ella hubiera decidido utilizarlo para olvidar durante un rato. Había cumplido su cometido muy bien. Tal vez demasiado.

–¿Nos volvemos en cuanto desayunemos? –preguntó ella desde el cuarto de baño mientras

se cepillaba el cabello. Al no obtener respuesta, dejó de cepillarse, se volvió y añadió desde la puerta del cuarto de baño: –Tengo que seguir buscando. Los dos tenemos cosas que hacer.

Era imposible saber lo que Marshall estaba pensando.

–Iré contigo hasta la autopista de la Costa Sur. Después, seguiré mi camino –le respondió él.

¿Era decepción lo que Eve sintió? ¿Acaso había creído que la noche anterior cambiaría las cosas? Ella quería que cada uno siguiera su camino, le había dicho que sería una relación de una noche. Sin embargo, sintió amargura.

–Muy bien.

Probablemente fuera lo mejor.

–¿Quieres que me lleve algunos carteles para ponerlos entre Norseman y Kalgoorlie? De ese modo no tendrías que pasar por allí.

–Eres un buen hombre, Marshall.

La expresión masculina siguió siendo inescrutable.

–Ya me lo habían dicho.

Y luego se quedaron en silencio durante un buen rato, limitándose a mirarse con recelo.

Al final, él hizo un movimiento para apartar la sábana y ella se dio la vuelta para no ver lo que por la noche había explorado con los dedos y la boca.

–Voy a poner las tostadas –dijo a modo de excusa.

Un buen hombre.

Justo lo que a cualquiera le gustaría que le dijera una mujer después de haber pasado la noche con ella. No que era fantástico o inolvidable, impresionante o magnífico, sino bueno.

Se lo habían dicho los chicos de Sídney cuando buscaban a su hermano para que les vendiera sustancias químicas, así como sus amigos y algunas chicas.

Siempre había sido el hermano bueno.

El problema era que aunque la palabra hubiera salido de los labios de Eve como un cumplido, el resto de su cuerpo le gritaba que se fuera de allí. Él había tenido suficientes aventuras de una noche con mujeres para saber cuándo le estaban diciendo que se marchara. A pesar de la conversación de la noche anterior, ella no se sentía cómoda con el resultado de la agotadora noche que habían pasado juntos.

Y él sabía muy bien cuándo los ojos expresaban algo distinto a las palabras. Lo llevaba viendo toda la vida.

Había estado en lo cierto al suponer que Eve no hacía aquello a menudo. Se notaba que no estaba versada en el arte de despedirse a la mañana siguiente. Antes de dormirse, entrelazados, de puro agotamiento, ella le había dejado muy claro que no volverían a besarse.

Él se había desvivido durante la noche para darle lo que ella necesitaba, y se había asegurado de que fuera memorable. Por eso le dolía verla tan impasible esa mañana.

Pero ¿qué se esperaba?, ¿que pasaran días enteros abrazados en aquel pequeño autobús mientras a él se le agotaba el tiempo para acabar su trabajo y a ella el dinero de la cuenta bancaria? Ninguno de los dos se podía dar el lujo de estar días sin hacer nada. No era un estúpido.

O tal vez lo fuera, porque una parte de él había esperado que aquello durara más de una noche. Pero Eve no tenía sitio en su vida para otro hombre.

Se puso la camiseta del día anterior.

–No las quemes –murmuró al entrar en la diminuta cocina rozando a propósito la espalda de ella con su cuerpo.

Ella se sobresaltó, se sonrojó y abrió los labios. Y él tuvo que contenerse para no tomarla de la mano y arrastrarla de nuevo a la cama. Se dirigió a las puertas traseras del autobús, las abrió y estiró los brazos hasta agarrarse al techo del autobús sabiendo que se le marcarían los músculos y que se le transparentaría la tinta del tatuaje a través de la camiseta, sabiendo la fascinación que ella sentía por aquella tinta.

Saltó del autobús y se volvió hacia la moto mientras soltaba una palabrota en voz baja.

***

Las luces de frenado del autobús se encendieron al llegar al cruce con la autopista y Marshall se dio cuenta de que no había pensado en que aquel no era un buen sitio para despedirse, ya que no había sitio para parar, solo para tomar una de las cuatro direcciones posibles. Él iba hacia el norte; ella, proseguía hacia el oeste.

Pero al ver que la luz de los frenos parpadeaba supo que ella también vacilaba sin saber qué hacer.

Marshall se puso a su lado al tiempo que se aseguraba de que no había ningún vehículo detrás. Ella bajó la ventanilla mientras él se alzaba la visera del casco.

–Buena suerte con el resto del viaje –gritó él para hacerse oír por encima del ruido de ambos motores.

–Gracias –masculló ella.

Aquella era una forma horrible de despedirse.

–Espero que pronto tengas noticias de tu hermano.

Ella se limitó a asentir.

No había mucho más que decir, así que la saludó con la cabeza. Pero, en el último momento, tuvo una inspiración.

–Gracias por tu compañía. Sé que hubieras preferido seguir tu viaje –lo que era un código para decirle «gracias por la noche, Eve».

–Me alegro de haberte acompañado –afirmó ella.

Entonces, él vio por el retrovisor que se acercaba un coche. Volvió a saludarla con la cabeza, se bajó la visera y arrancó. Fue mirando a Eve por el retrovisor hasta que el autobús desapareció hacia el oeste.

No le había dado su número de teléfono ni le había pedido el suyo. Ninguno de los dos lo había mencionado, lo cual era revelador. No volverían a encontrarse, aunque quisieran.

Evelyn Read sería simplemente un recuerdo a archivar, una aventura que él no había sabido manejar.

Pero no tenía la sensación de que hubiera sido una aventura, sino más bien la de que ella era para siempre. Una locura, ya que la acababa de conocer. Así que, la idea de que las cosas no habían acabado entre ellos era ridícula.

¿Se habría quedado si ella se lo hubiera pedido?, ¿si hubiera vuelto a la cama esa mañana y se hubiera acurrucado a su lado?, ¿si él no le hubiera hablado de su recuerdo más doloroso cuando estaba medio dormida y, por tanto, era más vulnerable?

Sí, se habría quedado. Pero lo que lo preocupaba era el porqué.

Eve era bonita, pero no hermosa, brillante, pero no espectacular, irritable y bastante neurótica. Entonces, ¿por qué había sentido la necesidad de que se acurrucara a su lado esa mañana? Él no era de esos.

«Es tu dama, tío».

Las palabras le surgieron del interior con la voz de su hermano, en una de esas conversaciones que solían tener antes de que sus valores comenzaran a ser distintos. Antes, desde luego, de que Christine cambiara de hermano. En una época en que Rick le tomaba el pelo diciéndole que era presa fácil de las chicas necesitadas de un caballero en un caballo blanco.

Pensó que, en realidad, no estaba bien dejar a Eve a causa de su hermano. Eso era todo. Odiaba la impotencia que había visto en los ojos femeninos porque se sentía asimismo impotente ante ella. Y, de todos, ese era el sentimiento que menos le gustaba.

Pero él no iba a poder resolverle los problemas. Sin embargo, ¿no había nada más que pudiera hacer, aparte de haberla ayudado a poner carteles y haberle proporcionado una noche de distracción? Era un tipo con recursos y contactos.

De pronto se le ocurrió por qué había relacionado a Eve, una mujer que acababa de conocer, con su hermano, a quien hacía diez años que no veía.

Lo que más le preocupaba a Eve era que Travis se estuviera enfrentando a sus trastornos solo. ¿Y qué hacía la gente que estaba trastornada? Tomar medicinas o drogas. ¿Y quién lo sabía todo sobre ambas cosas? Su hermano Rick, que se había hecho rico atendiendo las necesidades químicas de medio Sídney, que tenía un montón de contactos en la industria farmacéutica legal e ilegal.

Eso implicaba que solo tenía que hacer una llamada telefónica para obtener una información que la policía ni siquiera pensaría en conseguir. No era ético, ni legal, pero ¿cuándo había consentido Rick que algo tan insignificante como la ley se interpusiera en su camino?

Tendría que hablar con él, claro, pero tal vez una década de silencio fuera suficiente castigo. Además, Rick le debía una.

Marshall comenzó a pensar que tal vez hubiera conocido a Eve por eso: porque podía ayudarla, porque podía salvarla.

Eso era todo. Su inquietud se debía a sus tendencias caballerosas. Eve necesitaba ayuda, no a él.

Puso el intermitente y buscó un lugar seguro para detenerse. Buscó en su cartera un trozo de papel, que casi había olvidado que aún llevaba, con el número de Rick. Lo marcó, pero se detuvo antes de presionar la tecla de llamada.

Se trataba de Rick, el hermano que había convertido su adolescencia en un infierno, el que le había arrebatado a su novia porque sí; Rick, la razón por la que la mayor parte de sus amigos y de sus profesores querían estar con él, con Marshall, como medio de llegar a su hermano.

Rick lo había vuelto incapaz de confiar en los demás. Había tardado años en superar lo que había aprendido de su madre y de su hermano. Y allí estaba, subido a una moto y a punto de abandonar su fortaleza de soledad para ayudar a alguien a quien apenas conocía. Pero era Eve. Y ella le importaba.

Pulsó la tecla de llamada y esperó. Cuando su hermano contestó no se anduvo por las ramas.

–Me dijiste que te llamara si te necesitaba. ¿Lo decías en serio?

Rick se mostró sorprendido al principio, y luego receloso, al oír la voz de Marshall después de tanto tiempo. Lo escuchó y se comprometió a ayudarlo. Y, a pesar de lo que hubiera hecho en la vida, Rick Sullivan era la personificación de la tenacidad.

–Gracias por tu ayuda, Rick. Te juro que no es para nada sospechoso.

–Todo ello lo parece, pero lo haré por ser tú, aunque puede que tarde un tiempo.

–No hay problema.

Eve llevaba esperando doce meses. ¿Qué más daba que fueran trece?

–Puede que no encuentre nada.

–Entiendo.

–Y un día tal vez me expliques lo que estamos haciendo y para quién.

–Llámame cuando sepas algo –masculló Marshall. No iba a hablar de Eve con su hermano.

–¿Quieres saber cómo está? –preguntó Rick antes de dar la llamada por concluida.

–¿Te refieres a Christine?

Años antes aún habría sentido un dolor residual, pero ya no.

–No, no sé lo que ha sido de ella.

Ni siquiera se había preocupado de conservar el premio después de esforzarse tanto en conseguirlo, pensó Marshall.

–Me refiero a mamá. ¿Te acuerdas de ella?

Marshall había expulsado de su vida a Laura Sullivan el mismo día que expulsó a Rick. En el momento en que ella se había dado cuenta de que su hijo mayor atendería mucho mejor sus necesidades que el Gobierno, había dejado claras dónde estaban sus alianzas y cuáles eran sus preferencias.

Era algo que no se olvidaba fácilmente: que tu propia madre te dijera que te fueras.

–No.

No había mucho más que decir después de aquello.

Cortó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo. Cuando Rick le diera la información que necesitaba cambiaría de número. No arrancó la moto inmediatamente, sino que se quedó sentado respirando profundamente para liberar la tensión.

Tenía un buen sentido de la ética, pero no se preocupaba por los demás, porque hacerlo era una vía segura hacia la decepción o el sufrimiento. La vida a la sombra de su hermano se lo había enseñado, y le había ido muy bien.

Hasta ese momento. Una mujer a la que apenas conocía lo tenía intrigado y le había provocado más conflictos que las personas con las que se había criado, tal vez porque ella no pretendía obtener nada de él, no actuaba guiada por motivos ocultos. Y tal vez él hubiera hallado el modo de ayudarla, pero no iba a poder hacerlo desde donde estaba.

No tenía forma de volver a localizarla: ni número de teléfono ni dirección electrónica. La única oportunidad que tenía era la de aquel momento, ya que ella iba por una carretera que solo se dirigía a un sitio. Después, las posibilidades de encontrarla desaparecerían.

Y entonces cayó en la cuenta de que no trataba únicamente de ayudarla a encontrar a su hermano, ya que podía comunicar a las autoridades la información que Rick le diera y dejar que fueran ellas las que actuaran. La desconocida tensión que sentía en el pecho y que le impedía respirar era pánico. Y a él no le gustaba sentir pánico porque eso implicaba

preocuparse por otros.

Y en el momento en que había comenzado a preocuparse por alguien había vuelto a hablar con su hermano, al cabo de diez años, para conseguir algo que aliviara el dolor de Eve, una mujer compleja, con una sola idea en la cabeza; una mujer que había derribado sus defensas y se había abierto paso hasta su corazón.

Por el retrovisor observó la carretera que lo devolvería al cruce y a la seguridad de alcanzar el autobús, a la posibilidad que no había explorado por cobardía, que lo devolvería a Eve.

Arrancó y miró hacia delante, hacia la carretera que lo conduciría a su trabajo, al final del viaje y a su cómoda vida. Pero volvió a contemplar por el retrovisor el camino que acababa de recorrer.

Ella podía decirle que la dejara en paz y, si lo hacía, él la obedecería.

Pero ¿y si no lo hacía?

Al final, sus manos tomaron la decisión antes que su cerebro. Puso el intermitente y dio la vuelta. Y, sin pensarlo dos veces, aceleró en dirección a lo desconocido.

Capítulo 8

La mancha que veía a lo lejos, por el retrovisor, podía ser cualquier cosa: un coche, una moto o un camión pequeño. Eve se obligó a mirar hacia delante y rechazó el impulso de comprobarlo. Marshall se dirigía al norte, de vuelta a la realidad, que era exactamente lo que ella debía hacer.

Middle Island les había proporcionado dos días de distracción, pero ambos tenían trabajo. Y Travis era el suyo.

Los días anteriores le habían enseñado que no debía apartarse de su cometido ni un solo momento, ya que había comprobado la facilidad con que se le había olvidado. Era evidente que Marshall estaba deseando perderla de vista y que se estaría felicitando por haberlo hecho.

La mancha se hizo mayor en el espejo retrovisor. No podía ser un camión; sería un coche. O algo más pequeño, pensó.

Se dijo que no era posible. ¿Por qué iba Marshall a volver? No se había dejado nada en el autobús. Ella lo había comprobado dos veces. La despedida había sido inequívoca y embarazosa. Y era lo mejor que podían haber hecho.

Volvió a mirar por el espejo retrovisor y se le aceleró el pulso: no era un coche.

Había muchas motos en la costa. Siguió mirando por el retrovisor. Si aquella era naranja, si era él, no quería decir nada. Si volvía para pasar otra noche con ella, no tendría por qué acceder, a pesar de lo que le exigiera su cuerpo.

La tensión se le concentró entre los omóplatos. No podía pensar en diversiones hasta que acabara el viaje y Travis estuviera de vuelta.

De pronto se dio cuenta de que no había pensado en lo que haría cuando el viaje terminara. ¿La readmitirían en el trabajo? Si lo hacían, ¿soportaría las reuniones, las actas, los plazos de entrega? ¿Cómo se sentiría cuando todo hubiera concluido? ¿Volvería a ser normal después de haber descubierto lo cruel que era el mundo?

Volvió a mirar por el retrovisor y vio que la moto se metía en el carril de la derecha y se situaba a su altura. Eve soltó todo el aire que había estado reteniendo.

Él había vuelto.

¿Debía parar para ver qué tenía que decirle? No, si él hubiera querido que se detuviera estaría frenando, pero iba a la misma velocidad que ella. Además faltaba poco para llegar adonde quería dejar carteles. Si él quería decirle algo, que se lo dijera allí.

Ella lo escucharía educadamente y, al despedirse de nuevo, lo haría algo mejor que aquella mañana.

Marshall se situó en el centro del carril, por delante de Eve, y aceleró. Y ella hizo lo posible por no fijarse en la anchura de su espalda ni en imaginar cómo se sentiría al quitarle toda la ropa de cuero que llevaba.

***

Eve tardó en abrir las puertas delanteras del autobús porque no tenía ganas de bajarse. Pero Marshall había aparcado la moto, se había quitado el casco y se atusaba el cabello con las manos mientras se dirigía hacia ella.

Lo primero que Eve pensó fue que era ella quien debiera atusárselo; lo segundo, cuando él subió de un salto al autobús, fue que estaba perdida.

–¿Se te ha olvidado algo? –consiguió articular desde él último escalón del autobús.

–Sí –respondió él acercándose a ella–. Esto

Su mano enguantada le alzó la barbilla y sus labios rozaron los de ella. Después aumentó la presión, giró la cabeza y le introdujo la lengua en la boca. ¡Y ella que había creído que nadie la volvería a besar así!

–No me había despedido como es debido –susurró él–. Y ahora no quiero volver a despedirme.

–Te habías marchado.

–Pero he vuelto.

–¿Y el trabajo?

–Sigue habiendo muchas estaciones meteorológicas en la lista.

«¿Y mi trabajo?», era lo que ella debiera preguntarle. Porque, ¿cómo lo iba a hacer con él a su lado? Ya había tenido una muestra los dos días anteriores.

–¿Supones que quiero retomar la relación donde la dejamos?

–No supongo nada. Si me dices que me vaya, habré desperdiciado una hora y un par de dólares en gasolina.

–Encantador –dijo ella separándose.

–¿Quieres que me vaya? –preguntó él con una sonrisa.

Ella lo miró fijamente mientras recordaba lo que había sentido al estar con él. Y la idea de verlo marchar de nuevo le resultó insoportable.

–Debería.

–Eso es que no quieres.

–No.

–Vamos, entonces. Peguemos los carteles y dejemos de perder el tiempo.

Se bajó del estribo del autobús y le tendió la mano para ayudarla a descender. Ella lo miró. Su inesperada caballerosidad la emocionó y preocupó a la vez. Llevaba ocho meses bajando sola del autobús. Pero el hecho de que pudiera hacerlo sola no implicaba que no fuera un lujo no tener que hacerlo.

¿Qué sentiría al compartir su carga durante cierto tiempo? ¿Lo entendería Travis?

Extendió la mano y aceptó su ayuda.

Pero ambos sabían que, al hacerlo, estaba aceptando mucho más.

Marshall seguía a Eve cuando entraron la ciudad más grande de la región del sur. Estacionaron en un aparcamiento al aire libre y él fue a buscar algo de comer. Cuando volvió, ella ya estaba lista. La mesa y la silla estaban en su sitio y el autobús cubierto de carteles.

–Tengo que buscar la oficina de un parlamentario. Me estoy quedando sin carteles.

–¿No lo habías hecho ya?

–No, alguien me distrajo.

Marshall supuso que debiera sentirse mal por ello. Hizo una mueca, pero inmediatamente sonrió.

–Está muy cerca de donde he comprado la comida. Te la enseñaré.

–Gracias –dijo ella sonriendo a su vez.

Puso peso sobre todo lo que se pudiera volar y se fue con él. La puerta de la oficina lanzó una señal de alerta cuando entraron.

–Hola –los saludó una joven desde detrás del mostrador de recepción–. Bienvenidos a Albany.

Eve puso un lápiz de memoria en el mostrador.

–¿Me podría imprimir cien de estos, por favor?

La mujer frunció el ceño sin tocarlo.

–¿Qué es?

–El cartel de una persona desaparecida. En las oficinas de los parlamentarios los imprimen gratis.

–Voy a comprobarlo –dijo la mujer.

Eve iba a decirle algo más, pero Marshall la agarró de la muñeca para impedírselo. Al cabo de unos segundos, la mujer volvió sonriendo.

–No tardaré mucho.

Eve se volvió hacia la ventana y se cruzó de brazos. Todos los días se topaba con situaciones como aquella, en que la burocracia se interponía en sus esfuerzos por encontrar a su hermano. No era de extrañar que estuviera tan cansada.

–Buenos días –dijo una voz masculina, y Eve se volvió hacia ella.

Un hombre gordo, con traje y sonrisa de político se le acercó con la mano tendida.

–Soy Gerald Harvey, miembro del parlamento.

–Evelyn Read –murmuró ella estrechándosela.

Marshall también se presentó.

–¿Busca a una persona desaparecida? Siento su pérdida.

–¿Mi pérdida?

Eve se quedó inmóvil y, entonces, Gerald Harvey se dio cuenta de que había metido la pata.

–Quiero decir, las circunstancias en que se encuentra.

Marshall se situó detrás de ella y le acarició suavemente la espalda.

–Gracias –dijo Eve al hombre.

Este agarró el primer cartel que su ayudante había impreso y leyó el nombre de Travis en voz alta, como si ella no supiera a quién llevaba buscando casi un año.

–No lo he visto, pero puede que alguien lo haya hecho. ¿Está haciendo circular los carteles por la ciudad?

–Por todo el país.

–Seguro que no por todo él –apuntó el hombre riendo.

Eve no se inmutó.

–Por todo el país, por cada ciudad y cada pueblo.

Marshall observó en el rostro de Gerald una mezcla de incredulidad y lástima. Después su expresión se volvió condescendiente.

–Esos son muchos carteles –fue lo único que se le ocurrió decir ante el extraordinario esfuerzo de Eve.

–Sí.

–Y mucha gasolina.

Marshall ya había tenido bastante.

–Eve, ¿volvemos al autobús y yo regresaré por los carteles dentro de un cuarto de hora? Debieras empezar ya para no perder a nadie.

Dio las gracias al parlamentario y tiró de ella hacia la calle. Eve no dijo nada. Se había recluido en sí misma. Él no aguantó el silencio más de cinco minutos.

–¿Te he mirado así alguna vez, como si no estuvieras bien de la cabeza? –le preguntó.

–A veces.

Estupendo. Tal vez por eso ella hubiera tardado en mostrarse afectuosa con él.

–No es una locura –dijo él de repente, deteniéndose y volviéndose hacia ella–. No es habitual, pero lo que haces es lógico, dadas las circunstancias. Yo lo entiendo.

–¿En serio?

Marshall indicó con la mano los carteles de los desaparecidos, según llegaban al autobús.

–Supongo que todas las familias de ellos querrían tener el valor de hacer lo que tú has hecho: salir a buscarlos personalmente, saber que han hecho todo lo posible.

–Su reacción es muy habitual –dijo ella indicando con la cabeza la oficina del parlamentario.

–Creo que la gente no sabe qué decir.

–A ti no te ha pasado.

Marshall se conmovió al darse cuenta de que ella le había perdonado la primera impresión que le había causado.

–Es que yo soy excepcional. Vamos. Empieza a trabajar mientras vuelvo por los carteles. Después te los traeré y buscaré un lugar para acampar.

–Gracias –dijo ella suspirando.

–De nada. Vuelvo enseguida –echó a andar, pero inmediatamente se dio la vuelta.

–¿Qué pasa?

La tomó entre sus brazos y la estrechó como si quisiera que nada ni nadie se interpusiera entre ellos. ¿Cómo no se le había ocurrido antes abrazarla?

Eve necesitaba que la abrazaran constantemente. Ella lo abrazó a su vez al tiempo que apoyaba la cabeza en su pecho. Acariciarle el cabello le pareció a Marshall que era lo que debía hacer.

–Ese tipo es un imbécil –le susurró al oído.

–Lo sé.

–Siento que hayas tenido que conocerlo.

–Te acostumbras –dijo Eve apretándose más contra él.

–Pues no deberías.

Permanecieron abrazados hasta que ella dijo:

–¿Vas por los carteles?

–Sí, ahora mismo.

–Pues ve, porque estamos montando un número.

Él abrió un ojo y observó que un par de personas pasaban a su lado y sonreían. Volvió a cerrar el ojo y la apretó con más fuerza.

–Que les den.

–Tengo que reconocer que tienes una idea extraña de lo que es un sitio para acampar.

–Me pagan por alojarme en un motel. Puedes aprovecharlo.

–¿Son todos tan ostentosos? –aquel complejo a la orilla de la playa era más un lugar de vacaciones que otra cosa.

–No, pero como me has alojado las dos noches pasadas, me las he ahorrado. Y como estamos en temporada baja y no hay casi nadie, puedes ocupar tanto espacio en el aparcamiento como desees.

¿Porque ella iba a dormir en el aparcamiento mientras él lo hacía solo en la cama de la suite?

Lo miró. ¿Habría malinterpretado su regreso? No tuvo el valor de preguntárselo. Una apasionada aventura de una noche era una cosa, y otra muy distinta que hubiera una segunda.

–Vamos, al menos ven a ver la habitación.

Ella lo siguió al segundo piso. La suite tenía unas vistas preciosas, un sofá y una cama, ambos enormes. Un aparato de televisión y obras de artistas locales en las paredes. Por la puerta del cuarto de baño divisó algo que le llamó la atención.

–¿Es un jacuzzi?

–Eso creo. Viene con la habitación.

¿Cuánto hacía que no dejaba en remojo su cuerpo cansado? Darse un baño, sentarse en el sofá o tomarse una copa de vino en la terraza no significaba que fuera a quedarse a pasar la noche. Se preguntó cómo podría pedirle permiso para bañarse sin que pareciera una invitación a otra cosa.

Como de costumbre, Marshall acudió en su ayuda.

–¿Quieres ser la primera en probarlo?

Tardó dos minutos en volver corriendo al autobús para agarrar ropa limpia. Mientras subía las escaleras de dos en dos se dio cuenta de que por el tipo de ropa que había elegido, ancha y cómoda, no volverían a salir esa noche, lo cual implicaba que el servicio de habitaciones les traería la cena. ¡Qué agradable!

–Se llena enseguida –le anunció él cuando entró corriendo en la habitación–. También tiene ducha. Métete y abre la ducha hasta que el nivel del agua sea el adecuado.

–¡Vaya! ¿En serio?

–Tu expresión no tiene precio –observó él sonriendo–. Veo que te gustan los jacuzzis.

La verdad era que echaba de menos meterse en una bañera al final de una dura semana de trabajo. Y, en aquel viaje, todas lo eran.

–Venga, ve de una vez.

Le dio las gracias mientras entraba en el cuarto de baño y cerraba la puerta. Estuvo a punto de echar el pestillo, pero no lo hizo al pensar en cómo lo interpretaría él. De todos modos, colarse en el cuarto de baño mientras ella se bañaba era algo que Marshall no haría.

Era un buen hombre.

Se desnudó en un santiamén y se metió bajo la ducha. El agua caliente la tranquilizó. Le pareció que había vuelto a casa. De pronto, rompió a llorar.

Llevaba demasiado tiempo viajando. Reconocer que estaba cansada no implicaba que quisiera menos a Travis, ¿o sí? Alzó la cabeza para que el agua se llevara las lágrimas. Cuando el nivel del jacuzzi fue el adecuado, cerró la ducha y se sumergió en la bañera. Gimió y suspiró profundamente.

¿Hacía solo veinticuatro horas que Marshall y ella estaban uno en brazos del otro, con las piernas y las lenguas entrelazadas? ¿Había ocurrido en realidad? Si hubiera sucedido, ¿no debiera estar él allí, con ella, en vez de esperar respetuosamente al otro lado de la puerta?

–Marshall…

–¿Sí?

–¿Estás ocupado?

–No, ¿por qué?

–Podríamos hablar.

–¿No te apetecía relajarte?

–Sí, pero me encuentro un poco sola aquí.

–Creí que estarías acostumbrada, después de ocho meses en la carretera.

–Normalmente pongo música en el cuarto de baño.

–¿Quieres que te cante algo?

–No, basta con que me hables.

–Muy bien. ¿De qué quieres hablar?

–No sé. ¿Dónde te criaste? ¿Cómo es tu familia? De cualquier cosa.

La puerta crujió. Eve se preguntó si él se habría apoyado.

–No creo que mi historia te ayude a relajarte.

–¿Por qué?

–Mi familia es tan poco funcional como la tuya.

Era difícil superar una madre alcohólica y muerta y un hermano desaparecido. Pero le picaba la curiosidad.

–¿Dónde viven?

–Siguen en Sídney.

–No parece nada fuera de lo corriente.

–Crecer tiene sus desafíos.

Ella ya se había enjabonado. Cerró los ojos y se dejó acunar por su voz.

–¿Por ejemplo?

–Mi familia no tenía dinero, aunque no nos moríamos de hambre. Pero eran los noventa, la década del éxito y los excesos. También tengo un hermano, Eve, muy creativo, por cierto. En poco tiempo, todo el vecindario sabía que debía acudir a él en busca de cualquier droga que necesitara.

Eve abrió los ojos y murmuró:

–¿Era traficante?

–Emprendedor, según él.

–¿Cuánto duró?

–Hasta hace muy poco, no hubiera podido responderte. Ahora sé que, a Rick, los negocios le van tan bien como siempre. Ya no tenemos relación.

–¿De quién fue la decisión?

–Es complicado –afirmó él al cabo de unos segundos.

¿No lo era siempre?

–Crecer fue difícil para mí teniendo un hermano como Rick.

–¿Porque era un criminal?

–Porque era un héroe –bufó él–. Recuerda que estamos hablando de un barrio desfavorecido, una zona difícil para crecer. La gente lo adoraba, les encantaba lo que vendía y se peleaban por formar parte de su círculo social. Y a veces, lo hacían a través de mí.

Eve alzó la cabeza.

–¿Te refieres a las chicas?

–A las chicas, los amigos, incluso a un par de profesores con hábitos poco saludables.

¡Pobre Marshall!

–Le guardabas rencor.

–No, lo quería.

–Pero odiabas que la gente se te acercara para llegar hasta él.

–Sí, porque eso implicaba que no me consideraban diferente a él. Quería poder despreciarlo y acabar de una vez.

Así que había muchas formas de perder a un hermano.

–¿Lo echas de menos? –susurró ella.

–Lo hice durante mucho tiempo. Me parecía que él era todo lo que tenía. Pero me centré en el trabajo y, antes de darme cuenta, había transcurrido una década sin pensar en él. Ni en mi madre, ni en Christine.

–¿Christine estaba con tu hermano?

–Lo estuvo.

La puerta volvió a crujir, pero el picaporte no se movió. Entonces, Eve se dio cuenta de lo próximos que se hallaban, él sentado en el suelo y apoyado en la puerta; ella recostada en una bañera de lujo.

Solo los separaba una fina pared.

No era de extrañar que Marshall recelara de la gente.

–Lo siento. Debí haberte preguntado por otra cosa.

–No importa. Escapé de allí. Ahora es agua pasada.

–¿Cómo pasaste de vivir en un mal barrio a trabajar para el Gobierno Federal?

–No te sorprenderá saber que la meteorología no es una de las ciencias más populares, lo que significaba que había becas que se desperdiciaban. Yo obtuve una de ellas, que cubría mis gastos en el campus.

–¿Fue la beca lo que permitió salir del barrio?

–Al principio, sí, pero la meteorología llegó a encantarme. Es predictiva. Siempre sabes lo que va a suceder con el tiempo.

–¿No hay sorpresas?

–Supongo que buscaba una vida en la que pudiera detectar la verdad de las cosas antes de que sucedieran.

No era de extrañar, si sus amigos lo habían utilizado, su madre lo había echado y su hermano lo había traicionado.

–Te cuadra.

–¿Ser hombre del tiempo?

–Romper el estereotipo. Siento haberte llamado «hombre del tiempo».

–No me importa el apodo, siempre que venga de ti.

–¿Por qué? –preguntó ella riendo–. ¿Qué tengo de especial?

–¿Tienes tiempo para escucharme?

–Hablando de cosas especiales –dijo ella cambiando de tema rápidamente– ¿qué hay de menú esta noche?

Él abandonó el tema al cabo de unos instantes de indecisión y dijo:

–Un momento, voy a mirarlo.

Eve pensó que era un buen hombre, que sabía lo que quería y que, además, era compasivo.

Cada vez era más difícil que no le cayera bien.

Capítulo 9

Aquello no iba a acabar bien para él. Marshall había pensado, en algún momento en el tiempo que había mediado entre estar sentado en el suelo apoyando la espalda en la puerta del cuarto de baño y observar cómo Eva se tomaba con entusiasmo una sopa italiana, que no a todos se les recompensaba por ser buenos y hacer lo correcto.

Pero a lo hecho… Había tomado una decisión, y estaba allí. Solo el tiempo diría si se trataba de una decisión acertada o equivocada. Mientras tanto, debía aprovechar el tiempo e intentar conocer y entender a Eve algo más.

–¿Te importa que te pregunte qué le sucedió a Travis? –preguntó al tiempo que le pasaba a Eve el plato vacío. Era el punto de partida más obvio–. ¿Cómo desapareció?

–Un día estaba –contestó ella encogiéndose de hombros– y al día siguiente se había marchado.

–¿Así de sencillo?

–No fue sencillo.

–Perder a alguien no lo es.

Marshall no añadió nada más y esperó a que Eve dijera algo. Ella lo había hecho hablar mientras se bañaba, y él le había contado más que a ninguna otra persona.

–Estaba borracha –murmuró ella por fin, y él no tuvo que preguntar quién–. Había pasado unas horas en un pub mientras Travis jugaba al hockey. Creyó que estaba en condiciones de conducir.

–¿Era una alcohólica? –eso explicaría la prevención de Eve contra el alcohol.

–Todo el barrio lo sabía –le dijo ella asintiendo.

–Para una chica, debe ser difícil de manejar.

–Lo era para todos nosotros. Travis vio morir a su madre, mi padre tuvo que soportar que se manchara su reputación y yo…

–¿Qué hiciste?

–Traté de seguir adelante cuidándolos a los dos.

–Eso es mucha presión.

–En realidad, estuvo bien, porque supuso algo en lo que concentrarme. Un propósito. Mi padre sacó a Travis de la escuela los últimos meses del curso, y creo que fue un error. Lo apartó de sus amigos, del deporte, de su forma de vida. Y mi hermano se sintió algo perdido. Regresó al curso siguiente y sacó buenas notas, pero no volvió a ser el niño descarado y alegre de antes.

Bebió un sorbo de agua antes de continuar.

–Los primeros dos años no fueron fáciles. Nos preocupaba que saliera del hospital, pero, después, la vida debía continuar y teníamos que asumir lo sucedido, ¿entiendes?

Sí, lo entendía perfectamente. Era la historia de su vida. Pero no todo el mundo lo conseguía.

–¿Qué cambió para que Travis se marchara?

El rostro de ella se ensombreció. Fuera lo que fuera, le hacía daño.

–El año en que se marchó hubo una investigación sobre el accidente, y los medios volvieron a interesarse por el tema.

–¿Años después de que hubiera sucedido?

Ella se encogió de hombros.

–Sí. Y volvimos a sufrir mucha presión.

Él se le acercó.

–Supongo que no pudo soportarla.

Ella alzó la cabeza, pero no lo miró a los ojos.

–Yo no pude. Quería entender lo que había pasado, pero no podía volver a pasar por aquello: apoyar a mi padre y hacer de madre de Travis, justo cuando las cosas estaban volviendo a la normalidad.

–¿Qué hiciste?

–Volví a mi casa, sustituí las plantas muertas por otras, hice limpieza, tiré a la basura la propaganda de años y volví a vivir mi vida.

–¿Y qué hizo Travis?

–No los abandoné –se defendió ella–. Los iba a visitar. Pero a Travis le resultó más difícil de lo que nos podíamos imaginar. La investigación le hizo revivir todo lo sucedido justo cuando comenzaba a sentirse más fuerte. Cumplió los dieciocho y comenzó a alejarse emocionalmente cada vez más de nosotros. Y un día se marchó, en mitad de la investigación. Pensamos que se había ido unos días para evitar la presión, pero pasó una semana, y luego otra. Denunciamos la desaparición al cabo de estar un mes sin tener noticias suyas.

–Te echas la culpa.

–No estuve a su lado cuando me necesitaba.

–Lo estuviste durante años.

–Pero lo abandoné.

–No, sobreviviste, que no es lo mismo.

Ella alzó la vista hacia él.

–¿Por qué no habló conmigo? Si lo estaba pasando mal…

–Los chicos de dieciocho años no hablan de sus sentimientos, Eve. Yo era así –la tomó en sus brazos–. No eres responsable de la desaparición de Travis.

–Eso es lo que se suele decir en una situación como esta. Pero ¿y si lo fuera?

–¿Y si no tuviera nada que ver contigo, sino con un niño que ve morir a su madre? Un trauma al que se le añade el de que fuera una alcohólica. Mi madre tampoco era una joya, pero al menos estaba presente.

Casi había olvidado que también era la madre de Eve porque le parecía completamente desconectada de su pasado.

–¿Y si hubieras estado al lado de tu hermano todos los días y se hubiera marchado igualmente?

–Es mi hermano –respondió ella con una mirada torturada.

–Es un hombre, Eve.

–No del todo, solo tiene dieciocho años. Sigue siendo un niño, con trastorno de ansiedad y depresión.

–Pero se lo estaban tratando, ¿no?

–Entonces, ¿por qué se marchó?

Al final, siempre volvía a la misma pregunta. Nunca se libraría de ella.

–Solo Travis lo sabe.

Ella se quedó callada y él recogió los restos de la cena y los sacó fuera de la habitación en una bandeja que el personal del motel había dejado a tal efecto. Al volver le tendió la mano.

–Ven.

–¿Adónde vamos? –preguntó ella.

–Te acompaño al autobús. Creo que ahora necesitas estar en tu casa, rodeada de cosas conocidas.

Ella no dijo nada y tomó su mano.

–No es mi hogar –murmuró cuando salieron al pasillo–. Y la mayor parte de las cosas que hay en él no son mías.

A Marshall le resultó extraño que tales dolorosas palabras hicieran que se sintiera esperanzado. Si Eve no se sentía muy unida al autobús y a lo que contenía, tal vez él pudiera hacerse un sitio en su vida. Se quitó un zapato y lo encajó en la puerta para que no se cerrara y pudiera volver a entrar.

Cuando llegaron al autobús, él abrió la puerta y la acompañó a su habitación. Le dio la tarjeta para entrar en la suya.

–¿Desayunamos en la terraza a las ocho?

–De acuerdo.

Él apartó la ropa de cama y esperó a que ella se acostara. Después la arropó.

–No es culpa tuya, Eve.

Se lo diría todos los días de su vida, si era necesario.

Ella asintió, pero él no era tan estúpido como para pensar que se lo creía. Al inclinarse para arroparla, los labios de ambos se acercaron peligrosamente, pero él desvió el rostro y la besó en la frente.

–A las ocho.

Ella no le contestó, así que apagó la luz, salió de la habitación y, después, del autobús. Se rebelaba ante la idea de dejarla en al aparcamiento, pero ella llevaba mucho tiempo haciendo aquello, y era una persona adulta. Por el hecho de que se hubiera abierto a él y le hubiera

mostrado lo vulnerable que había sido en su infancia, no podía tratarla como si fuera la niña que casi era cuando se mató su madre y su hermano estuvo a punto de morir.

Volvió saltando a la pata coja a su solitaria habitación.

Un suave movimiento en la cama lo despertó de un profundo sueño. La suite estaba a oscuras, pero supo instantáneamente lo que sucedía. Pero no eran las ocho, ni siquiera había amanecido.

Un cuerpo cálido se deslizó a su lado respirando con precaución. Él se movió para dejarle sitio, pero ella se acercó a él.

–¿Eve?…

–Calla, es tarde –contestó ella acurrucándose a su lado.

O temprano, pensó él. Pero no iba a discutir con el dios que se la había enviado de vuelta. La abrazó para calentarla con su cuerpo y la besó el cabello.

–No tengo expectativa alguna –le aseguró él–. Si me dices que ayer te pareció bien que cada uno siguiera su camino, lo aceptaré. Pero a mí no me lo pareció, y volví para que pudiéramos…

–¿Acabar de forma más civilizada?

–No, no para acabar, sino para explorar esto un poco más, para ver adónde nos lleva.

–Me acosté contigo porque al día siguiente te perderías en el horizonte –susurró ella.

–Y yo lo hice sabiéndolo. Pero he descubierto algo sobre el horizonte.

–¿El qué?

–Que está muy lejos.

–¿Así que vas a acompañarme durante los próximos días, semanas…?

–Hasta que lo sepamos.

–¿El qué?

–Si tenemos alguna posibilidad.

–Estás en medio de un largo viaje. No es el momento más adecuado para saberlo.

Eve tenía razón: debiera buscar relaciones ocasionales, rápidas y sin complicaciones, como había hecho ella.

–Se trata precisamente de eso, Eve. Yo no buscaba nada, pero parece ser que me han encontrado.

Ella no respondió, aunque su respiración indicó a Marshall que seguía despierta.

Escuchando, pensando.

La apretó contra sí y, con los labios en su cabello, se quedó profundamente dormido.

Capítulo 10

Despertarse a la mañana siguiente no fue una repetición de lo sucedido la mañana anterior, porque Marshall no sintió a Eve levantarse, ya que ella no estaba asustada y deseando alejarse a toda prisa de lo que habían compartido la noche anterior, a pesar de que había sido más íntimo y significativo que nada de lo que hubieran hecho en el camping.

Dos cuerpos abrazados hablando, durmiendo, sin sexo.

–Buenos días –murmuró ella sin abrir los ojos.

–¿Cuánto llevas despierta?

–Lo suficiente para sentir que me mirabas.

–Es la novedad –afirmó él riendo.

Pero ella se limitó a sonreír y pareció estar a punto de volver a quedarse dormida.

–Son las ocho –observó él.

Ella abrió los ojos, soñolientos, lánguidos, y él pensó que no había visto nada tan hermoso en la vida.

Eve volvió a cerrar los ojos, por lo que Marshall decidió que él sería el valiente que se lanzara.

–Estás en mi cama…

Ella volvió a abrir los ojos y lo miró.

–Me desperté durante la noche y supe que era aquí donde quería estar.

¿Qué podía decir él? Para eso había vuelto, para ver lo que sucedía entre ellos.

Carraspeó.

–¿Quieres desayunar?

–En la ciudad, después de que lo haya preparado todo.

Claro, había que trabajar.

–Yo también tengo cosas que hacer hoy.

–¿Dónde está la estación meteorológica?

Se lo dijo. Ella le hizo un par de preguntas y él se dijo que estaba en la cama con una mujer radiante hablando del tiempo, en sentido literal. Pero no le pareció una conversación intrascendente, sino importante.

Y de pronto cayó en la cuenta de por qué.

Estaban teniendo una conversación de pareja, cómoda, fácil. Y la tenían en la cama. Fue suficiente para que se asustara.

–Voy a ducharme. Después, iré a comprar algo de comer mientras preparas el autobús.

–Siento que todo esto sea un poco extraño.

Él se obligó a sonreír con tranquilidad.

–Extraño no, nuevo.

Se metió en el cuarto de baño y se puso bajo la ducha de la que Eve había disfrutado tanto la noche anterior. Se la imaginó con el agua cayéndole por el cuerpo delgado, con la cabeza echada hacia atrás, emitiendo los sonidos que él había oído cuando estaba pegado a la puerta. ¡Cuánto había deseado entrar y reunirse con ella para ducharse hasta el fin de los tiempos! Pero, en aquel momento, sentía pánico ante la posibilidad de que esos sueños se hicieran realidad.

En su mundo, los sueños no se hacían realidad.

Al acabar de ducharse se afeitó. Cuando salió, Eve no estaba. Durante unos segundos, sus antiguas dudas reaparecieron, pero recordó que ella no tenía ropa en la habitación, solo la que había subido para cambiarse. Salió de la habitación y miró por la ventana del vestíbulo. La vio cruzando el aparcamiento para volver a entrar al hotel.

Asía que ella había optado por un lecho más confortable, aunque no mayor, para pasar la noche. No era una declaración apasionada, desde luego. Se le había metido en la cama, había disfrutado del calor que despedía su cuerpo, pero, esa mañana, su vida volvía a girar en torno a Travis.

La admiraba por eso, pero también se sentía asustado, ya que, ¿cómo iba ella a hacerle un hueco en su vida?

Se vistió y se peinó a toda prisa antes de que ella entrara. Al verla, le dedicó una sonrisa

neutra.

–¿Estás lista para marcharnos?

–Sí. ¿Quedamos frente al Ayuntamiento?

–Muy bien.

Bajaron al aparcamiento. Ella se dirigió al autobús y él adonde estaba aparcada la moto.

–¿Una hamburguesa con huevo y tocino? –gritó él.

–Estupendo –respondió ella, con aire ausente.

Marshall se percató de que volvía a pensar en su hermano. Como siempre.

La reacción del político del día anterior había sido normal, en la experiencia de Eve. De hecho, había tenido más tacto que la mayor parte de la gente a la que había explicado su situación. Pero solo los familiares de otros desaparecidos la habían entendido como Marshall, lo que lo convertía en alguien excepcional.

Eve entregó un cartel a una anciana que se detuvo a mirar cada foto con atención antes de proseguir su camino. Sabía que era demasiado esperar que la gente recordara una cara, mucho menos una decena, pero era imposible que lo hicieran si veían los carteles en una oficina de correos, medio tapados por paquetes y cartas.

Algo había cambiado en su interior cuando Marshall le habló de Rick. Era como si hubiera pasado de ser su adversario a ser su igual, ya que también él había perdido a un hermano, debido a las circunstancias, así que sabía lo que se sentía. Aunque, en su caso, había sido él quien se había marchado.

Eve nunca hubiera pensado que procedía de un barrio difícil, a pesar de los tatuajes. Era demasiado normal, aunque alguien tan cercano a él estuviera metido hasta el cuello en actividades criminales. Por eso, lo que había hecho con su vida era aún más notable: acabar la escuela, ir a la universidad y conseguir un buen trabajo como meteorólogo.

Sonrió contra su voluntad. ¿Quién le hubiera dicho que le interesaría y excitaría tanto un hombre del tiempo?

Al menos, así se había sentido la noche anterior. Meterse en su cama no había sido tan espontáneo como le había contado. Se lo había pensado dos veces mientras corría, helada de frío, por el aparcamiento. Pero no se había echado atrás, ya que una parte de ella deseaba que le hiciera el amor como la primera vez, sin aliento y sin inhibiciones.

Puesto que sus días se los dedicaba a su hermano, ¿no podía dedicar las noches a otro hombre? ¿Estaba mal dejarse llevar y olvidarse por unas horas?

Pero Marshall no había aprovechado la oportunidad. Se limitó a abrazarla y a murmurarle al oído palabras bonitas antes de que ambos se durmieran. Y cuando se estaba quedando dormida se dio cuenta de hasta qué punto deseaba no hacer lo obvio. Lo fácil.

Dormir con Marshall era fácil; enamorarse de él sería una traición.

Pero vendría la mañana y, con ella, la realidad.

Su realidad era la tarea monumental que aún le quedaba por hacer. ¿Cómo podía haber algo entre Marshall y ella frente a eso?

El buen sexo era una cosa; un futuro de familia feliz, otra.

Ella no tenía espacio para nada más. Y ambos sabían, por experiencia, que lo de la familia feliz era un mito.

Solo había prometido a Marshall vivir el momento, y él no le había pedido nada más.

Pero se podía recorrer un largo trecho viviendo el momento.

El extremo suroeste de Australia estaba lleno de ciudades pequeñas, dedicadas a la producción vinícola. Pegar carteles en esa zona les costaba mucho más que en aquella de la que venían. Pero se las apañaban bien juntos.

Cuando él no tenía que trabajar o no estaban en la cama en el autobús o en un motel, pegaban carteles en todas las ciudades por las que pasaban. Él le pasaba el celo, las chinchetas o la grapadora, nada que no pudiera hacer sola, pero estaba encantada de tener su ayuda.

Tener a alguien con quien compartir aquello lo hacía más soportable, porque Eve se había dado cuenta de que comenzaba a resultarle insoportable, de que la estaba destruyendo espiritualmente.

Miró de reojo el hermoso rostro de Marshall. ¡Qué deprisa se había acostumbrado a tenerlo a su lado! ¡Qué dispuesta había estado a incorporarlo a su viaje!

Al otro extremo de la calle apareció un hombre con un papel doblado en la mano.

–¿Vemos una película esta noche?

La voz de Marshall hizo que le volviera a prestar atención. No habían visto una película desde aquella noche en el autobús.

–Tal vez.

El desconocido se les había acercado, permaneció indeciso unos instantes y se dio la vuelta. Fue entonces cuando ella comprendió que quería decirles algo.

–Perdone –le gritó–. ¿Desea algo?

El hombre se detuvo y se volvió.

–¿Lo conoce? –preguntó mientras se acercaba levantando el papel arrugado que llevaba en la mano. Era uno de sus carteles.

A ella se le puso la carne de gallina.

–Es mi hermano. ¿Por qué? ¿Lo reconoce?

–No estoy seguro, pero su cara me resulta familiar.

–¿Cómo dice? –preguntó ella poniéndose en pie de un salto.

–Que me parece haberlo visto antes. Pero no quiero que se ilusione, porque puedo equivocarme.

–No necesito que esté seguro, solo quiero pistas.

Sintió que Marshall se situaba detrás de ella. El corazón comenzó a latirle a toda velocidad. Estaba tan absorta pensando en él que había estado a punto de dejar escapar a aquel hombre.

–¿De qué cree que lo conoce? –preguntó Marshall.

–No lo sé, pero lo he visto recientemente.

–¿Hace cuánto?, ¿dos meses?, ¿seis? –preguntó ella.

–¿Dónde vive usted? –preguntó Marshall.

–Aquí, en Augusta. Pero creo que no lo he visto aquí. Soy conductor de camión, así que puede que lo haya visto en otra ciudad.

–¿En cuál? –insistió ella. Marshall le puso la mano en el hombro para que se calmara.

Eve pensó que quería tomarle el pelo pretendiendo que se tranquilizara cuando era la primera pista que tenía después de nueve meses.

–¿Qué recorridos hace? –preguntó él.

–Recorro todo el suroeste –replicó el hombre, visiblemente incómodo por haber iniciado la conversación–. Miren, probablemente me haya equivocado.

A ella le entró pánico.

–¡No, por favor! –le rogó tratando de respirar pausadamente–. El subconsciente es poderoso. Probablemente el suyo sepa algo de lo que usted no es consciente.

El hombre le lanzó una mirada compasiva, y ella se vio como lo hacían los demás, como lo debía de hacer Marshall: obsesionada, desesperada, patética. Y no le gustó lo que vio.

–No estoy seguro –insistió el hombre, con el ceño fruncido.

–¿Y si me apunta las rutas que suele hacer? –Marshall agarró otro cartel y se lo entregó al hombre junto con un bolígrafo–. A partir de ahí, nos encargaremos nosotros.

–Hago veinticuatro. Les llevará tiempo.

Eve salió disparada hacia la parte delantera del autobús y buscó en la guantera los mapas de la región. En uno había marcado su propia ruta, pero el otro no lo había tocado. Se lo entregó al hombre.

–Señale aquí las rutas que sigue.

–¿Me lo puedo llevar? –preguntó el hombre.

Ella temió perder la única pista que tenía sobre el paradero de Travis.

–¿No puede hacerlo aquí?

–Lléveselo. Cualquier cosa que nos dé nos vendrá bien –le dijo Marshall.

–Con suerte, podré pensar con más claridad en otro sitio.

Mientras el hombre se alejaba, Eve dio dos pasos hacia él antes de volverse hacia Marshall.

–Debiera acompañarlo.

–No –dijo él agarrándola de la muñeca–. Deja que se vaya a un lugar tranquilo y que haga lo que tiene que hacer. No se concentrará contigo alrededor.

–Solo quiero…

–Sé perfectamente lo que quieres, Eve, y lo que sientes. Pero acosando a ese tipo no conseguirás lo que deseas. Déjalo en paz. Volverá.

–Pero es la primera persona que ha visto a Travis.

–Que puede que haya visto a Travis, y, si lo sigues presionando, acabará por decirte que no lo ha visto.

Eve vio que el hombre entraba en un pub. Sabía que Marshall tenía razón, pero estaba

deseando hacer algo, lo que fuera.

–Para ti es muy fácil.

–No me resulta fácil verte sufrir, Eve –apuntó él, tras un largo suspiro.

–Trata de sentirte como me siento yo –murmuró ella.

–Lo hago a través de ti, todos los días.

–No, me refiero a sentirlo de verdad, desde este lado de la barrera.

–No se trata de estar a un lado o a otro.

–Lo dice alguien que suele expulsar a la gente de su vida antes de que lo expulsen a él.

Durante unos instantes, Eve pensó que él lo iba a dejar pasar. Pero era un hombre, no un santo.

–¿A qué te refieres, exactamente?

–A lo que te imaginas.

–Eve, sé que esto resulta frustrante…

–¿En serio, Marshall? Llevas viajando conmigo diez días. Multiplícalo por veinticinco y dime cómo debo sentirme cuando mi única pista se aleja y se mete en un pub.

Él apretó los labios y respiró hondo varias veces.

–Necesitas un chivo expiatorio, y yo estoy a mano.

–¿Desde cuándo tiene esto que ver contigo? Se trata de Travis y de mí –volvió a mirar el pub mientras se retorcía las manos.

Él la agarró de la barbilla y se la giró para que lo mirase a los ojos.

–Todo gira en torno a Travis y a ti –afirmó él, como si pareciera dolerle.

–Perdona si trato de centrarme en lo que he venido a hacer.

Eran palabras horribles las que acababa de pronunciar porque, en su fuero interno, sabía que él no se merecía esa crueldad. Pero ¿no se daba cuenta de la importancia del momento?, ¿de cómo se sentía al encontrar una pista después de nueve meses? Una pista que había estado a punto de perder porque tenía la cabeza en otra parte.

Se dejó caer en la silla. Llevaba toda la semana haciendo lo habitual: pegar carteles, contestar preguntas sobre los desaparecidos…, pero sin esforzarse, ya que lo único que hacía era mirar a Marshall o pensar en él cuando no estaba.

Había vuelto a fallar a Travis.

Marshall se sentó también y la estudió en silencio. Y cuando habló lo hizo con precaución, pero con firmeza.

–Creo que ha llegado el momento de parar, Eve.

Ella lo miró sin hacer movimiento alguno ni respirar.

–Tal vez sea hora de que vuelvas a casa. Esto no te está haciendo ningún bien.

Ella le contestó en tono glacial.

–¿Cuánto bien crees que me hará quedarme sentada en casa preguntándome si Travis estará vivo o muerto?

–Llevas casi un año buscándolo.

–Lo sé, pero estoy a punto de acabar.

–No es cierto, porque te falta un tercio del país por recorrer.

–Donde solo vive el diez por ciento de la población.

–Y eso suponiendo que no hayas pasado ya por donde esté –«suponiendo que esté vivo», estuvo a punto de añadir.

–¿No me habías dicho que lo que hacía era lógico?

–Y lo mantengo. Entiendo perfectamente por qué lo haces.

–¿Entonces?

–No me gusta lo que te está haciendo a ti, Eve. Esta búsqueda te está destrozando y no me gusta presenciarlo.

–Pues vete. Nadie te obliga a quedarte.

–No es tan fácil.

–Tal vez lo que no te hace gracia es que me importa más mi hermano que tú. Puede que tu ego masculino no admita estar en segundo lugar.

Él la miró con los ojos llenos de dolor.

–En realidad, estoy más que acostumbrado.

¿Cómo iba ella a elegir entre dos hombres que le importaban tanto? Al menos, Marshall era una persona estable, sana y capaz de cuidar de sí misma. Travis era…

¿Quién sabía lo que era Travis o dónde estaba? Pero era incuestionable que tenía más necesidad de ella.

Eve se levantó.
–Creo que ha llegado el momento de que cada uno siga su camino.
El dolor de los ojos masculinos se intensificó.
–¿De verdad?
–Ha sido precioso, pero…
–¿Para ti se ha acabado?
–¿Cuánto tiempo más podríamos seguir, Marshall? Estás acabando tu circuito –y ella se estaba quedando sin dinero–. No tengo espacio para ti.
–No, claro que no.
–Tengo que centrarme en Travis.
–¿Por qué?
–Porque me necesita. ¿Quién, si no, va a buscarlo?
–Enfréntate a los hechos, Eve –dijo él con expresión amable pero con brutalidad–. Se ha ido o ha decidido seguir desaparecido. Tú misma lo dijiste.
A ella le pareció que no le llegaba el aire a los pulmones y comenzó a ver manchas oscuras.
–No me lo creo.
–La gente se marcha continuamente por muy distintas razones.
–Puede que eso sea lo que tú hagas –afirmó ella comenzando a temblar–. Debiera haberte pedido antes que me dieras tu punto de vista. Tengo ante mí a un experto en huidas, así que dime por qué un joven sano abandonaría a su familia.
El rostro de Marshall estuvo a punto de contraerse debido al esfuerzo que hacía por controlarse.
–¿Crees que no me costó abandonarla?
–Por lo que veo, no pareces muy afectado.
–¿Estás tan centrada en ti misma –susurró él– que no te das cuenta de lo que supuso para mí?
–Pero fue decisión tuya.
¿De dónde procedían aquellas palabras que soltaba como lava venenosa? Eran horribles.
–A veces, Eve, todas las opciones son igualmente malas, pero tienes que escoger una.
–¿Irse sin mirar atrás? ¿Quién hace eso?
Marshall cayó de pronto en la cuenta.
–Estás enfadada con Travis por haberse marchado.
«Estoy furiosa con él», gritó una voz en su interior, pero ella se limitó a decir:
–Mi hermano se marchó contra su voluntad.
Era un argumento por el que se había peleado con la policía y con su padre.
–¿Y si no hubiera sido así? ¿Y si se hubiera ido porque no soportaba quedarse?
–Vaya, veo que has estado leyendo páginas webs de personas desaparecidas.
–No te burles, Eve. Quería entenderte mejor.
–Las personas que desaparecen están desesperadas, asustadas o enfermas. El Travis que conozco no haría algo así.
–¿Has pensado que tal vez no fuera tu Travis?, ¿que había dejado de ser el hermano pequeño al que criaste?
Marshall dio un paso hacia ella y bajó la voz.
–¿No ves que te está consumiendo la vida, Eve? Esta búsqueda obsesiva te está destrozando.
–Si no lo busco yo, ¿quién lo hará?
–Pero, ¿a qué precio?
–Al de mi tiempo y mi dinero, que puedo emplear como quiera.
–¿Y cuántas cosas te estás perdiendo mientras lo haces? –preguntó él tomándola de la mano–. Estoy aquí, Eve. Estoy vivo y respiro. Pero no quieres aprovecharlo porque tu mente está ocupada por alguien que está…
Marshall se interrumpió apretando los dientes. A ella la invadió una sensación de náusea.
–Vamos, dilo.
–Eve…
–¡Dilo! Crees que está muerto.
–Me temo que, lo esté o no, ya solo es un recuerdo que te impide vivir tu propia vida, lo mismo que sucedió a la muerte de tu madre.
–Y esto lo dice un hombre que se oculta tras una armadura de cuero para no enfrentarse a sus demonios.

Marshall se quedó callado y respiró hondo.
–Se ha convertido en una obsesión para ti. Es una idea estupenda, pero que te está destrozando personalmente. Te has alejado de todas las redes de apoyo que tenías: tus compañeros de trabajo, tus amigos, tu familia… La gente que hacía que estuvieras sana y cuerda.
–¿Así que volvemos a que estoy loca?
–Eve, no estás…
–Debes irte, Marshall. No puedo hacer lo que debo contigo aquí. He estado a punto de perder a ese tipo porque estaba pensando en ti.
–¿Y tengo yo la culpa?
Ella se cruzó de brazos.
–He estado a punto de perder la única pista que he encontrado en casi un año porque me distraes.
–Supongo que debiera alegrarme saber que soy una distracción para ti.
El dolor había comenzado a invadirla.
–Eres mucho más que una distracción, pero ¿no lo entiendes? No tengo sitio para ti en mi vida ni en mi corazón.
–¿No tienes sitio para la felicidad?
–No seré feliz –gritó ella, sin prestar atención a los viandantes– hasta que Travis vuelva a casa.
–¿Te estás oyendo? Te castigas por haberle fallado a tu hermano.
–Gracias por preocuparte, pero no soy responsabilidad tuya.
–¿Así que tengo que irme sabiendo que te estás destruyendo lentamente?
–No va a pasarme nada.
–Claro que te pasará. Buscarás por el resto del país y ¿qué harás cuando vuelvas al punto de partida sin haberlo encontrado? ¿Volver a empezar?
A ella, la idea de dejar la búsqueda sin haberlo encontrado le resultaba inimaginable.
–Lo buscaré siempre –aquello no era justo para alguien como Marshall, a quien habían marginado toda su vida–. Búscate a otra, Marshall, por favor.
Alguien que pudiera ofrecerle lo que necesitaba, que no le hiciera daño, que lo pusiera por encima de todo lo demás.
–No quiero estar con otra, sino contigo –susurró él.
Esas palabras y el brillo de los ojos masculinos hicieron que deseara dejarse ir, refugiarse en sus brazos y consentir que cuidara de ella, que compartiera aquella carga. Deseó aparcar el autobús e iniciar una nueva vida con él. Deseó tener niños de ojos grises, y se los imaginó corriendo por las dunas, aprendiendo a pescar con su padre.
Pero esos niños imaginados se transformaron en el niño que había sido Travis, un niño al que adoraba.
Respiró hondo antes de volver a hablar.
–Si te importo tanto como dices, debiera importarte lo que necesito. Y necesito que mi hermano vuelva a casa y esté a salvo,
–¿Y después?
Ella lo miró a los ojos.
–¿Qué planes tienes para después, Eve? ¿Vas a irte a vivir con él para asegurarte de que esté a salvo, de que toma la medicación, de que sigue sano? ¿Hasta dónde crees que llega tu responsabilidad?
¿La verdad? No había nada más que oscuridad, una niebla de incertidumbre sobre lo que sucedería después de llevar a su hermano a casa. Nunca se había permitido pensarlo.
–Eres un hombre fantástico –afirmo entrelazando los dedos con los suyos–. Busca a alguien con quien ser feliz.
–Creí que ya lo había encontrado.
–Me pides que elija entre un hombre al que he querido toda la vida y otro al que…
Estuvo a punto de decir que solo lo conocía hacía diez días, pero se contuvo. Daba igual que le pareciera que lo conocía desde siempre y que lo que sentía por él era amor.
–¿Me gustaría que yo te importara? –se preguntó él a sí mismo–. Sí. ¿Querría, dentro de dos años, vivir en una cabaña de madera, hacerte el amor dos veces al día? Sí. No voy a mentirte, pero esto es el mundo real. Y no voy a pedirte que me elijas a mí, Eve, sino que elijas vivir. No puede seguir haciéndote esto.
Ella dio un paso hacia él y lo agarró de la barbilla.

–Es una hermosa imagen, Marshall –consiguió articular ella, a pesar del nudo que tenía en la garganta–. Pero la única fantasía que tengo es que ese hombre vuelva con el mapa y que su información me conduzca hasta Travis.

Él bajó los ojos, pero volvió a alzarlos, y ya no estaban llenos de dolor, sino de resignación. Era un hombre acostumbrado a ocupar el último puesto en todo.

–Te mereces que alguien te considere su prioridad –le susurró ella–. Lo siento mucho.

Él se esforzó en controlar la respiración y, por fin, habló.

–Me da miedo lo que te pase si no estoy para abrazarte, para ayudarte cuando lo encuentres o cuando no lo hagas. Prométeme que volverás con tu padre y que retomarás tu vida donde la dejaste.

–Marshall…

–Prométemelo, Eve, y te dejaré en paz.

Ella lo miro a los ojos, y mintió.

Capítulo 11

¿Tenía idea Eve de lo mal que se le daba mentir? O tal vez se reservara las mejores mentiras para sí misma. Marshall tuvo la certeza de que aquella mujer fuerte y decidida no iba a volver a su casa cuando todo acabara. Había ido demasiado lejos.

Pero él tenía que marcharse y respetar su decisión; hacer lo que el cerebro le indicaba que era lo correcto y no lo que su corazón le decía que era una completa equivocación.

Ella había elegido a Travis. Ser relegado era la historia de su vida. Eve necesitaba acabar aquello.

Puso la mano sobre la que ella tenía en su mejilla, se la apretó y se la bajó.

–Espero que lo encuentres –murmuró sintiéndose ridículo. Pero era mejor decirle eso que rogarle que cambiara de idea. Dio un paso atrás y luego otro. Después, se dio la vuelta y cruzó la carretera sin mirar atrás. Que era lo que solía hacer.

Aquello le resultó tan difícil como abandonar a su madre y a su hermano.

Eve no iba a estar bien, lo presentía. No sabía hasta qué punto lo necesitaba.

Siguió andando por la calle principal, tomó una perpendicular y se metió en un café desde el que podía ver a Eve sentada a la mesa. Si aquel hombre no volvía enseguida, iría a sacarlo a rastras del pub. Si Eve no quería dar por terminada su cruzada ni que estuviera a su lado, haría todo lo posible para que las cosas salieran bien, para que ella estuviera bien.

La camarera le trajo un café y él se lo tomó mientras observaba a la mujer que se había apoderado de su corazón, de un corazón que él creía que estaba vacío, atrofiado por falta de uso.

Eve, con la cabeza gacha, parecía tan desgraciada como él. No había intentado herirlo ni se había convertido en un monstruo de la noche a la mañana. Simplemente la abrumaba la presión de la inalcanzable tarea que se había fijado. Ella tenía unas prioridades y él no formaba parte de ellas. Al menos había sido sincera.

Vio que se ponía de pie. Unos segundos después, apareció el hombre, le entregó el mapa e intercambió unas palabras con ella. Eve asintió, miró el mapa y se despidió de él. Después volvió a sentarse y apretó el mapa contra su pecho. Y comenzó a llorar.

Él quería correr a abrazarla. No sabía si sus lágrimas eran de pena, porque el hombre no había podido ayudarla, o de alegría por haber descubierto una pista. Y no saberlo lo desesperaba.

Al menos se había hecho una idea del infierno que era cada día para ella y de por qué no podía dejar aquello, a pesar del daño que le hacía. Amarla no iba a cambiarla. Solo lo haría una cosa: sacar a su hermano de su escondite.

Un repentino zumbido en un bolsillo lo sobresaltó y derramó el café. Agarró una servilleta para secar la mesa mientras con la otra mano sacaba el móvil. Miró la pantalla y contestó lleno de nerviosismo.

–¿Rick?

–Hola –lo saludó su hermano–. Tengo algo para ti.

Menos mal que Rick tenía aquellos contactos poco recomendables. Y menos mal, pensando en Eve, que parecía que Travis estaba vivo. Gracias a aquellos contactos supo dónde había conseguido las últimas medicinas ilegalmente.

Marshall apuntó los datos en una servilleta y masculló su agradecimiento. ¿Cómo se le daba las gracias a alguien por haberse saltado varias leyes para ayudarte?

–Espero que quienquiera que sea la persona para quien has hecho esto, sepa lo que te costó.

Eso fue lo más cercano que estuvo a reconocer lo que había sucedido entre ellos en el pasado. Solo añadió una cosa más antes de finalizar la llamada:

–La próxima vez no tardes tanto en llamarme.

Eso fue todo, al cabo de diez años.

Marshall tenía el nombre de la farmacia y la ciudad en que Travis había estado unos meses antes: Northam, que se hallaba a cinco horas de camino de donde estaba.

Marshall consultó el mapa en la pantalla del móvil. Si la inteligencia de Eve era hereditaria, lo más probable era que su hermano no fuera tan estúpido como para conseguir los medicamentos en la misma ciudad en que se ocultaba. Así que trazó un círculo en un radio de cincuenta kilómetros en torno a Northam y se encontró con veinticuatro ciudades dentro del círculo.

Si él tuviera que ocultarse, buscaría una ciudad pequeña y poco interesante para que estuviera fuera de las rutas turísticas, pero lo bastante grande para que su llegada no llamara la atención. Eso implicaba que las grandes ciudades y las comunidades diminutas quedaban excluidas.

Después de aquel filtro, quedaron pocas candidatas: una era la capital del Estado, que de vez en cuando salía en los medios, por lo que probablemente Travis no la hubiera escogido para esconderse; otra era Beverley, el cuartel general de fin de semana de los motociclistas, por lo cual recibiría atención policial.

Estaba a punto de tacharla, cuando pensó que no habría mejor lugar para ocultarse que una ciudad llena de gente con más secretos que Travis, de gente que ahuyentaba a los turistas y mantenía ocupadas a las autoridades. Marshall la colocó la primera de la lista y decidió ponerse todas las prendas de cuero que tenía.

Si conducía durante un día, podría echar un vistazo a las candidatas.

Podía ser él, aunque era difícil saberlo porque se había dejado barba.

Marshall se sentó a la barra del bar y pidió algo que fue incapaz de recordar cinco segundos después. A continuación agarró el móvil y fingió que consultaba los mensajes mientras sacaba una foto al hombre que podría ser el hermano de Eve.

Si era Travis, tendría una prueba de que estaba vivo. Estaba con otros chicos tomándose una cerveza mientras su hermana sufría por él. Estaba bien alimentado, bastante bien vestido y no parecía coaccionado por nadie.

Justo antes de las seis, se levantó, se despidió y salió a la calle. Marshall lo siguió a una prudente distancia. La foto sería una prueba mayor si entregaba a las autoridades asimismo una dirección. A las autoridades, no a Eve.

Se trataba de devolverle a su hermano, no de conquistarla. De hacer algo para ayudarla. Había aceptado que no estaban hechos el uno para el otro.

El chico giró por una calle y luego por otra. Marshall tuvo que correr para alcanzarlo. Pero al doblar la esquina de lo que parecía ser un callejón solitario se detuvo en seco. El chico se hallaba frente a él, dispuesto a salir corriendo, dispuesto a lo que fuera.

En menos de un segundo, Marshall se dio cuenta de lo fácil que le resultaría a Travis volver a desaparecer en el interior de Australia, donde Eve no lo encontraría.

–¿Quién te envía? –le preguntó el chico.

–¿Travis? –respondió Marshall dando un paso hacia él.

–¿Quién te envía? –repitió el chico mientras retrocedía. Parecía más asustado que amenazador.

Marshall hubiera reconocido esos ojos en cualquier sitio. Alzó las manos para demostrar que iba en son de paz.

–Soy amigo de tu hermana.

Capítulo 12

–Hola.

La voz de Marshall sobresaltó a Eve. Ya se había resignado a su ausencia, ¿y había vuelto? ¿Qué demonios pretendía?

–¿Qué haces aquí, Marshall?

–Siéntate, Eve.

Ella tensó los músculos automáticamente esperando malas noticias.

–¿Para qué?

–Tengo que hablar contigo.

–¿De qué?

–¿Quieres sentarte, por favor?

–No quiero.

–Muy bien, pues te lo diré de pie –abrió la boca y la volvió a cerrar–. No sé por dónde empezar, a pesar de que he estado ensayando mientras venía.

Sus palabras la irritaron. ¿Había regresado para volverle a pedir que siguieran juntos? Quiso cortarlo de raíz antes de que continuara.

–Marshall…

–Tengo noticias.

La opresión que sintió en el pecho la impedía respirar.

–Me estás asustando, Marshall.

–He encontrado a Travis.

Eve se puso muy pálida y sintió náuseas al tiempo que las piernas se negaban a sostenerla.

–Está vivo –se apresuró él a añadir.

Esas últimas palabras la obligaron a sentarse. Él se agachó a su lado y tomó su fría mano entre las suyas.

–Eve, está bien. No está herido ni enfermo.

Los labios de ella comenzaron a temblar, pero fue incapaz de decir nada. Él le frotó los dedos helados y le escrutó el rostro.

–Esta vivo y trabaja en una pequeña ciudad aquí, en el oeste de Australia. Tiene empleo y un techo. Está bien.

Él le repetía que estaba bien, pero ella estaba tan confusa que no lo procesaba.

–Si estuviera bien se habría puesto en contacto con nosotros.

Y entonces, entendió lo que Marshall quería decirle. Un trabajo y una casa nuevos significaban una nueva vida; significaban que había sido una decisión voluntaria. El corazón comenzó a golpearle el pecho. A su alrededor, todo adoptó un aspecto de otro mundo, y se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

–¿Dónde está? –susurró.

De pronto se dio cuenta de que él estaba enfadado. Su confusión aumentó. ¿Enfadado con ella? ¿Por qué? Pero su mirada pétrea así se lo indicaba.

–No puedo decírtelo, Eve.

–Pero, si lo has encontrado…

–Me ha pedido que no te lo diga.

–¿Qué? ¡No! –protestó incrédula. Se sentía traicionada y dolida–. Pero yo lo quiero.

–Ya lo sé, y él también lo sabe –se apresuró a añadir él, aunque la ira de su expresión no disminuyó–. Me ha dicho que volvería a desaparecer si revelaba su paradero y que no lo encontrarías. Me hizo prometérselo.

A ella le pareció que iba a partirse de dolor.

–Pero a él no lo conoces. Me conoces a mí.

«Me quieres», pensó. Podía haberlo dicho, ya que ambos sabían que era verdad, a pesar de que no cambiara nada.

–Eve, esta vivo, a salvo, viviendo su vida. Toma las medicinas y se está curando poco a poco, cosa que no puede hacer en casa.

–Bueno, no hace falta que vuelva a Melbourne. Podemos mudarnos a…

–No se trata de Melbourne, Eve. No quiere volver a casa.

Ella acabó por entender lo que le decía.
–¿No quiere estar con su familia? –susurró.
Le pareció que a Marshall le estaba poniendo enfermo aquella conversación.
–Quiere recuperar la salud, y necesitaba comenzar de nuevo para poder hacerlo.
Comenzar de nuevo…
–No hace falta que vuelva. Puedo ir adonde esté.
–Lo siento mucho –Marshall le tomó la otra mano entre las suyas y se las apretó. Al cabo de una larga pausa, volvió a hablar mientras se inclinaba hacia delante para mirarla a los ojos–. No quiere que vayas, Eve. Sobre todo tú.
La angustia se unió al dolor que ya sentía.
–Pero yo lo quiero.
–Lo sé. Lo siento.
–Tengo que verlo –susurró ella–. Llevo tanto tiempo buscándolo…
–Quiere empezar de cero.
–¿Con respecto a mí? –preguntó ella en voz baja y ronca mientras sentía que el corazón se le desgarraba.
–Con respecto a todo.
–¿Se trata de mí?
Él la miró con ojos compasivos.
–No puede estar contigo ni con tu padre.
–¿Por qué? –gritó ella.
–Por tu madre, Eve.
Ella lo miró confusa, perdida.
–¿Por el accidente?
La expresión masculina le confirmó que estaba en lo cierto.
Ella apenas podía respirar y mucho menos hablar.
–Sucedió hace años.
Para él no. Lo lleva consigo todos los días: el trauma, la ansiedad, la depresión, la culpa.
¿La culpa?
–Pero el accidente de mi madre no fue culpa suya.
–Lo fue, Eve. Lo siento mucho.
Ella se enfadó con él por tener que volver sobre aquello, pero su enfado la ayudó a aclarar la confusión.
–No, estaba con ella, pero mi madre conducía borracha.
Pero se dio cuenta por la expresión de Marshall de que había algo más y de que era importante.
–¿No es así?
–¿No me dijiste que los dos salieron despedidos de la moto?
Ella se limitó a asentir.
–¿Y que la policía determinó que ella conducía?
–Estaba con Travis, y él no podía conducir porque era menor de edad.
–No, no podía –dijo él sin dejar de mirarla a los ojos para transmitirle fuerza.
Pero todo comenzaba a aclararse de forma horrible.
¡Por Dios!
–¿Conducía Travis porque mamá estaba borracha? –le preguntó ella con voz ahogada.
Él asintió.
–¿Y no se lo dijo a nadie?
–Imagina lo aterrorizado que estaría.
Un chico de catorce años que lleva en moto a su madre borracha a casa y que acaba matándola.
–Él no habría mentido para protegerse –dijo ella con fiereza.
–Pero ¿y si creía que tú le echarías la culpa, que lo odiarías? Eso es una carga difícil de llevar para cualquiera, joven o anciano. No puede mirarte a la cara.
–¿Ha llevado esa carga solo durante todo este tiempo? –susurró ella–. Pobre Travis, pobre niño.
–No, ahora no vayas tú a culparte. Está recibiendo tratamiento y apoyo y se está fortaleciendo. Las cosas le están yendo muy bien, considerando la situación en que se halla.
Entonces, ¿por qué seguía Marshall tan tenso?
–Pero sabe lo que quiere y lo que necesita. Y no va a volver a tu mundo, ni quiere que este

vaya a su encuentro. Nunca.

La ira comenzó a apoderarse de ella. Lo sentimientos que había reprimido durante casi un año comenzaron a bullir en su interior.

–¿Y eso es todo? ¿He desperdiciado un año de mi vida buscándolo mientras él vivía cómodamente al otro lado del país y empezaba de nuevo?

–Ha tomado una decisión.

–Y parece que tú también. Te has puesto muy deprisa de parte de alguien al que no conoces.

–Estoy de tu parte, Eve.

Sus palabras solo sirvieron para empeorar las cosas.

–¡No! ¿Cómo sé que no te acabas de inventar todo eso en tu propio beneficio?

–¡No hablarás en serio!

–¿Cómo voy a saberlo? La única prueba que tengo de que todo sea verdad es tu palabra. Tal vez no lo hayas encontrado y quieras hacerme creer que lo has hecho. Puede que seas capaz de contarme cualquier cosa con tal de que me quede contigo.

–¿Qué demonios te he hecho para que pienses eso de mí? –le espetó él mientras se sacaba el móvil del bolsillo y abría el archivo fotográfico–. Y esto, ¿te lo crees?

Ver a Travis le partió el corazón. Estaba vivo, sano, tomándose una cerveza, riéndose. ¡Riéndose! Hacía años que no lo veía hacerlo. Igual que ella.

Comenzó a llorar.

–¿Qué pasaría si me dijeras dónde está? –preguntó ella con desesperación–. No tendría que enterarse.

–Te conozco.

–Entonces, ¿no me vas a permitir elegir, como si fuera una niña?

–Sabes que no serías capaz de mantenerte alejada de él.

–No es mi intención acecharlo.

–Es lo que estás haciendo, Eve. Estás recorriendo el país para darle caza.

–¿Es así como lo ves?

–¿Por qué quieres saber dónde está, si no es para ir a vigilarlo?

–Porque lo quiero. No tienes derecho a reservarte esa información.

–No soy una canalla, Eve. Lo hago para que no sufras más.

–¿Crees que no sufro al saber que está vivo, pero que no puedo verlo y abrazarlo? ¿Crees que eso es mejor que escuchar de sus labios que no quiere volver a casa?

Él la agarró de la barbilla y la obligó a mirarlo.

–Escúchame, Eve. Si vas allí, volverá a desaparecer. Ahora sabe lo que tiene que hacer y puede que deje de tomar los medicamentos al tener que ocultarse. No volverás a saber de él. ¿Es eso lo que quieres?

Ni en las peores pesadillas se hubiera imaginado que estaría allí, frente a Marshall ni más ni menos, peleándose por el paradero de su hermano.

–¿Y en qué se diferencia eso de la situación actual?

–En que sé dónde está y ha accedido a darme noticias suyas de vez en cuando.

–¿Es que te vas a convertir en el guardián de mi familia? ¿Con qué derecho?

–Legalmente, tu hermano tiene el derecho de desaparecer, ya que lo ha hecho de forma voluntaria.

–¡Estaba enfermo!

–Pero ya tiene controlada su enfermedad.

–Entonces, estaría desesperado.

–Puede, pero ya no lo está. Te juro que está bien. Lo has encontrado, Eve.

–No, lo has encontrado tú. Yo tengo tan poco como antes –menos, en realidad–. Y está claro que necesita ayuda psicológica, porque la gente no abandona sin más a su familia.

–Lo hace por muchas razones. Travis no podía quedarse. Tenía miedo de que descubrieras lo que había hecho. Sabía lo mucho que te habías sacrificado.

–Puedo ayudarlo.

–Intentas seguir evitando que acepte responsabilidades. Es una persona adulta, Eve. No quiere tu ayuda.

–La necesita.

–¿En serio? ¿O eres tú la que necesita creerlo? Eres su hermana mayor. Cuidaste de él y de tu padre después del accidente. Y durante los últimos doce meses no has hecho otra cosa que dedicarte a él: has dejado el trabajo, has vendido la casa. ¿Qué te queda si no lo tienes a él?

–Muchas cosas. Volveré a ejercer mi profesión, veré de nuevo a mis amigos y conseguiré una nueva casa.

Mentiras. No podía regresar. Ni siquiera sabía cómo volver a la normalidad.

–¿Y después? ¿Qué eres sin tu hermano, Eve? Te has dedicado a él desde que estaba a punto de acabar la escuela.

–Has decidido ponerte de su parte –le espetó ella, llena de furia–. ¿Por qué no hablamos de eso?

Él se levantó a su vez y la agarró de los brazos.

–No lo protejo. Odio lo que te ha hecho. Odio el haberlo encontrado en un pub tomándose una cerveza con sus amigos mientras tú te desangras día a día. Odio que se haya buscado una nueva vida cuando te tenía a ti de regalo en la otra. Odio que os abandonara a tu padre y a ti en lugar de haber tratado de resolver la situación. Nunca lo pondría por delante de ti. Te elijo a ti. Se trata de ti.

–Dime dónde…

–¡No puedo! –gritó él–. Desaparecerá al primer indicio de que lo buscan, en cuanto vea un cartel en una ciudad próxima, en cuanto un desconocido lo mire de reojo en la calle. Lo tiene muy claro. Por favor, déjalo estar.

–¿Cómo voy a hacerlo? –preguntó ella con desdén.

–Me dijiste que lo único que querías era saber que estaba bien, que lo demás no te importaba. Pues ya lo sabes: está bien.

–¡No me basta con saberlo! Quiero que vuelva a casa, con nosotros. ¿Qué hay de malo en eso?

–Nada, salvo que no vas a conseguirlo. Y debes aceptarlo, porque será lo más fácil.

–¿Para quién?

–Mientras tengas la cabeza y el corazón centrados en tu hermano, no dejarás que nada más te afecte.

–¿Volvemos a lo mismo, Marshall? ¿A nosotros?

–No, ya me lo has dejado dolorosamente claro. Solo quiero…

No pudo acabar la frase, por lo que ella lo hizo por él.

–¿Qué? ¿Ser un héroe? Supongo que no esperabas ser el malo de la película, ¿verdad?

–No esperaba ser nada.

–¿Prefieres que te desprecie?

Él la miró con los ojos brillándole como si lo hubiera golpeado con un hacha, pero la soltó.

–No dejas de alardear del amor que sientes por tu hermano –le espetó con voz crispada–, pero no reconoces ese sentimiento cuando lo tienes delante de las narices. Hoy te he elegido a ti, Eve, no a mí mismo ni, desde luego, a Travis. Soy plenamente consciente de que el final de tu sufrimiento implica el final de toda posibilidad de que estemos juntos. Sin embargo, aquí estoy, suplicándote que vuelvas al mundo real antes de que sea tarde.

–¿Al mundo real? –susurró ella–. No puede haber nada más real que el hecho de que te arrebaten a alguien a quien quieres, que esté fuera de tu alcance.

–Por fin hay algo en lo que estamos de acuerdo.

Marshall se dirigió a la parte trasera del autobús con los puños apretados, pero no abrió las puertas, sino que se volvió hacia ella.

–¿Sabes una cosa? Puede que hubiera deseado ser el hombre que te librara de todo sufrimiento y que me miraras con algo más que curiosidad, diversión o pura lujuria. Estás a punto de perderte en el plano emocional. Si encontraba a Travis, no tendrías más remedio que volver a la realidad. Y quería ser el hombre que te ayudara a hacerlo.

–¿Por qué?

–¿Por qué crees, Eve? En último término, ¿por qué hacemos lo que hacemos?

Ella lo miró, temerosa de contestar.

–Por amor, Eve. Te quiero, y deseaba cumplir el deseo de tu corazón, si no podía serlo yo.

–Apenas me conoces –musitó ella.

–Te equivocas –se le acercó–. Te esfuerzas tanto en evitar sentir emociones que se te ha olvidado controlar las que manifiestas. Eres un libro abierto, Eve. Sé que te ha destrozado la traición de Travis y que lo quieres y lo odias a la vez. Sé que estás desesperada por dar salida a ese dolor y que no quieres usarme de chivo expiatorio, pero no sabes qué hacer con él porque te has cerrado en banda desde el punto de vista emocional hace un año, tal vez más. Y te resulta más fácil odiarlo a él que a mí.

Ella volvió a llorar.

–Sé que te duele especialmente que sea yo quien te oculte dónde está Travis porque, en tu fuero interno, creías que habíamos conectado, aunque no querías que fuéramos más allá. Confiabas en mí y te he traicionado. Tal vez sea el precio que debo pagar por intentar rescatarte.

Ella cerró los puños.

–Podía no habértelo contado, Eve, haber seguido mi viaje después de decirle a tu hermano que lo buscabas, y hubieras seguido teniendo una buena opinión de mí. Y tal vez hubiera podido volver a tu vida más adelante y tener una oportunidad. Pero, aquí estoy, arruinando cualquier posibilidad de que estemos juntos al decirte la verdad sobre tu hermano, porque prefiero que la sepas por mí y no por él.

–¿A qué te refieres?

–He visto tus mapas –Marshall suspiró–. Hubieras llegado a la ciudad en que está antes de Navidad y lo habrías hallado tomando algo en ese pub. Y tendrías que haber soportado que te dijera a la cara, después de todo lo que te habías sacrificado por él, que tenía una vida nueva y que la prefería a la antigua.

Ella extendió el brazo para agarrarse a algo, pero no halló nada, pues él ya no estaba a su lado.

–Y habrías llamado a su puerta a la mañana siguiente, pero descubrirías que se había marchado sin dejar pista alguna. Y te hubieras pasado la vida buscándolo. Por eso, a pesar del dolor que me causa hacerte esto, lo prefiero mil veces para ahorrártelo a ti.

Ella lo miró con los ojos empañados de lágrimas, sin decir nada, mientras él se le acercaba aún más.

–No soy estúpido, sé que, ahora, aquí no hay sitio para mí. No espero ni deseo ocupar el vacío emocional que te ha dejado tu hermano, ni tu madre, ni ninguna otra persona a quien hayas querido.

Ella siguió sin pronunciar palabra.

–Me merezco una parte de ti, Eve; una que sea mía. Creo que eso es lo único que de verdad he deseado en mi vida; un trocito de tu corazón para plantar en él viñas floridas que trepen por sus paredes y grietas hasta que te olvides de lo que es que yo no esté a tu lado.

Se inclinó hacia ella y la besó larga y profundamente. Era un beso de despedida.

–Pero no podré hacer nada con el terreno reseco y rocoso en que se habrá convertido cuando todo esto haya acabado. Allí no crecerá nada.

Le apartó un mechón de la cara y se lo colocó detrás de la oreja.

–Vuelve a casa, Eve –murmuró–. Olvídate de él y de mí. Deja que las heridas cicatricen.

Esa vez no se detuvo ante las puertas traseras del autobús, sino que las empujó, saltó y se alejó a grandes zancadas dejándola atontada, temblorosa y destrozada en el pequeño vehículo que se había convertido en su jaula.

Capítulo 13

Cinco meses después

Marshall corrió a toda velocidad hacia la casa, sudoroso después de haberse pasado la mañana cavando agujeros para postes. Iba quitándose la tierra de las manos mientras corría para contestar al teléfono que estaba sonando. Descolgó justo antes de que saltara el buzón de voz.

–¿Sí?

–¿Marshall?

La voz le resultó conocida.

–Soy yo. ¿Quién es?

–Travis Read.

El corazón le dejó de latir durante un segundo.

–¿Ha pasado algo?

Ese era el acuerdo al que habían llegado. Marshall lo llamaría dos veces al año para comprobar que estaba bien y Travis solo lo llamaría en caso de que hubiera sucedido algo. Solo habían pasado cinco meses desde la última vez que habían hablado.

–No. Estoy en la ciudad y quería saber si podía verte.

Como Travis solo tenía su nuevo número de teléfono, pero no su nueva dirección, «en la ciudad» solo podía ser en Melbourne, que sería lo que le habría indicado el prefijo del número. Pero ¿qué querría el hermano de Eve? ¿Por qué parecía tan tenso? No se le ocurría por qué habría tomado un avión, ya que al hacerlo se exponía a que lo detectara la policía. A menos que usara un nombre falso, o que hubiera ido en coche.

Había hablado con Travis meses antes. Había intentado, sin conseguirlo, que cambiara de opinión con respecto a su familia. Pero él no había cedido. Era tan obstinado como su hermana.

Marshall se enfadó. Había guardado el secreto de Travis a expensas de su propia felicidad. ¿No era suficiente?

Pero recordó lo importante que era el chico para la mujer a la que seguía intentado olvidar, por lo que le dio su nueva dirección y lo citó más tarde. Después, bajó la colina para clavar tres docenas de postes de valla.

Un cuarto de hora antes de la cita con Travis, se lavó la cara y las manos. En cuanto al resto, el chico tendría que verlo como estaba.

Seis minutos antes de la hora acordada, llamaron a la puerta. Mientras se dirigía a abrir vio por la ventana un coche pequeño de alquiler.

–Travis…

Se quedó petrificado. No era Travis, sino Eve en persona, que le sonreía nerviosamente.

Su primer impulso fue abrazarla, pero se contuvo y frunció el ceño. Era evidente que estaba allí en lugar de Travis, lo que indicaba que ambos se comunicaban. Eso implicaba, a su vez, que todo lo que había hecho, todo aquello a lo que había renunciado, había sido en balde.

–¿Cómo lo encontraste?

–Me alegro de verte –bromeó ella, pero él no estaba para bromas. Se sentía como si hubiera caído en una emboscada–. No lo encontré –le dijo ella por fin–. Me buscó él.

Así que Travis finalmente había reunido el valor para descolgar el teléfono. En cuanto a Marshall, había seguido su propio consejo y había llamado a Rick para darle su nuevo número de teléfono, ya que, la última noche horrible que había pasado con Eve, había tirado la tarjeta SIM a la autopista

–Iba de camino a casa, por Esperanza, cuando me sonó el móvil. Creí que serías tú, pero era él.

La falta de emoción en su voz ocultaba lo que debía haber significado ese momento para ella.

–¿Por qué pensante que era yo?

–Te había intentado llamar varias veces, pero tu móvil estaba desconectado. Pero la

esperanza es lo último que se pierde –afirmó ella al tiempo que cambiaba el peso de un pie al otro.

–Lo siento, pasa –dijo él haciéndose a un lado.

Ella estaba allí, en la casa en la que se había obligado a dejar de imaginar cómo sería con ella.

Una vez dentro, ella echó una mirada a su alrededor y se dirigió a la ventana que daba al pintoresco valle.

–Es precioso –murmuró casi para sí misma.

Mientras ella contemplaba la vista, él la examinó. Había cambiado, pero no sabría decir en qué. Llevaba el pelo más corto. Al verla en la puerta, le brillaban los ojos, pero tenían la misma mirada precavida que él recordaba. Ella se giró y, entonces, se dio cuenta de que lo diferente era la postura del cuerpo. Parecía más alta; no, no más alta, más erguida, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Y tal vez lo hubiera hecho.

Pero que estuviera allí, en su santuario, no le hacía ningún bien. Le dolía físicamente verla en su espacio, así que fue al grano antes de que ella se extendiera sobre la preciosa vista.

–¿A qué has venido, Eve?

Tal vez Eve se mereciera su escepticismo teniendo en cuenta cómo habían acabado. Sabía que no la recibiría con los brazos abiertos.

–Siento haberte engañado, pero no estaba segura de que quisieras verme. Dejamos claro que no volveríamos a vernos. Tú teléfono estaba permanentemente desconectado y también te habías mudado.

–Sin embargo, aquí estás.

–Convencí a Travis de que me ayudara –le confesó ella–. No le hacía ninguna gracia traicionarte después de que tú le guardaras el secreto.

–Pero ya veo que ha sido en vano, ya que ahora habéis vuelto a relacionaros.

–Yo no diría tanto. Hablamos de vez en cuando, él y yo. Tal vez más adelante lo haga con mi padre. Se puso en contacto conmigo hace unos meses y me dijo que volverías a llamarlo.

–Lo hice –aunque jamás hubiera supuesto que el contenido de su conversación acabaría llegando a oídos de Eve.

–Hablar de lo sucedido le resulta muy difícil. Tenías razón en eso, así como en que huiría si yo llegaba a encontrarlo. Estuvo a punto de hacerlo.

–En parte, por eso lo volví a llamar, para asegurarme de que no había vuelto a marcharse.

–Hablar contigo, le dijeras lo que le dijeras, fue un momento decisivo para él.

Se quedaron callados, sin saber qué decir.

–¿Así que has vuelto a casa? –le preguntó él.

–Al principio me quedé paralizada durante unos días. Estaba aterrorizada ante la posibilidad de llegar accidentalmente a la ciudad en que estaba Travis y hacer que volviera a desaparecer. Así que deshice el camino recorrido, me pareció lo más seguro.

–Me preguntaba si seguirías todavía en el oeste –murmuró él.

–No había nada que me retuviera allí.

Travis seguía desaparecido para Eve; Marshall se había marchado y ella había suspendido su viaje. Nunca se había sentido tan sola y perdida.

–Y aquí estoy.

Todos esos meses, él había estado allí, a un día en coche de su casa. De haberlo sabido, habría ido a visitarlo mucho antes.

–¿Sabes dónde estamos? –preguntó él.

–Creo que cerca de las cataratas Mackenzie –un lugar que a los dos les había gustado mucho en sus viajes por separado–. Qué coincidencia.

–No lo es. Quería volver por aquí.

–¿Has dejado la meteorología?

–No, pero trabajo desde aquí, básicamente. Maravillas de la tecnología.

–Cuando no estás poniendo vallas –dijo mirando por la ventana el prado que se veía con la tierra removida.

–¡Quién me iba a decir que se me daría bien ser granjero!

–Creo que se te daría bien cualquier cosa que hicieras.

–Gracias por tu voto de confianza. Bien, ¿por qué estamos teniendo esta conversación, Eve?

–Quería darte las gracias.

–¿Por qué?
–Por hacerme ver la realidad.
Él se cruzó de brazos y se apoyó en la encimera de la cocina. No iba a ponérselo fácil.
–Cuando uno de tus seres queridos ha desaparecido, no puedes llorarlo ni seguir adelante con tu vida. No puedes hacer planes ni tomar decisiones, por lo que lo más sencillo es no hacerlo. Sufres menos si te encierras en ti misma. En mi caso, me enfrenté a la situación fijándome un único objetivo: encontrar a Travis. Y eso era todo lo que había en mi cabeza y en mi corazón.
Marshall se miró la punta de sus botas de trabajo.
–Una vez te dije que, si Travis entraba por la puerta, no me importaría lo que hubiera hecho. Era una fantasía que me llegué a creer. Porque me importa, Marshall. Y mucho. Aunque me peleaba con los que me decían que mi hermano pudiera haber muerto, en el fondo quería que estuvieran en lo cierto. Lo prefería a tener que aceptar que estaba torturando a su familia deliberadamente. Después me odiaba por tener esos pensamientos.
–Así que cuando resultó que era cierto… –apuntó él.
–Siento mucho lo que te dije y cómo lo hice. Pensé que dabas preferencia a mi hermano sobre mí, y eso me dolió mucho. Tardé en darme cuenta de que eso era lo que yo había hecho contigo: ponerte en segundo lugar. Te sacrificaste y renunciaste a toda posibilidad de que estuviéramos juntos para ayudarme y ahorrarme sufrimientos.
–¿Así que has venido a disculparte?
A ella le latía el corazón con tanta fuerza que apenas podía respirar.
–Tú te pusiste en segundo lugar después de haber sido relegado toda la vida. Y lo hiciste por mí. Pocos hombres lo hubieran hecho.
–¿Así que has venido a agradecérmelo? –preguntó él con voz levemente insegura, pero sin ceder ni un milímetro.
Ella respiró hondo.
–He venido a ver si no es demasiado tarde.
–¿Para qué? –preguntó él sin mover un músculo.
–Para el plan que tenías –afirmó ella riendo con tristeza–. La cabaña de madera en el bosque, con el lago… y yo –concluyó apresuradamente.
Y el hacer el amor dos veces al día. Se había aferrado a esa imagen durante todas sus noches solitarias desde que él se había marchado.
Marshall se separó de la encimera y fue a mirar por la ventana
–Te has metido dentro de mí –reconoció–. Terminé el trabajo y volví a Sídney creyendo que solo necesitaba algo de tiempo para olvidarte. Pero pasaban los meses y no lo conseguía. Te llevaba grabada en la piel y aquí.
Se llevó el puño al pecho.
–Da igual lo que mi corazón sienta, porque tengo que escuchar lo que me dicta la cabeza. Y si la vida me ha enseñado algo, ha sido a hacerle caso –se volvió hacia ella–. He roto relaciones muchas más largas que la nuestra al comprobar que no me convenían. ¿Por qué iba a conformarme con ser la segunda persona más importante de tu vida?
–Eso no es…
–Así que, en efecto, Eve, tengo la cabaña en el bosque y el lago, y espero ser feliz aquí. Muy feliz –suspiró con tristeza–. Pero tú ya no formas parte de ese plan.
Fue como si ella hubiera recibido un puñetazo en el estómago.
–¿En absoluto?
–No tienes sitio para mí, Eve. Estaba convencido de que me habías tomado como sustituto de tu hermano, pero ya no lo creo. Creo que te has quedado sin emociones. Y me merezco algo más que ser el segundo.
Ella se esforzó por respirar con normalidad. Pero había llegado el momento de ser valiente.
–No me fui de viaje para encontrar a Travis –susurró–. Creo que lo hice para hallar el modo de dejarlo marchar. Pero eso me aterrorizaba. ¿Y si no me quedaba nada salvo un enorme vacío que antes llenaban mi amor y mi dolor por él? ¿Y si no volvía a llenarlo? ¿Quién era yo sin él?
Él se cruzó de brazos, y ella pensó que le gustaría que la rodeara con ellos.
–Pero apareciste tú con tu moto, tu barba y tus tatuajes, y fuiste como un rompehielos que se fuera abriendo camino centímetro a centímetro.
–Soy una persona, Eve, no un tapón. Tendrás que encontrar a otro para llenar el vacío.
–No quiero que lo llenes, sino que tiendas un puente.

Él alzó la vista. Ella agarró un cojín del sofá y se abrazó a él.

–Cuando te fuiste fue horrible para mí. No estabas tú, ni Travis, ni mi madre. Mi padre se hallaba al otro extremo del país. Jamás me había sentido tan sola, lo cual es ridículo ya que llevaba casi un año viajando sin compañía.

–¿Qué había cambiado? –preguntó él frunciendo levemente el ceño.

–Traté de hacer lo que hacía antes, pero, comencé a sentir emociones que no sabía de dónde procedían, hasta que me di cuenta de que albergaba los mismos sentimientos que Travis debió de tener desde la muerte de nuestra madre: desesperación, ansiedad. Los había reprimido.

–Así que desarrollaste cierta empatía hacia tu hermano. Estupendo.

–No pensaba en él, Marshall. Me pareció extraño que me sintiera desesperada porque mi hermano estuviera vivo. La ira y el resentimiento me parecieron normales, pero ¿la desesperación? No pensaba en Travis ni lloraba por él. Pensaba en ti. Era a ti a quien echaba de menos.

Él alzó la cabeza. Tenía los ojos brillantes, pero no dijo nada.

–Nada me parecía bien si no estabas conmigo –dijo ella.

–¿Te das cuenta de lo difícil que me resulta oír eso?

Era demasiado tarde. Agarró el bolso.

–No quiero que pienses mal de mí, Marshall, ni que me recuerdes como la psicópata del autobús. He adquirido una serie de mecanismos de defensa de los que me tengo que deshacer. Apenas sé por dónde empezar. Será un largo camino.

Se acercó a él, resuelta a hacer algo bien en su relación, aunque fuera despedirse.

–He echado a andar gracias a ti. No quería que te quedaras sin saber cuánto me has ayudado. Siento no haberte podido devolver el favor. Y siento haberte hecho daño.

Lo besó en la comisura de los labios y susurró:

–Gracias –después se dirigió a la puerta.

–Eve.

Ella se detuvo, pero no se volvió.

–¿Y el puente?

–Creo que no lo necesito. Ya no conduce a ninguna parte –murmuró ella dolorida.

Él se le aproximó y la agarró de la barbilla para que lo mirara.

–¿Adónde conducía antes?

–Alguien me habló una vez de un jardín –respondió ella sonriendo entre lágrimas– que había sido un erial. Pero habían plantado hermosas viñas. Allí era adonde conducía.

–¿Cómo irás a verlo sin el puente? –preguntó él después de tragar saliva.

–No lo haré –respondió ella con voz ahogada–. Pero me lo imaginaré todos los días.

Marshall apartó la vista, visiblemente emocionado.

–Tienes que ver una cosa.

La agarró de la mano y salieron para dirigirse a la parte de atrás de la casa, donde una gran puerta de madera bloqueaba el camino. Él la abrió y ella rompió a llorar.

Entró en el jardín de su imaginación, con sus viñas en flor, sus enrejados y su muro de piedra. Había incluso un estanque con peces de colores. Era mucho más bonito de lo que había imaginado.

–No llores –susurró él detrás de ella.

–Es perfecto –le dijo ella entre sollozos.

–Lo he hecho para ti. Es lo primero que hice cuando llegué.

–¿Por qué?

–Porque es tuyo –replicó él acariciándole el pelo–. Siempre lo ha sido.

La tomó en sus brazos y la estrechó con fuerza mientras le besaba el cabello.

–No eres una psicópata, sino una persona apasionada y sensible. Yo deseaba todo el amor que tenías reservado para tu hermano y detestaba que él se hubiera marchado y lo hubiera rechazado, como si no fuera lo más valioso del mundo.

–Travis no lo quiere.

–Pero hay alguien que sí lo quiere. No me importa de dónde procede ni dónde ha estado –declaró él mirándola con sus ojos grises–. Solo me importa que esté aquí, en tu jardín, conmigo.

–¿No me odias?

–Nunca te he odiado. Me odiaba a mí mismo por tratar de arreglarte la vida y, en vez de eso, empeorártela.

–Si no hubieras encontrado a Travis, seguiría recorriendo el país con el corazón desgarrado.

–Si no lo hubiera encontrado, seguiría recorriendo el país contigo. No me habría ido tan fácilmente. Te habría dejado espacio para respirar, pues trataba de protegerte, no de controlarte.

–No podía seguir sin ti –reconoció ella–. Por eso volví a casa.

Él le besó los párpados.

–Y yo te quería aquí, conmigo.

–Hace cinco minutos me has dicho que ya era tarde.

–Si he aprendido algo de ti, es que no basta con sobrevivir. Yo lo hice al abandonar a mi madre y a mi hermano, pero eso no cambió nada, no me cambió. He estado reprimiendo mis emociones desde entonces, igual que tú. Y eso funciona hasta cierto punto, pero no para siempre. Llegó un momento en que tuve que arriesgarme a empezar a creer en los demás. En ti.

–Y te decepcioné.

–Me lo esperaba.

–¿Crees en mí ahora? –preguntó ella, llena de confusa alegría.

–Aún mejor, Eve: creo en mí.

–¿Y quieres que me quede?

Él le rozó los labios con los suyos, y ella hizo lo mismo.

–Quiero que vivas aquí, conmigo.

El corazón de ella se llenó de júbilo.

–Siempre me preocuparé por Travis –le advirtió ella. No sería capaz de eliminarlo de su vida como él había hecho. Siempre sería su hermana mayor.

–Lo sé.

–Todo lo que dije…

–Forma parte del pasado, Eve. Te pido que elijas el futuro, que me elijas a mí.

La última vez que se lo había pedido, ella eligió a su hermano, y le había partido el corazón.

Ella lo abrazó y alzó la cabeza para mirarlo.

–No –susurró ella. Al sentir que él se estremecía, lo apretó contra sí para tranquilizarlo–. Esta vez nos elijo a nosotros.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

